



La lluvia en
SEVILLA

*es una
maravilla*

Erina Alcalá

EA

LA LLUVIA EN SEVILLA ES UNA MARAVILLA

(Erina Alcalá)

**Las preguntas nunc son indiscretas,
Las respuestas sí.**

CAPÍTULO UNO

Sevilla es la ciudad más bonita del mundo, claro, para nosotros los sevillanos. Siendo

imparcial, lo es. Yo, siempre he sido una chica que aparte de nacer en Camas, a tres kilómetros de Sevilla, soy muy sevillana.

Me gustan todas las fiestas, hasta los carnavales de Cádiz. Mis fiestas empiezan en Navidades, me encanta cuando mi madre hace un Belén de exposición en mi casa.

Tiene la costumbre de ir todos los años a la Avenida de la Constitución, en Sevilla, medio mes antes de las Navidades y allí, hay un mercadillo de puestos navideños, y cada año, se trae algo y ya no le cabe en la mesa, el Belén. Tiene overbooking. Necesitamos una mesa más grande y eso que es rectangular y grande.

Hace campos de sembrados, puestos de telas, caminos de tierras diferentes... Vamos, ¡una pasada! Precioso.

Luego hace el árbol de Navidad con imaginación, barato y distinto cada año y queda precioso, y luego está la comida. Dos días entre canapés, solomillo al wiski, patatas arrugadas pequeñas, los postres, el caldo de gallina con picadillo, el coctel de mariscos, que ya los quisiera un catering. Bueno, mi madre es muy buena cocinera.

Se llama Gracia y sabe hacer de todo, o casi de todo.

Luego están los regalos, en Reyes, es como una niña.

Una vez que termina la Navidad y tengo en el árbol miles de regalos porque soy hija única, después, llegan los carnavales y me voy a Cádiz con mis amigas.

A veces conseguimos entrar en el teatro Falla si logramos sacar entradas el día que salen. Aquí en Camas, nuestros amigos tienen una chirigota también, y vamos con ellos a distintos pueblos y han ganado algunos premios.

De ahí, pasamos a la Semana Santa, la Feria y el Rocío y tengo trajes para todo, hasta de mantilla negra de Semana Santa, porque me hice hermana de San Gonzalo, que sale el lunes santo. Y de gitana, al menos me compro uno cada dos años.

Sin embargo, no todo ha sido ni es fiesta en mi vida, soy una buena estudiante, inteligente sin vanidad.

Y así pasé mi infancia, adolescencia, y juventud, estudiando y con mis amigos y fui una niña querida por mis padres y ellos siempre se llevaron bien. Siempre vi amor en mi casa.

En mi casa nunca vi una palabra malsonante entre ellos y nunca me faltó de nada, sin estridencias ni lujos caros. Todo era acorde con la situación económica de mis padres, que eran de clase media baja.

Y ahí también fui cumpliendo años, terminé la carrera y el master correspondiente. Me encontraba en plena búsqueda de mi vida laboral. Aunque llevaba unos años trabajando los fines de semana por las noches en un bar de copas de Camas para ahorrar un dinerillo y aprender inglés a la perfección

La *lluvia en Sevilla es una maravilla*, o eso dice el dicho. Pero eso no me convenía ese día precisamente. Nunca llueve en Sevilla, salvo ese maldito día en que yo, no lo necesitaba.

Había acabado la Universidad y un Master en la misma Universidad de Sevilla en Marketing y Publicidad.

Era una buena chica, estudiosa y había sacado buenas notas. Había hecho mis prácticas en dos empresas distintas, en una para el Master y en otra para la carrera.

Tenía mis trabajos de fin de carrera y Master con matrícula de honor.

Pero de lo que no tenía, ni idea, era de trabajar en una Empresa, exceptuando las prácticas y de camarera los fines de semana sirviendo copas. Y eso es lo que necesitaba ya, porque iba a cumplir veinticuatro años y aún no había cotizado ni un mes.

Llevaba ya dos meses mirando infojob y echando currículums. Me apunté a cuantos portales de trabajo que había en internet, al sae, hice una lista de empresas de publicidad y marketing importantes y menos importantes y envié mi currículum y mi carta de presentación.

Salvo mis notas, mi master y hablar perfectamente inglés, además de las prácticas en las empresas... Nada más.

No me achantaba ante nada, ni ante nadie. Si no había trabajado en lo referente a mi carrera, no tenía experiencia y si no tenía experiencia... ¿Cómo me iban a contratar para trabajar? Era la pescadilla que se mordía la cola. Y eso le pasaba a la mayoría de los jóvenes de mi edad y a mis amigos.

Si no tienes padrino, no te bautizas.

Yo hablaba inglés perfectamente porque todos los años en vacaciones de la Universidad, trabajaba como una loca en un bar de copas nocturno los fines de semana, sin asegurar.

Guardaba el dinero y el último mes antes de volver a la Universidad me gastaba el dinero en un curso de inglés en Londres. Hasta que aprendí el idioma perfectamente.

No tenía coche, ni suerte en encontrar trabajo, por lo visto. Ya que llevaba dos meses buscando y nada, no recibía una llamada por teléfono o no me seleccionaban o me eliminaban a la primera de cambio. Ya me estaba desesperando y me veía trabajando en cualquier cosa que en nada tenía que ver con mi carrera.

Gracias a los fines de semana en que trabajaba en el bar de copas, en Camas, Sevilla, donde había nacido y donde vivía, mis padres no tenían que darme una paga semanal para salir. De todas formas, salía poco porque el dinero lo guardaba para Londres.

Tengo veinticuatro años, me llamo Rocío, tengo el pelo algo ondulado y largo y castaño oscuro, los ojos verdes y no paso del metro sesenta, si llego. Tengo la talla treinta y ocho. Claro que en el **Berska**, tengo casi la treinta y cuatro, pero eso, sería engañarme a mi misma.

Mi madre me lo dice. **No te engañes con las tallas. Los vaqueros elásticos siempre te quitan una talla. Pero lo que tienes es lo que tienes.**

Me gusta ir al **Airesur**, o a otros centros comerciales o al centro de Sevilla, como todas las chicas y comprarme allí la ropa, aunque he crecido un poco y ya me gusta menos ir, porque vas a cualquier lado y estamos cinco chicas vestidas iguales, que parece que estamos de uniforme en un colegio de monjas.

Así que rebusco en mercadillos y tiendas del pueblo que son baratas y tienen ropa mona también. En los chinos me da rabia entrar. No sé por qué.

Tengo que buscarme la vida. No quiero pedirle dinero a mis padres, que me han pagado una carrera y un master, y aunque haya tenido beca, no ha dado para todo y sé que han invertido en mi educación.

Amigas tengo, pero ya casi todas tienen novio. Si salía poco, ahora menos. Y las de la Universidad tengo que coincidir con ellas en Sevilla. Y los fines de semana trabajo...

De hombres, ni hablo, mi suerte está echada hasta que encuentre un hombre y digo hombre, no niño o niñato o tíos que beben sin sentido hasta caerse en la calle y eso lo veo los fines de semana.

No me gustan los tíos que beben, ni con ese tipo de personas voy a tener relaciones sexuales. No sé qué es eso aún. Ni tampoco tengo ganas de echar un polvo así de esa manera. No es mi estilo.

No es culpa mía no haberlas tenido, o sí, pero entre elegir en el instituto al más feo o al amigo gay, en la Universidad a tu amigo el gordito y al que se pega como una lapa intelectualillo con gafas, elijo quedarme como estoy. Soltera y entera. Es que he tenido mala suerte en ese sentido.

Ahora, me gustaría tener una parejita como la tienen algunas de mis amigas. Cierta envidia me dan, cuando van de la mano o se besuquean con sus parejas.

Mi vida es maravillosa, sí. Un día que fui al **Hipercord**, me dio por comprar un par de libros de autoestima, como yo los llamo a ver si me quería un poco más y me diera alegría para encontrar un trabajo.

Compré uno de un escritor argentino, un psicólogo, como todos los argentinos, pero este en concreto me gustó y costaban baratos los libros, porque los compro de bolsillo.

Creo que se llamaba *Stamateas* o algo así, y el libro que compré: *gente tóxica* y me dio un subidón de energía vital y me dije que iba a conseguir lo que quería.

Como había echado tantos currículums, al final, al cabo de dos meses, me llamaron para una entrevista. Hasta yo misma me asomé de ello.

Sin tener experiencia y me llaman. Lo que tenía claro es que si me querían de becario que buscaran a otra. Yo no iba a trabajar gratis ni por trescientos euros, ocho horas. Me negaba. Prefería ir a limpiar casas por diez euros la hora sin impuestos o servir copas los fines de semana.

Sé perfectamente que lo de los becarios se lo inventaron para que trabajáramos gratis y los master para que las universidades ganaran dinero.

Nos quitaron un año de estudios, pero para que pagáramos el cuarto al que llamaron master. Menuda cara tienen estos políticos.

Bueno. Yo estaba ilusionada, pero mi carácter ariano, me llevó a pensar más allá. Siempre he sido creativa, imaginativa, pero ya pensaba por adelantado y en mi cabeza me enfadaba hasta con el que me hacía la entrevista, antes de verlo incluso. Tenía conversaciones y enfados.

Hasta dialogaba con el tío que me ofrecía ser becario y lo mandaba al carajo.

En fin, tenía que ser positiva. Mi mente corría como la pólvora y debía pararla. Había pasado la Semana Santa y en dos días yo tendría mi primera entrevista de trabajo.

Rebusqué en mi armario y encontré una camisa negra y un traje de chaqueta y pantalón ajustado de color blanco, elegante. Unos tacones negros altos. Un bolso negro y me recogería el pelo en una coleta alta como Angelina Jolie.

Debía llevar algunos trabajos de diseño que yo había hecho, así que llevaba una carpeta con los trabajos fotocopiados.

La empresa era americana, o eso pensé por el nombre **Cuth12.com**.

Cuando recibí la llamada telefónica para la entrevista, dos días antes, desde Torre Triana, quinta planta a las doce de la mañana, me fui corriendo, abrí mi ordenador y me puse a buscar información de la Empresa. Era nueva.

Aún no había comenzado a implantarse en Sevilla, pero sí tenía ya dos sucursales en España, una en Barcelona y otra en Madrid. Era una empresa joven y buscaba personal para Sevilla.

La empresa en cuestión era relativamente nueva. Del 2015.

Era una empresa con soluciones globales en marketing. Realizaban un servicio completo de optimización web para los motores de búsqueda, en realidad un servicio completo de marketing digital.

Un rollo para quien no lo entienda, pero a mí me encantaba el marketing y el diseño unido y tampoco me voy a poner a explicar aquí cuatro años de carrera.

Además, hablaba inglés perfectamente. Eso tenía que servir de algo para una empresa

americana. Aunque inglés lo hablan ya hasta las piedras.

Ya lo tenía todo preparado, mi maletín, mis trabajos, mi traje, cómo iba a peinarme y maquillarme sin excederme y en mi bolso, el móvil modo avión, mi cartera con veinte euros los carnet, y el bono del autobús de Camas.

Me bajaría en Chapina, una parada antes de la estación de autobuses de Plaza de Armas. Cruzaría la autovía y allí estaba Torre Triana. Si me daban el trabajo, era ideal, porque estaba al lado de Camas y tendría el trabajo al lado. No tendría que tomar autobuses urbanos ni ir al quinto pino. A mí, el trabajo, me venía de perlas. En un cuarto de hora estaba allí.

Y llegó el día de mi entrevista y mira por dónde, nunca llueve en Sevilla y ese día llovía a cántaros justo en el momento en que debía irme y había elegido un traje blanco, pero no me lo iba a cambiar.

Iba muy profesional. Así que añadí a todo un paraguas. El más grande que encontré en casa. Gracias a Dios que no había viento o hubiese tenido que tomar un taxi, pero gastarme dinero sin probabilidades de tener trabajo, me mataba.

Así que iba guapísima de la muerte, una buena sonrisa. Ya no tenía aparato en los dientes. Menos mal. Había sido una tortura esos años, sin poder comer y un beso de hierro que le di a un chico una noche que fuimos a *Caramelo* a bailar salsa.

Y llegue a Chapina, me bajé del autobús y me puse en el paso de peatones para cruzar al otro lado. En ese momento pasó un pedazo de coche demasiado cerca y me salpicó todo el traje blanco de barro, el puto bolso y los puñeteros trabajos que había hecho en noches que no podía dormir. Y gracias que eran fotocopias y los llevaba en una carpeta de plástico, ahora marrón. Se salvaron.

Me dejó la cara maquillada marrón. Yo abrí la boca y me cagué en sus muertos mentalmente, pero éramos más de uno a los que nos salpicó y tuve que abrir la boca de la rabia que sentí.

-Será hijo de puta... cabrónnnn de mierda. ¡Me cago en la puta!, y pegue un taconazo en la acera llorando.

Por un segundo vi a un hombre en el asiento de atrás sorprendido también, pero no paró. Si lo llego a pillar lo mato.

Menos mal que llevaba toallitas quitamanchas en el bolso. En ese momento, el semáforo se puso en verde y no tuve más remedio que cruzar con el resto de los peatones. No fui la única que lo insultó, porque nos puso perdidos a todos.

Cuando crucé la avenida, saqué mis toallitas quitamanchas y me fui limpiando como pude. No me quedaban muchas, pero al menos me quité el barro de la cara.

No sabía ni cómo estaba. Cuando llegara a la planta entraría en el baño y me limpiaría un poco.

Pero no me dio tiempo, fue entrar en el despacho de la entrevista y la secretaria me miró sorprendida y me metió dentro. Ya me esperaban.

Seguro que tenía la cara llena de churretes, el traje perdido, y como para una entrevista iba espectacular. Pero le diría a ese señor o a la señora, lo que me había pasado.

Cuando entré al despacho quise morirme, allí había un pedazo de tío que el de las sombras de Grey, se le quedaba lejano.

Era muy alto, más de uno ochenta y cinco por lo menos. El pelo era rubio y estaba mirando mi currículum. Cuando me viera me echaría a la calle. Sin mirarme aún me dijo en inglés que me sentara. Como había puesto que sabía hablar perfectamente inglés, seguro me estaba probando. Podía probarme como quisiera.

La entrevista era en inglés, parecía ser. Bueno, yo no tenía problemas, le dije gracias y cuando

él levantó la cabeza y me miró, yo me puse nerviosa. Tenía unos ojos azules transparentes como el azul del mar, y era el tío más guapo que me había echado a la cara. Y eso que a mí los rubios, no me gustaban demasiado, prefería los morenos, pero este rubio no era un rubio cualquiera.

Me preguntó en inglés que qué me había pasado y le contesté que un coche me había salpicado de agua en el semáforo al cruzar.

Me dijo que no me preocupara que eso no era importante. No lo tendría en cuenta. Gracias a Dios, menos mal, un ángel caído del cielo.

Me hacía la entrevista en inglés y de vez en cuando me sorprendía con algunas preguntas en un perfecto castellano.

Me dijo que sabía hablar muy bien inglés y le di las gracias. Me preguntó mi edad y mi experiencia que no la había visto en el currículum y yo, le dije la verdad, que no tenía, que acababa de salir de la Universidad y que quería una oportunidad para adquirirla, si no, nunca la tendría.

Sonrió levemente y me pareció el doble de guapo. Quería ser caperucita para que ese lobo me pegara un bocado bien dado.

Y ahora pasó a hablarme de él y de la empresa. Al final. Bien, estos americanos son la repera.

Me dijo cómo se llamaba, George y que era uno de los dos socios que la empresa tenía y que se habían implantado en Barcelona y en Madrid.

Le dije que lo había leído y me había informado a qué se dedicaban, aun así, me lo explicó y también el puesto que yo o cualquier candidato desarrollaríamos, en caso de ser elegidos.

Necesitaban tres candidatos en un principio, una secretaria que se ve la había contratado ya y él que iba a quedarse un tiempo hasta que la empresa se pusiera en marcha.

Una vez en marcha, uno de los tres candidatos la dirigiría y estaría en constante contacto con él.

Bien. Ese chico era muy joven. No pasaba de los 30 años y se había presentado como George y como he dicho era joven, pero joven también como para tener tantas empresas en Norte América y España.

Querían introducirse en Europa. Y me habló de sueldo. Nos pagarían mil seiscientos euros netos. No quise abrir la boca y sorprenderme, porque ya tendría tiempo de chillar y pegar un taconeo si me cogían y porque con la boca abierta y toda llena de barro no estaría muy guapa que digamos.

Dio por terminada la entrevista, porque se levantó, me dijo en inglés que en tres días me llamaría si era elegida para el puesto.

Si para el viernes no me llamaban antes de la siete de la tarde, no me llamarían.

Me apretó la mano más de lo debido y me dio un calambrazo que creo que le llegó a él también.

Quizá es que me iba a venir la regla. Cuando me iba a venir la regla tenía electricidad estática, e iba pegando calambrazos a diestro y siniestro.

Así que entre la pinta que llevaba Rocío, o sea Yo y el calambrazo final que le pegué a George el tío bueno, no creo que el guapo me llamara ni Dios que lo viera.

Cuando llegué a casa de mis padres y la mía también, y me miré a espejo de cuerpo entero del armario de mi habitación, y quise llorar setenta horas seguidas.

Yo había salido guapísima de la muerte de mi casa y volvía hecha un guiñapo. Ya no podía decir siquiera, *la suerte echaba echada*, porque no había suerte que pudiera ayudarme en esta empresa. Tendría que esperar otra oportunidad y esperar a otra entrevista y a otra oportunidad.

Pero me equivoqué porque a los dos días, la vida me sonrió. Era miércoles de Finales de Abril. Quedaba una semana para que empezara la feria de Abril y me llamaron por teléfono.

Era la secretaria de **Cuth12.com**. Era una de los tres seleccionados. Tenía trabajo y debía incorporarme el lunes de ocho a cuatro de la tarde. Media hora para la comida. Mil seiscientos euros y sábado y domingo libres. Un mes de prueba y seis meses de contrato prorrogables. ¿Había más felicidad que esa en mi vida?

Y dejé de trabajar ese fin de semana en el bar de copas. Debía descansar y estar fresca como una rosa para mi primer trabajo en serio, ese mismo lunes.

Y el lunes, con una falda y un jersey de manga corta y rebeca fina a juego, zapatos de tacón y mis cosas, me dirigí a mi trabajo.

Estaba allí a las ocho menos diez. Pronto aparecieron mis compañeros que eran dos chicos y el guapo americano. Nos saludamos y el rubio americano, nos enseñó la empresa, que era pequeña, porque lo único que teníamos era ordenadores.

Una entrada amplia para la secretaria-recepcionista, con una mesa y sus teléfonos, un armario y un sillón, y una serie de puertas.

Una para una sala mediana con una máquina de café de esas de cápsulas y cajas de varios tipos y microondas para comer, si queríamos allí. Tenía servilletas de papel y cucharillas y sobrecitos de azúcar y de leche en una pequeña nevera en la que podíamos meter refrescos y demás. Sillas, un sofá y un par de sillones.

Eso nos dijo George. Los baños, dos, para chicos y para chicas, la secretaria y yo, el otro para ellos.

Una sala enorme, y estaba abierta, esta sí que era grande, con ordenadores y fotos de diseños. Había tres partes diferenciadas, con grandes espacios entre unos y otros, cada mesa enorme tenía dos ordenadores, y todo cuanto necesita una oficina.

Tres sillones cómodos, un gran ventanal que daba a la calle. En la pared, había logos de la empresa y algunos diseños, estos estaban repartidos por los pasillos y en la entrada. En una pared de la sala donde yo suponía que íbamos a trabajar, había un gran armario en la parte de abajo y estantes hasta el techo, con todo lo necesario, desde bolígrafos hasta folios, y papel fotográfico de todos los colores...

Era impresionante. Cada uno teníamos nuestro propio espacio y los materiales se compartían. Teníamos hasta reposapiés y papeleras individuales y una mesa grande vacía con seis sillas, por si teníamos que desarrollar algún trabajo allí y por último nos llevó a su despacho que era impresionante, con baño propio.

Una mesa ovalada para reuniones al fondo o para lo que necesitáramos y lo mismo que nosotros teníamos, pero de mejor calidad los muebles y una gran vista desde su ventana como la nuestra, al exterior. Él, tenía dentro su propio espacio para el café y una nevera también.

El tono de las paredes era gris neutro y a mí me encantó. Y los logos en verde limón y negro. Tenía vida y un ambiente positivo.

Nos dijo que pasáramos por dónde estaba la secretaria que nos tenía los contratos preparados.

Firmamos, dejamos nuestros números de cuenta para el ingreso de las nóminas y nuestros datos, y luego pasamos a una reunión en su despacho.

Nos asignó un número de empresas a cada uno y así lo haría mensualmente. Si les terminábamos el trabajo y estaban satisfechos, pasábamos a otras.

Las teníamos enumeradas por orden y si los clientes no quedaban satisfechos, deberíamos repetir los trabajos.

Me asomé de la cantidad de empresas que tenían pedidos hechos. Pero bueno. Yo recogí mis

carpetas con las empresas y consideré ir llamando para gestionar cómo les gustaba o cómo querían en realidad el trabajo.

Teníamos un teléfono cada uno con una línea distinta, así que estábamos en contacto con el cliente por si quería hacer algún cambio.

Cuando terminó la reunión, George, me dijo que me quedara y envió a mis compañeros, que se llamaban Javier y José y eran mayores que yo y con más experiencia en otras empresas ya a trabajar. Yo era la novata.

-Hola Rocío- me dijo la R con cierta dificultad a pesar de hablar el castellano perfectamente.

-Siéntate- y se dirigió a su mesa. Yo me levanté de la mesa de reuniones y le seguí a su parte del despacho, me indicó el asiento y me senté frente a él como el día de la entrevista.

-Sí, dígame.

-Verás, era la única persona que he contratado sin experiencia ninguna, pero he querido hacerlo- dijo mirándome fijamente a los ojos- quiero darte una oportunidad. Y espero que la aproveches en estos seis meses que vas a tener de contrato. En caso contrario, te irás.

-Entendido, muchas gracias por la oportunidad- dije yo un tanto asustada y muy agradecida. Pero no iba a echarme. Trabajaría como una loca.

-Voy a quedarme un año en Sevilla, al igual que hice en las demás ciudades, aunque tendré que viajar a Barcelona y Madrid alguna vez. Solo te diré que si llevas retraso con respecto a tus compañeros tendrás que trabajar más horas y esas no te las pagaré. Estás a prueba. Y no trabajarás más por el hecho de ser mujer, sino porque eres más inexperta que ellos. Te ayudarán si es necesario. Y si es necesario e importante vendrás a mi despacho y me preguntará lo que necesites preguntar, y te llamaré a menudo.

-Gracias. No se preocupe, no lo defraudaré.

Y me levanté porque tenía que empezar a trabajar. Pero supe que ese George a través de esa máscara de hombre trabajador y de negocios duro, tenía también un pene, porque no había dejado de mirarme el escote y eso que no llevaba mucho.

Mi falda no llegaba a ser minifalda, pero era decente si hay que llamarla de alguna manera.

Ese gigante para mí, que medía poco, era impresionante y me imponía. Me sentía una hormiguilla a su lado y eran tan guapo que me daba miedo mirarlo a los ojos mucho tiempo seguido sin sentir que me ardía la cara, que me ponía roja, que pasaban por mi mente todo tipo de pensamientos y todos de tipo sexual.

Algunos románticos, no digo yo. Pero miraba y pensaba en ese hombre y todo en mi mente era una gran cama.

Estar con él sola en el despacho, era que ocupara todo el espacio y su olor era maravillo. Sus trajes perfectos y debía tener el pecho de acero.

Parecía el tío un modelo de pasarela. Yo no sé si él era consciente de lo atractivo que era y la impresión que causaba en las mujeres, pero si lo era, no hacía nada para evitarlo, porque o no se daba cuenta o no le importaban las mujeres en absoluto o tenía una novia a la que le era fiel. Todo era posible.

En ese sentido se veía humilde, sencillo y recto y solo hablaba de trabajo y ayuda, al menos conmigo.

¡Oh!, pero qué suerte tenían algunas. Unas era de primera y otras éramos de segunda a la hora de tener éxito con los hombres. Sabíamos escoger, pero ese tipo de hombres elegía un tipo de mujer distinta.

Yo, de todas maneras estaba muy agradecida de que me diera esa oportunidad laboral, que era en principio lo que más me importaba en esos momentos y a eso me había presentado, no a ver

modelos inalcanzables.

Sabía lo difícil que estaba el mercado de trabajo y haber conseguido el sueño de mi vida y con ese sueldo, para mí era un milagro, y le iba a demostrar a ese modelo guapo y divino de la muerte que yo era una gran profesional a pesar de mis tetas y mi inexperiencia.

Nada iba a detenerme, quería que estuviera satisfecha de mi trabajo, que me viera con otros ojos y que esa oportunidad que me daba, no había sido en vano.

Y eso lo hacía por mi futuro, quería quedarme en la empresa hasta que pudiera y así adquirir la experiencia que necesitaba.

Me sentí feliz y una mujer con suerte en la vida. Había sacado mis estudios con nota y en menos de dos meses tenía trabajo.

Mis compañeros eran estupendos, al menos en esos primeros días. No podía quejarme al final y para colmo mi jefe estaba como un tren, pero ese estaba prohibido. Seguro que su planta, sus empresas y lo bueno que estaba, tendría una novia en América o chicas despampanantes. Un chico así nunca estaba solo. Tendría un corrillo alrededor del tarro de miel para lamerlo con total seguridad.

¡Qué pena! Bueno al menos lo vería a diario durante un año. Me conformaba con mirar su cuerpo perfecto.

Y ahora al trabajo...

Debía dejar de soñar, pensar y dedicarme a lo que era lo importante. Tomaría mi mesa y mi pequeño despacho compartido y mi primera carpeta. Iniciaría una estrategia para dejar al cliente satisfecho y para ello, lo primero que iba a hacer era estudiar el producto que necesitaba, hablar con él y luego ya me pondría con el diseño.

Tenía un mes para demostrar mi valía y para hacer todos los diseños de las carpetas que el tío bueno me había pasado, así que no tendría tiempo ni de pensar en él.

Enamorarse del jefe el primer día era un error. Yo conocía a algunas amigas que me contaban ese tipo de historias y algunas habían pasado por ellas.

Recordaba a una amiga de mi amiga Concha, que según ella me conto, le pasó igual que a mí, que el primer día fue toda mojada, porque le pilló una tormenta sin paraguas la tarde de la entrevista.

El caso es el chico que le hacía la entrevista, era el segundo de a bordo de la oficina, un jefecillo, era catalán y más chulo que un ocho. Por lo visto, era algo guapo, sin llegar a ser un adonis. Tenía al fin y al cabo más labia que otra cosa.

En principio las contrató a las dos, a mi amiga Concha y a su amiga. Y cuando empezó en serio el trabajo, el chico en cuestión que además estaba casado en Barcelona y tenía un par de hijos, pero nadie lo supo hasta mucho después, como digo, quiso ligarse a mi amiga Concha, y así fue una tras otra hasta llegar a su amiga que también tenía novio y casa y vivía con su novio, al que dejó, que picó y se lió con él, en menos de tres meses.

Se la llevaba a cada viaje, ella se enteró de que estaba casado cuando se quedó embarazada y le pidió que abortara, bueno...

Una historia, que daba miedo. Al final abortó y siguió con él, se separó de la mujer cuando esta se enteró y luego milagrosamente, volvió con su mujer y su amiga se quedó, compuesta, sin novio, sin hijo y sin su casa.

Yo, no quería que a mí me pasara una historia de esas, debía ser terrible. Si alguna vez salía con algún chico, debía estar libre, si luego salían bien las cosas, y si no...

Era así, y no podías ni fiarte de nadie, ni de ti misma. A lo mejor por eso había yo rehuido hasta ahora de los chicos guapos, por tantas historias que había escuchado, pero no, era porque no

había encontrado a nadie que me hubiera levantado los vellos de la piel de alguna manera. Y si seguía así, me iba a quedar para vestir santos.

Pero es que no quería un hombre simple en mi vida. Yo al menos no lo encontraba. No encontraba a mi media naranja.

Quería una historia bonita de amor para toda la vida, pero no tenía yo esa suerte de momento, a pesar de ser una romántica.

Los fines de semana mientras servía copas, claro que recibía insinuaciones de todo tipo, hasta las más asquerosas, y es que cuando se tomaban una copa...

Gracias a que yo estaba detrás de la barra, era seria y sabía cortar a los gilipollas integrales.

También había buenos chicos, pero ninguno me gustaba. Bebían demasiado y la música estaba tan alta, que la odiaba, pero tenía que ganar ese dinero.

Por eso, yo podía distancia entre los chicos y yo.

CAPÍTULO DOS

Me fui a mi despacho compartido, abrí la primera carpeta como había previsto y la estudié, dejando a un lado el resto y llamé a mi primer cliente.

Era un poco pesado y me entretuvo con datos y notas que yo anotaba en un folio y adjuntaba a su carpeta. Cuando acabé de hablar con él, encendí mis ordenadores y abrí los programas que estaban insertados y que debíamos de utilizar.

Yo ya los conocía. Había trabajado con ellos en las prácticas de la carrera y del master. Estaban en castellano. Me daba igual porque yo sabía inglés de todas formas y empecé con mucha energía y ánimo mi primer día de trabajo como mis compañeros, y todo empezó a rodar estupendamente. Y estaba más contenta que unas castañuelas. Me sentía importante.

Al cabo de un mes, yo ya me había hecho a mi trabajo, había cobrado mi primer sueldo, había pasado el primer mes de prueba como mis compañeros. Y sobre todo había terminado a tiempo todas mis carpetas.

Me llevaba fenomenal con mis compañeros. A veces bromeábamos y también nos ayudábamos.

Me llevaba así mismo la comida del mediodía y luego me tomaba un café. No iba más veces a esa sala preparada al uso. No era muy cafetera. Sólo mi media hora correspondiente para comer.

El móvil lo tenía en modo avión en horas de trabajo y era la única que lo hacía. Sólo lo miraba a la hora de comer, pero nunca he sido forofa de redes sociales. Una pérdida de tiempo me parecía. No tenía nada que ver con nadie.

Ni me hacía fotos y las colgaba mostrando mi hocico, ni mis tetas. Imagino a mi jefe mirando mi Facebook y yo mostrando las tetas en bandeja. No me parecía serio. Además se decía que los americanos eran muy conservadores.

Mis compañeros eran estupendos y yo no tuve con ellos jamás ningún problema. Teníamos una reunión mensual con el jefe y todos habíamos acabado nuestro trabajo del mes anterior y nos felicitaba- ¡Dios qué bueno estaba ese hombre y qué bien olía! Si hubiese sabido el nombre del perfume, lo compraría en El Corte Inglés o en Aromas y podría olerlo cada vez que quisiera.

Siempre llevaba trajes de diseño de pantalones estrechos en esas largas piernas, que le quedaban como un guante. Y todos grises combinados, y en distintos grises. Era el jefe rey de los grises. Le quedaban perfectos con su pelo rubio y sus ojos azules claros, casi transparentes.

En ese primer mes, había pasado varias veces por nuestra oficina, me había llamado casi todas las semanas para preguntarme si tenía algún problema o necesitaba algo y yo le decía que no, que estaba muy contenta y él me decía que los clientes estaban muy satisfechos con mi trabajo y me felicitaba. Al resto también.

En esa segunda reunión en que nos volvió a dar clientes para el mes siguiente, me dijo de nuevo que me quedara. A mí me daba un poco de corte porque mis compañeros se quedaban mirándome y yo no podía hacer nada. Él mandaba. Era el jefe.

-¿Qué tal Rocío?

-Bien, estoy muy contenta en este mes que llevo con usted. Creo que he terminado a tiempo y espero que los clientes estén satisfechos, al menos eso me han dicho.

-Yo también estoy contento contigo. Me has sorprendido gratamente. Y me alegro de haberte dado esta oportunidad. No me has decepcionado. Al contrario, estoy gratamente sorprendido. Eres muy trabajadora.

-Gracias. Me alegro mucho que tenga ese concepto de mí.

-Rocío, quería comentarte un asunto.

-Dígame. Lo que sea.

-Llevo dos meses en Sevilla. Tengo un apartamento en el centro, en la Avenida de la Constitución- no sabía por qué me decía eso y me puse a la defensiva. Claro que si quería echarme un polvo, yo dejaba de ser virgen en ese momento aunque me costara el puesto. Otra oportunidad de trabajar tendría, pero de acostarme con ese portento de la naturaleza física, en mi puñetera vida- la verdad es que no he salido mucho y me preguntaba si tenías planes para el sábado por la noche.

-No, no tengo planes. ¿Por qué? ¿Necesita algo?

-¿No tienes novio?

-No, no tengo esa suerte- y él se rio.

-Si tuvieras novio, no te propondría esto.

-¿Proponerme qué?- dije un tanto a la defensiva, y él se rio con una sonrisa insoportablemente blanca y preciosa.

-Nada deshonesto Rocío- se ve que me caló lo que pensaba- Es una comida informal. Digamos de negocios, bueno o una cena. No conozco a nadie aquí y como tú eres joven, conocerás algunos sitios donde cenar y tomar una copa.

-Sí conozco algunos. Bueno, conozco muchos, soy sevillana- y él sonrió de nuevo.

-Pues si no tienes planes... ¿Me enseñarás la ciudad?

-Sí, claro, cómo no. Si es lo que quiere...

-¿Quedamos a las siete el sábado?

-Vale.

-¿Dónde quedamos, quieres que te recoja?

-No hace falta. Vamos andando a todos lados. Sin coche. Todo está cerca o cogemos el tranvía. Si quiere nos vemos en la parada del metro de la Avenida de la Constitución.

-Vale. Eso está cerca de donde vivo.

-Bien. Por eso se lo digo. Yo puedo ir allí en metro o en autobús y bajo en un cuarto de hora desde la estación Plaza de Armas, según cómo venga desde Camas.

-Bueno, pues el sábado quedamos. Tengo que preguntarte muchas cosas. Una lista.

-Bien, si es una cita de trabajo, encantada.

-Así, es. Ya puedes irte al trabajo cuando quieras.

Y yo salí de allí con unos nervios que me estaban matando. Iba a salir con el hombre más guapo del universo para mí, pero claro, era una cita en la que quería preguntarme cosas del trabajo o de Sevilla. Bueno, estar junto a él era lo más maravilloso que me había pasado en la vida. Salir con el jefe. ¿O no estaba bien? Pensé de pronto mientras iba a mi sala.

Tenía que buscar por la noche en internet qué suponía salir con el jefe, y qué efectos tendría para mí eso en el trabajo, mejor no, ya tenía unas cuantas historias contadas, seguro que me decía el maldito Google que no saliera, que me echaría del trabajo una vez me acostara con él y yo iba a salir.

Iba a arriesgarme y a perder el trabajo, lo más probable. No dije nada a nadie, ni a mi madre. Le dije que iba a salir el sábado con una amiga de la Universidad y que a lo mejor me quedaba a dormir, por si acaso había suerte. No me caería esa breva, pero era mejor ser precavida que nada.

Y el viernes fui a comprarme un vestido de escándalo. Precioso, pegado y estrecho, de media

manga, por media pierna y tacones de vértigo, porque era demasiado alto para mí. A mí no me importaba, me gustaban los tacones y tenía de todas clases.

Era la loca de los tacones y los bolsos. Tenía un bolso para cada par de zapatos, luego, aparte tenía bolsos para diario y el trabajo. Eso decía mi madre. Me faltaba un armario más. Me compré también un sujetador y tanga a juego súper sexy negro como el vestido.

Unos pendientes negros y el pelo me lo recogí detrás con unas horquillas, maquillaje y perfume, pañuelos, el DNI, la tarjeta del banco y la del autobús. Y metí otro tanga negro en el bolso.

Mi madre me llevó a san Juan de Aznalfarache a coger el metro ya que iba al Hipercord y me dejó allí que estaba cerca, así no tenía que coger autobuses y andar. Además me dejaba en la misma Avenida de la Constitución, en Puerta Jerez.

Cuando me bajé en la Avenida de la Constitución, me estaba esperando mi jefe, con su traje impecable gris y me sonrió. ¿Cuántos trajes grises distintos tenía ese hombre? ¿Y camisas y corbatas a juego? Sería como yo con los zapatos y los bolsos.

Me miró por primera vez como a una mujer y no como una trabajadora. Y no me pasó desapercibido. Me dio dos besos y yo me sorprendí. Y empezamos a hablar en inglés.

-¿Tomamos un café antes de pasear? – Me dijo- Es temprano. Aquí se cena mucho más tarde que en Nueva York.

-Sí- dije sonriendo- aquí cenamos si salimos, de las diez en adelante. ¿Eres de Nueva York?

-Sí, soy de la gran manzana. Vivo en Manhattan.

-Vaya, allí viven los ricos.- y él se rio con ganas.

-Digamos que de clase media alta y ricos también.

-No sé si me acostumbraría ver a tanta gente paseando por la calle a la carrera.

-Te acostumbrarías y el invierno es precioso. En Navidad es maravilloso.

-Sí, eso me encantaría.

-¿Tú de Camas?

-Sí, de toda la vida y no he salido salvo a Londres cinco veranos a aprender inglés. Primero trabajaba en un bar de copas y luego hacía un curso hasta empezar de nuevo la Universidad. Bueno también he viajado por Andalucía, pero al extranjero, sólo a Londres.

-Eres joven aún.

-Bueno tengo veinticuatro años. Los cumplí hace tres domingos.

-Sí lo sé. Lo tengo en tu ficha.

-Y tú ¿cuántos tienes? Le pregunté mientras caminábamos por la avenida a buscar un café.

-Tengo veintinueve años.

-Eres muy joven como para tener ya esas empresas.

-Empecé con veintitrés. Hice un master mientras ya trabajaba con mi socio Kevin. Él, está en Nueva York. Nos repartimos los viajes.

Encontramos una cafetería bonita y nos sentamos. Pedimos, él un café y yo otro con leche. Me preguntó si quería un dulce, pero yo, muy fina, dije que no, pero siempre me comía uno con el café.

Siempre he pensado que un café sin dulce es como una cerveza sin tapa.

-¿Por qué me has invitado?- le pregunté directamente.

-Porque estaba solo, no conozco a nadie y me apetecía estar con alguien, en concreto contigo. No conozco a nadie más, la secretaria está casada y no estaba bien proponérselo. Y tú, no tienes novio ni tenías planes. Y a los chicos como que es incómodo, ¿no?- y entonces fui yo la que me

reí.

-No, no hubiera estado bien. Se hubiesen sorprendido, tienen novias.

Ese tío tenía estilo y era sexy hasta para tomar un café. Siempre me ha gustado la gente fina y los tíos con traje y reloj de oro. Por eso, era aún virgen a los veinticuatro, aún no había visto un hombre con reloj de oro en la muñeca. Hasta esa tarde. ¿Sería una premonición?

Y no leía novelas románticas, aunque tenía que tragarme las románticas navideñas de mi madre en la tele de antena tres, los sábados y domingos por la tarde, repetidas unas y otra vez cada año.

No las necesitaba para imaginarme lo que yo quería en la vida y en un hombre también. Un trabajo, una casa y un hombre guapo que me amase perdidamente.

-¿Por qué no tienes novio?- Me preguntó a bocajarro.

-Nunca lo he tenido. No sé, no he encontrado aún mi media naranja. Quizá sea muy exigente, demasiado, creo yo.

-¿En serio?

-En serio. No he tenido tiempo. En el instituto, era la más fea y mis amigos eran gais. En la universidad me tocó el gordito y para colmo hasta el año pasado tenía un aparato horrible en los dientes. Los besos de hierro no gustan mucho a los chicos.

-Eres graciosa- rio con esa sonrisa matadora.

-Sí, eso dicen. Por eso no tengo novio, las mujeres interesantes son las que tienen novio. Yo soy normal.

-A mí, me pareces guapa- y yo me puse roja hasta la raíz del pelo.

-Te has puesto roja -y me tocó la cara con el dorso de la mano y me creía morir. Si me toca el cuerpo me desmayo.

Tenía unas manos bonitas y suaves y sus dedos eran preciosos.

-Soy un poco tímida con los hombres que me intimidan- le dije bajando la mirada.

-Y yo, ¿te intimidó?

-Creo que sí, un poco.

-Mujer, no voy a comerte.

-Ya- dije yo apenada- Y tú, ¿tienes novia en Nueva York?-le pregunté.

-No, nada de eso. También he tenido mucho trabajo, me absorbe todo el tiempo y más ahora que estamos de un lado a otro implantando sedes. Pero sí he tenido mujeres.

-Lo supongo. Eres un hombre muy guapo, como para no tenerlas.

-¿Te parezco guapo?

-Sí jefe. Lo eres, al menos eso sé distinguirlo en un hombre.

-Eres sincera. Las mujeres para mí son importantes, pero solo he tenido sexo con ellas. Y algunas relaciones cortas. Dos meses, un mes, una noche.

-Ya veo- yo con media noche me conformaba con el jefe.

-¿No te gustaría viajar?

-Sí, claro, creo que a todo el mundo le gustaría viajar, no conozco a nadie que no quiera, pero para eso hay que tener dinero y tiempo, pero sobre todo dinero.

-Es cierto y tú no tienes.

-No, es el primer trabajo que tengo y mis padres son personas normales. No son ricos, son trabajadores. ¿Y los tuyos?

-Son también trabajadores, mi madre es profesora de Instituto y mi padre abogado.

-Bueno, eso es ser más que simples trabajadores, pertenecen a la clase media alta.

-Bueno, sí, pero también soy hijo único.

-Yo soy hija única también. Me gustaría haber tenido más hermanos. Pero no hubo suerte. Y

echo de menos eso. Cuando me case, si alguna vez lo hago, nunca tendré un hijo único si puedo.

-Yo tampoco quiero un sólo hijo. Me gustan los niños y también he echado de menos tener hermanos.

Cuando terminamos el café, nos fuimos a dar un paseo por la plaza Nueva. Había una feria del libro y fuimos a verla. Ya casi anocheaba.

Él iba a mi lado y me miraba de vez en cuando.

-Me gusta tu pelo- me dijo.

-Gracias- qué iba a yo a decir, si le gustaba... -¿Cuánto piensas estar en Sevilla?

-Un año, pero en Agosto o Septiembre, voy a ir un mes a Barcelona. Y a Madrid, ¿vienes conmigo?

-¿Y mis clientes?

-Los terminarás antes y no te daré más.

-Y ¿qué voy a hacer en Barcelona?

-Me gustaría que me acompañases. Allí revisarás las carpetas de los clientes, te enseñaré. Eso hacen los asistentes. Podemos salir los fines de semana también.

-Pero a ver, ¿dónde voy a quedarme a dormir?, porque no creo que me traiga cuenta.

-Te proporcionaré un sitio.

-George. Eso es como si fuera una amante.- Me atrevía a decir.

-No, no es eso mujer, me gusta cómo trabajas. Serás una asistente.

-Me lo pensaré entonces.

-Bueno, aún queda tiempo para eso. ¿Cenamos en algún sitio romántico?

-¡Me estás sorprendiendo esta tarde, jefe!- le dije bromeando.

-¿Sí, verdad? Estás muy guapa y la ocasión lo merece.

-Pensaba que íbamos hablar de trabajo.

-No, nada de trabajo. Tengo que liberar el estrés y me gusta estar contigo.

-Bueno, si te gustan los sitios románticos tenemos cerca el barrio de Santa Cruz.

-Lo he oído. Vamos allí.

-Damos un paseo por él y luego elegimos sitio para cenar. Pero me dejarás pagar a medias, jefe.

-He invitado yo. No vas a pagar nada.

-Has pagado el café.

-Y qué, no pagarás la cena. Te invito. No podría permitirlo.

-Bueno, no insisto.

-No te serviría de nada.

A George le encantó el barrio de Santa Cruz. Vivía cerca y no había estado, claro que ese hombre trabajaba mucho y salía poco y había estado ocupado montando una empresa y revisando dos.

La cena fue amena y contamos anécdotas de nuestra juventud y yo me reía mucho. Porque era un niño pijo de Nueva York. En comparación conmigo que era de Camas, nada que ver. Dos vidas muy diferentes.

Se oía a azahar y hacía una brisa nocturna maravillosa. Nos sentamos bajo un naranjo, en una mesa, en un rinconcito precioso.

Hablamos de Nueva York. Me entraba el gusanillo conocerlo por lo que me contaba. Para una chica de mi edad debería ser maravilloso trabajar allí. Era un sueño. La Navidad debía ser maravillosa con nieve. La nieve y el frío, me encantaba. Si algo no me gustaba de Sevilla era el

calor insoportable que hacía, por lo demás...

-¿Te has enamorado alguna vez? -Me preguntó.

-No, nunca. A lo mejor en la escuela, cuando tenía siete años... había un niño con pantalones cortos y el pelo largo y era guapo. Pero no, no tengo el honor de conocer ese sentimiento tan profundo del que hablan.

-Eres buena y graciosa.

-¿Y tú?

-Tampoco me he enamorado nunca.

-Y te gusta un lugar romántico.

-Sí, no son incompatibles.

-Es cierto. Es un lugar precioso.

Cuando terminamos la cena eran casi las doce de la noche y yo estaba cansada. Si no íbamos a bailar mejor.

-¿Quieres ir a mi apartamento?- Me dijo cuando pagó la cuenta y antes de levantarnos y me lo dijo mirándome a los ojos y sabiendo qué iba a pasar y yo, no me negué. Si tenía que perder mi virginidad, qué mejor que con él para ese asunto. Luego... no quería pensar en luego.

Y dije sí, quiero ir. Tan despacito, que me puso la mano en la barbilla para que lo mirara a los ojos

-Sí, iré.

Al levantarse, me cogió de la mano y sentí su calidez en la mía y empecé a temblar un poco. Me apretó la mano para que no tuviese miedo.

Cuando me pongo nerviosa hiperventilo y siento marearme, pero no pensaba hiperventilar y no enterarme de nada. Esa noche era mía. Y mío. ¡Qué suerte estaba teniendo! ¿Y si no era lo que yo esperaba? ¿Y si ese tipo de tíos estaban sobrevalorados?

Su apartamento era enorme y maravilloso y debía costar un pastón en el sitio donde estaba. Si podía pagarse eso, tenía dinero. ¡Joder qué apartamento!, moderno y con unos muebles preciosos. Y me senté en una esquina del sofá como si me diera miedo sentarme en todo el espacio.

¿Quieres café?

-No, ya de noche no tomo. Me pongo nerviosa.

-¿Una copa?

-No bebo.

-Una buena chica- a esas alturas yo estaba ya muda y me sudaban las manos.

Y se sentó a mi lado y me tocó el pelo y me acarició.

-Me gustas. No te he invitado para hablar de negocios. ¿Lo sabes verdad?

-Lo sé. Bueno, quiero decir que no hemos hablado de negocios, pero no sabía que te gustaba. No soy un chica que gusta...- No me dejó terminar.

-Me gustaste desde que entraste en mi oficina con tu traje de barro y tu cara manchada.

-Sí estaba muy guapa ese día. Cuando llegué a mi casa después de la entrevista y me mire al espejo quise llorar como una niña. Y supe que nunca iba a obtener el empleo.

-Estabas preciosa. Pequeña y preciosa. Y mira, te equivocaste, estás trabajando.

Y acercó su boca la mía y me besó en los labios y yo creía morirme y sentí un río de lava correr por mis muslos, y me abrazó y abrió mi boca con la suya y me besó largamente y yo le seguí.

No era experta en besar. No me había besado salvo un sapo o dos y ni lo recordaba, pero ese príncipe rubio de ojos azules como él, besaba muy bien, y creo que lo notó. Que no tenía

experiencia, pero no se imaginaría que sería virgen.

Eso ni lo imaginaba. Pero que besaba como un Dios, doy fe. Después de besarme una vez y otra, yo me agarré a su cuello y él me decía.

-Nena, pequeña, te deseo.- Me encantaba que me llamara nena. Me ponía.

-Yo también te deseo- le dije.

Y me desabrochó el vestido y me levantó del sofá y me lo bajó, me quedé en tanga y sujetador y me los quitó también, besando mis pechos y mis pezones y los mordisqueaba y yo nunca supe cuando me quedé desnuda, ni cuando había muerto y subido al cielo.

Sólo sé que perdía la noción del tiempo y cuando abrí los ojos y lo vi desnudo era un dios griego, pero con el pene mucho más grande que las estatuas.

Tenía un pene grande y tieso como un junco y me tocó, y yo estaba húmeda y caliente y me dolían los músculos internos del deseo que experimentaba. Era un dolor mojado.

Entonces me cogió en brazos y me llevó al dormitorio, quitó la ropa y me tumbó en la cama y bajó a mi sexo y me lamió y me besaba y yo exploté en mil pedazos en menos de dos minutos.

Conocí algo desconocido para mí y me sentí morir de placer y cuando lo miré, sonreía satisfecho con esa vanidad que tiene los hombres cuando saben que son buenos sexualmente y han conseguido satisfacer a una mujer. Se puso un preservativo y se colocó encima de mí.

-¡Cuanto te deseo! ¡Eres preciosa! Y entró en mí despacio y yo, sentí una sensación nueva, pero estaba tan encogida que tuvo que empujar para entrar en mí, a pesar de lo mojada que estaba, hasta que llegó a un punto en el que le costó empujar y me miró y yo me puse roja como un tomate y lo abracé fuerte y lo besé y eso fue una señal para George, que empujó más fuerte hasta conseguir atravesar mi barrera y se quedó parado con la respiración alterada.

No me dolió apenas. Fue solo un respingo y cuando hubo pasado un ratito, él se movió dentro de mí y yo empecé a gemir y él también. Yo le apretaba el trasero contra mí porque me estaba volviendo loca y él sintió como me arrancaba un orgasmo caliente del cuerpo y se movió más rápido y fue un volcán rápido y breve.

Y me quedé mujer de arcilla en sus manos y en su sexo. Y eso sí que fue lo mejor que me había pasado en la vida. No me arrepentiría jamás, aunque me despidiese.

Él se levantó un momento al baño y cuando volvió a la cama, me cogió y me pegó a su pecho y se quedó en silencio mientras me besaba la frente y el pelo.

-¿Qué estás pensando?- le dije con cierto recelo y miedo.

-Que no habías tenido relaciones sexuales antes con ningún hombre.

-No, tú eres el primero.

-Y no me lo has dicho.

-Casi te lo dije cuando me preguntaste si había tenido novio, pero no voy por ahí diciendo que soy virgen, bueno, ya no lo soy.

-¿Te arrepientes?- me preguntó.

-No, ha sido genial, lo mejor que me ha pasado en la vida. El mejor sexo que he tenido y ha sido maravilloso. Has estado perfecto

-No has tenido antes ninguno, pequeña- no tienes con qué comparar.

-Es verdad. Pero tú sí. Y sabes hacerlo muy bien, al menos para mí. Eres muy bueno y estás muy bueno también. Tienes un cuerpazo.

-¿Tú crees?- y se reía.

-Lo creo, estoy segura. Y tú también lo sabes jefe, no te hagas el tonto.

-Eres... -y me apretaba fuerte contra su pecho.

-¿Nunca lo habías hecho con una virgen?

-No, nunca. No hay ya chicas así. Lo hago con mujeres de mi edad y a esa edad no se es ya virgen.

-Bueno, no tengo muchos menos años que tú, solo cinco. ¿No te alegras de haberlo hecho conmigo o te arrepientes?

-No, no me arrepiento, ha sido algo distinto, romántico y maravilloso.

-¿En serio? Eres un romántico.

-¿En serio?, pequeña ingenua virgen.

-Y ahora me vas a despedir...

-¿Por qué voy a despedirte?

-Bueno, como nos hemos acostado... acostarse con el jefe trae consecuencias.

-No voy a despedirte, tontita, - me dijo de forma cariñosa tocándome los pechos y me los acariciaba - eres buena en el trabajo y tienes seis meses de contrato.

-¿Entonces qué vas a hacer?

-El amor de nuevo.

Y me hizo el amor toda la noche. Porque ese hombre era un hombre especial. Y esa noche también lo fue, y me enseñó lo que yo no sabía y aún me quedaba por aprender y me dijo que estaba dispuesto a enseñarme. Y me quedé con él, el domingo hasta por la tarde.

Era romántico y pasional, pero me dijo que debía tratarme ese fin de semana con delicadeza. Y era cierto, porque cuando llegué el domingo a mi casa por la tarde no me podía mover. Me costaba andar.

Me di una ducha calentita, mi madre me hizo un bocata y me fui a la cama. Y esa noche dormí flotando.

Me había enamorado irremediabilmente de ese rubio americano. Y a mí que me habían gustado siempre los morenos... Debía ser eso o me rendía a sus pies. Haría lo que fuese necesario por ese hombre.

Claro que luego estaba la parte realista. Una cosa es lo que me dijo (que no me iba a despedir) y otra lo que haría al día siguiente lunes cuando lo pensara bien pensado.

Estaba muerta de miedo. Por todo. Y no quería perder mi trabajo. Por todos los acontecimientos que me habían ocurrido y que eran surrealistas.

Si ese hombre se mete en un bar de copas, sale con cincuenta mujeres adorándolo, cómo es que me invitaba a mí... debió ver algo en mí que nadie veía. Ni yo siquiera.

Bueno, lo importante es que a esas alturas yo, ya no era virgen. Ya me sentía una persona normal. Tenía en mi piel, la piel de ese hombre, el olor de ese hombre, el sexo y su colonia de trescientos euros por lo menos, sus manos tocando mi cuerpo y yo abrazada a ese cuerpo de acero.

Allí me hubiera quedado eternamente. En esos momentos, él estaba muy por encima de mí y yo lo sabía. Me subestimaba. Él tenía el control de todo. De su empresa y de mi vida y mi cuerpo y de mi alma.

Esa ilusión tonta que yo recordaba agarrándome a la almohada como una adolescente y esa sonrisa boba, no debía ser normal a mi edad. Pero estaba contenta, ilusionada y enamorada. Nunca me había enamorado, pero sabía que ese fin de semana lo había hecho.

Tenía miedo de cómo reaccionaría el lunes, pero mis miedos desaparecieron cuando no apareció por el trabajo hasta las doce y me llamo al despacho. Entré y me dijo:

-¿Cómo estás guapa?

-Bien, algo extraña, la verdad.

Y se levantó, me abrazó y me dio un beso de infarto. Quédate al final, tenemos que hablar pequeña.

Ya sabía yo que eso traía truco, que me iba a decir que se había acabado y que al trabajo no volviera. Tenemos que hablar, tenemos que hablar, esa frase siempre supone algo negativo, divorcio, separación, a la pu.. calle.

Pero me equivoque... el día se me hizo eternamente largo y cansino y los nervios los tenía a flor de piel.

Cuando salieron todos, yo me quedé un momento como que tenía que acabar un trabajo y cuando la secretaria se fue también, oí cerrar la puerta con llave.

Entró en mi despacho y se puso detrás de mí, se agachó a mi altura, me abrazó y me besó en el cuello. Metió las manos entre mi blusa buscando mis pechos y mis pezones y yo me eché a temblar.

-No tiembles nena...

-Es que me pones nerviosa.

-¿De verdad? Eso pretendo pequeña virgen.

-Creía que me ibas echar, rubio pijo de Nueva York.

-Deja ya de pensar eso. No pienso echarte, pienso hacer otra cosa. Deja ya el trabajo.

Y yo apagué el ordenador. Me cogió la mano y me llevo a su despacho y me sentó en la mesa de su despacho en un momento en que me levantó del suelo como si yo pesara lo que pesa una pluma.

Ahí me desabrochó la blusa y me la quitó y el sujetador. Me subió la falda y lo vi desabrocharse el pantalón mientras me besaba en la boca y con la otra mano se ponía un preservativo y entró en mí sin yo darme apenas cuenta y gemí y grité porque lo deseaba con todas mis fuerzas.

-Te he echado de menos pequeña.- Me decía mientras embestía mi cuerpo.

-Pero si lo hicimos ayer por la tarde- le dije entre gemidos mientras él empujaba con su miembro grande y duro entre mi sexo.

-No es suficiente para mí.

Vaya me dije, luego dicen que los latinos, pero este americano es caliente a más no poder.

Y lo hicimos en su mesa y me liberé cuando él quiso. No había ningún hombre como mi George, porque ya lo consideraba mío.

Luego de volver de su baño de quitarse el preservativo, venía vestido y yo, me estaba vistiendo igualmente.

Se sentó en su sillón y me dijo que me sentara en sus piernas, y eso hice, me apoyé en el hueco de su cuello y él me abrazó.

-¿Lo hacemos porque no tienes aquí a nadie más?- quise saber.

-¿Estás loca? ¿Por qué me haces esa pregunta?

-Se me ha ocurrido.

-No, guapa, lo hacemos porque tú me gustas mucho. ¿Te gusto yo?

-Claro que sí. Has sido el primero, pero eres guapo, alto y estás muy bueno.

-Tú también estás buena. Eres pequeña y me encanta tu cara y tu pelo, tus pechos, tu trasero duro.

-¿Y no te gustan más tipo modelo? Con lo alto que eres...

-No, nunca me han gustado. Sí que me he acostado con algunas así, pero me gustan pequeñas y manejables.

Y nos miramos y nos besamos de nuevo. No sabía qué pensaba ese hombre. No lo conocía

apenas.

Y no sabía si lo pasaba bien conmigo o qué pretendía. Pero en dos días no se pueden tener pretensiones. Yo tampoco. Debía dejar que el tiempo pasara a ver qué pasaba con esto.

-No podemos hacer esto en la oficina todos los días, jefe- le dije.

-¿Por qué?

-Mis compañeros se darían cuenta, y la secretaria, de que me quedo al final. Y eso no me gusta. Que murmuren en el trabajo, no me gusta nada.

-Tienes razón. Los fines de semana puedes venirte a mi apartamento.

-Eso sí, pero el resto de los días yo también te deseo pero no podemos quedarnos.

-En América no pasa nada porque un trabajador se quede más tiempo- me dijo como apenado.

-Pero jefe, somos pocos y quiero ser responsable en mi trabajo

-Ya buscaré una solución, mientras que siempre vengas con falda o vestido.

-¿Qué estás pensando loco...

-Que me gustaría que vinieras con falda o vestido a diario.

-Eres un loco del sexo.

-Tú me pones duro y caliente. Y me cogía su mano y la ponía en su sexo y era verdad.

-¿Yo? pero si yo no hago nada.

-Tienes el poder sobre mí. Eres mía ahora.

-¿Y tú eres mío?

-Entero, de pies a cabeza. Me vuelves loco pequeña sevillana bruja.

Esas conversaciones me daban confianza con ese hombre. Aunque mientras estuvieran mis compañeros, yo me portaría con él como una empleada.

Pero no sabía qué pretendía con eso de que me pusiera falda o vestido. Lo imaginaba pero ¿cómo lo iba a hacer?

Estaba loco. Me deseaba y yo a él igual. Pero mira que empezar un trabajo de esa manera...

George, era serio en el trabajo y el amor y el sexo... eso estaba yo por descubrir, me gustaba más que el comer, pero también tenía mucho miedo. Ya empezaban las complicaciones.

A él parecía traerle al fresco que la gente se enterara de que nos acostábamos juntos, pero para mí era importante que no se supiese. Quería tener una reputación seria en el tema laboral, en cualquier sitio. A ver qué hacíamos.

Quiso acompañarme a la parada, pero le dije que no hacía falta, y entonces antes de irme, nos besamos y él levantó mi falda de nuevo y cogió mis caderas por detrás y otra vez sobre la mesa de despacho y me poseyó como un loco bajándome el tanga y tocando mis pechos desde atrás con sus grandes manos. Hasta que explotamos en un orgasmo maravilloso y erótico.

-¿Estás loco?

-¿No te ha gustado?

-¿Cómo no me va a gustar?, me encantas. Sabes que no puedo resistirme a ti. Pero no puedo aún respirar.

Dejaba de ser delicado para ser puramente sexual y animal. Era delicado y amoroso y nunca sabía cómo iba actuar. Y eso debía yo de conocerlo.

Uno de esos días ya le haría yo sexo oral a ver qué tal. Esperaría al fin de semana y le daría una sorpresa. Él si me lo había hecho a mí, pero yo a él todavía no. Seguro que también le gustaba, a todos los hombres les gusta.

Durante esa semana, ya me enteré de qué tramaba. No nos quedamos en el despacho solos, yo salía a la hora con mis compañeros que nunca sospecharon nada, pero él me llamaba al despacho

durante el día y me decía trae la carpeta de tal o cual cliente, con toda seriedad, pero en cuanto entraba a su despacho y la secretaria sabía que no debía molestarlo cuando entraba con alguno de nosotros, me cogía a horcajadas contra la pared y me hacía así el amor, o me sentaba con las piernas abiertas encima de él en su sillón o entrábamos a su baño y contra el lavabo me miraba a través del espejo y era de lo más erótico o metía su mano entre mi sexo y hacía que yo tuviese un orgasmo.

Era diario. Ese hombre no tenía fin. Y a mí me encantaba que me deseara así.

Y para disimular también llamaba a mis compañeros a su despacho, para ver el progreso con los clientes. Y yo para disimular, cuando llamaba a José o a Javier, decía

-¡Te ha tocado!

El viernes por la tarde, quedamos en que yo me traería un bolso con ropa y me quedaría en su apartamento hasta el domingo y mis padres ya sabían que me iba a quedar fuera el fin de semana.

Me iba con él el viernes por la tarde y me quedaba hasta el domingo por la tarde noche también.

Ese fin de semana, salimos poco, pedimos hamburguesas o pizza y nos pegamos en la cama o en el salón, sin cansarnos de hacer el amor o sexo.

Y yo se lo hice como pensaba. En uno de los momentos que estábamos en la cama, baje a su sexo grande, y él me miró sorprendido, lo metí en mi boca y con la otra mano extendí sus pliegues y lo noté suspirar.

-Loca, oh dios., ¿qué haces?

-Intentaré hacerlo bien- le dije despacito mientras gemía.

Y seguí chupando y lamiendo su sexo con mi boca y con mis manos y él se aferraba a las sábanas y yo veía a ese gran hombre rendirse ante mí y supe que tenía el poder por un momento y eso me subió la autoestima y me sentí a su altura. Y él gemía mi nombre y palabras inconexas.

-Por dios mujer, me estás matando...

-Dime que te gusta.

-Me gusta. Me gusta, ohah. Dios- y explotó derramándose entre mis pechos.

Y yo lo besé, me limpié y me eché a su lado acariciando su pecho de piedra.

-¿Lo he hecho bien americano?

-Lo has hecho perfecto. Vas a aprendiendo muy rápido, mi pequeña virgen.

-Creo que estoy aprendiendo de sexo contigo más que en toda mi vida.

-Exagerada.

-Sí exagerada. Ya no me entran los pantalones. Voy perder una talla contigo.

-Es que con tu cuerpecito no puedo aguantarme.

-Me gustas mucho George. ¿Pero dónde nos llevará eso? Tengo algo de miedo.

-No pienses cielo. Nos llevará donde nos tenga que llevar.

-Comprende que para mí esto es nuevo. Nunca hice el amor, no he tenido novio y nunca he pasado tanto tiempo con un hombre en la cama y mucho menos he dormido con él.

-Me alegra de que sea conmigo. Ya no me gustaría que lo hicieras con otro.

-¿De verdad? ¿No serás celoso?

-Un poco sí. No controlador, pero sí celoso. Contigo.

-Pero si no hay otro. Estoy contigo todo el día, me voy a casa y vuelvo a la empresa y llevamos ya dos fines de semana juntos.

-Me gustas tanto... mi española.

-Y tú a mí, mi americano...

-Estás loca...

-Anda que tú.

Habíamos empezado a tener confianza. Y bromeábamos. Ya no me imponía tanto como el primer fin de semana.

Me seguía poniendo a cien y él decía que yo lo ponía, pero es que era terrible, y guapo y sexy y no lo iba a dejar para que otra me lo quitara por nada del mundo.

Disfrutaría de él hasta que eso se acabara. Porque yo me lo pasaba muy bien con él. Trabajaba mucho, hacía muy bien mi trabajo en sólo dos semanas y cuando no sabía algo se lo consultaba a mis compañeros o a él mismo.

Pero eran pocas las veces y casos difíciles de clientes especiales a la hora de exigir.

Ese año no tuvimos vacaciones, porque habíamos entrado a finales de Abril, así que hasta el año siguiente, nada.

Yo aprendía mucho en un trabajo que cada vez que gustaba más. Los clientes estaban satisfechos y eso me producía una cierta satisfacción. Encontrar y trabajar hasta que gustase al cliente el trabajo, hasta que quedara perfecto.

Mis padres decían que salía todos los fines de semana y yo tuve que decirles al final que había conocido a alguien, que aún no me iba a ir de casa pero que estábamos probando a vivir los fines de semana.

Tenía una colección de faldas y vestidos que no eran normales y siempre blusas, o camisetas que eran con escote, y él estaba encantado.

Los fines de semana me iba a su apartamento, pero al menos salíamos a algún sitio a cenar o a bailar algunas noches o a tomar café cerca de su apartamento, los domingos a dar un paseo y en algunos meses, le enseñe toda Sevilla. Una noche fuimos al teatro Lope de Vega, a ver *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde. Actuaba Eloy Azorín y a mí me encanta ese actor.

Éramos como una pareja normal, bromeábamos y nos conocimos íntimamente, tanto que yo sabía qué quería en el momento que lo quería y cómo le gustaba que se lo hiciese. Me enseñó tanto acerca del sexo, que me creía una experta.

Me decía palabras tan hermosas... Eran tan sexual, tan romántico a veces, que me parecía mil hombres distintos. Y era lo que más me gustaba y atraía de él.

Otras veces se ponía celoso si pasaba algún chico y me miraba el escote. Y yo me reía y le decía que a él también lo miraban las mujeres y más que los hombres a mí.

Siempre llevaba tacones altos para él, porque era alto y yo bajita, pero así le gustaba a él, eso me decía y a mí me gustaban altos, perfecto.

Y llegó Octubre, más tarde de lo que él había previsto y tenía que viajar a Barcelona y a Madrid a dar una vuelta a las otras empresas. Nosotros en Sevilla nos habíamos asentado.

Y el fin de semana antes de irse, me propuso lo que el primer fin de semana.

-¡Vente conmigo! ¡No voy a poder estar sin ti!

-¿Pero cómo me voy a ir?

-Como mi ayudante. Como asistenta. Contrato otro chico tres meses. Ellos tienen novia. Haré que tú te vengas con ese asunto. Allí trabajarás revisando los casos conmigo. Son muchos meses de revisión que tengo que hacer, al igual que en Madrid. Tienes experiencia. Te subiré el sueldo.

-No, eso no. Ya me pagas bien y soy la que menos sabe.

-Eso no es cierto y lo sabes. Haces el trabajo igual que el resto y los clientes están satisfechos contigo.

-Pero no quiero que me subas el sueldo si voy.

-Pues irás con los gastos pagados, comida y cama.

-¿Qué cama?

-Tontita, conmigo en el apartamento que ya tengo alquilado. La secretaria de Barcelona, ya se ha encargado y la de Madrid se encargará antes de que vaya.

-¿Y cuánto estaremos?

-El tiempo que sea necesario, tenemos que repasar muchos casos y luego tengo que repasar los que hayan hecho en Sevilla también. Vas a trabajar mucho, día y noche y aprenderás otra parte del trabajo muy interesante y será bueno para ti. Y cuando vuelva, iré a Nueva York al menos un mes o más depende, esta vez iré solo.

-Eso lo comprendo.

-Podemos estar hasta días antes de Navidad, porque la pasaré en Nueva York con mis padres. Quizá un mes en cada ciudad.

Y dije sí, no lo iba a dejar solo tanto tiempo. Quería irme con él y también quería revisar los casos de las otras ciudades. Me encantaría ese trabajo. Era distinto y podía aprender.

-¿Cuántos casos te quedan del mes?- me preguntó.

-Uno que estoy terminando.

-Pues acábalo y nos vamos, preciosa.

-Haré el lunes una reunión y os lo explico todo. Tú no sabes nada.

-Vale.

-Me encantas y ahora ven aquí pequeña que nos queda poco tiempo del fin de semana.

-Pero si es sábado por la mañana...

-Por eso.

-Estás tan loco...

-Por ti. No lo dudes nunca.

Y el lunes tuvimos una reunión en la que propuso llevar a uno a Barcelona y a Madrid para revisar los casos y dijo que yo me iba con él.

-¿Tienes algún problema Rocío en venir?

-No, ninguno. Me gustaría.

-Pues termina el caso que tengas y prepara las maletas.

-Nos miramos todos y no vi envidia en mis compañeros. No iban a ganar nada, y los gastos pagados no les suponían ninguna ganancia y tendrían que estar separados de sus novias dos meses hasta Navidad casi.

Cuando salimos de la reunión, me dieron hasta las gracias.

-Menos mal que tú puedes. Yo no quiero irme dos meses. Mi novia no querría.

-Ni la mía.

-Bueno no os preocupéis, yo no tengo novio de momento.

-Menos mal Rocío.

El pasó por nuestro despacho, a dejarles a cada uno carpetas para dos meses y a la vuelta, las revisarían. Si tenéis algún problema, ahí tenéis mi teléfono, ¿vale?

-Vale –dijeron.

-Tú Rocío, ¿cuánto te queda por terminar esa?

-Creo que en dos días termino.

-El miércoles nos vamos entonces.

-Perfecto.

-Te traes tu maleta al trabajo y saco los billetes, ya te diré la hora en que salimos. Nos iremos desde aquí. Y chicos, espero un buen trabajo. No voy a contratar a nadie más de momento. Si acaso cuando me vaya a Nueva York.

Y tal como dijo, el miércoles, pusimos rumbo a Barcelona después de comer.

Tomamos un taxi hasta coger el Ave. Él también se había traído una maleta, yo la mía y mi pc y él lo suyo en su maletín.

Llegamos a las siete de la tarde y cogimos un taxi hasta la dirección que le dio al taxista.

El apartamento estaba en plenas ramblas. Él decía, que allí estaba la empresa al lado. Que podíamos ir andando. Teníamos unas vistas maravillosas.

Era precioso el apartamento, como el de Sevilla, grande y amplio y con todo lo necesario. Pedimos para comer chino, que a él le apeteció y deshicimos las maletas y e hicimos el amor mientras nos duchábamos antes de comer.

Teníamos todas las noches para amarnos y el fin de semana también.

Yo nunca en mi vida pensé tener tanto sexo, pero me acostumbré a su ritmo y nunca podía decirle que no.

Siempre estaba dispuesta y empecé a tomar la iniciativa también, y supe que él también me correspondía. No sabía cuánto sexo podían tener otras parejas, pero George y yo, éramos incansables.

A mí me tocaba y me volvía loca y yo lo tocaba y nunca dijo luego, al contrario, me cogía a veces como una muñeca de trapo y le decía que iba a cobrar algún día y se reía. Hacía lo que quería conmigo.

Era gracioso e irónico. Pero era un pijo de Nueva York, se lo decía y me preguntaba qué era eso, lo decía que un niño rico que viste bien y gasta dinero y llevaba reloj de oro y colonia muy cara. Y se reía.

-Pero si no gasto contigo, no salimos apenas nada y en Sevilla todo es muy barato.

-Eso sí, pero aquí en Barcelona quizá sea más caro.

-No tanto como en Nueva York, te lo aseguro. Algún día te llevaré.

Y yo, me puse muy contenta, porque eso quería decir que lo nuestro iba de largo y parecía serio, porque para Navidad él quería ir y si estaba pensando en volver, es que no iba a dejarme.

No me arrepentí de haber ido con él a Barcelona ni a Madrid, no solo por nuestra relación, que aún no estaba definida, a pesar de que llevábamos ya casi cinco meses saliendo y acostándonos juntos sin parar ni cansarnos.

Si no lo hubiese acompañado al viaje, esos dos meses, primero, lo hubiese echado mucho de menos, segundo no hubiese aprendido todo cuanto aprendía laboralmente y descubrí que ese trabajo de asistenta también me encantaba, lo pagaban mejor, pero yo no quise que me subiera el sueldo esos meses, porque nunca quería que yo pagara nada cuando salíamos y a veces me resultaba cansino no pagar nada.

-Pequeña, vas con todos los gastos pagados.

-¿Y en Sevilla también?

-No saques ahora ese tema, estamos en Barcelona y mi palabra era que ibas con todos los gastos pagados, nena, porque no querías subida de sueldo.

-A veces me enfadas George.

-Pues eso hay que solucionarlo.

-Yo ya sé cómo solucionas tú ese tema, pero de verdad George, que me enfadas.

-Ummm, qué bien, una excusa y metía sus manos entre mi falda...

-George, no seas tonto y escúchame, esto es serio.

-Sí, muy serio – y movía sus dedos expertos y empezaba a gemir.

-Lo sabía, es muy serio, ven aquí- y me tiraba en el sofá en la cama, contra la pared, le daba igual.

No tenía nada que hacer. Era un terco de cuidado. Pero yo no me sentía bien sin pagar nada.

-No seas boba, nena, si estás pagando con el sueldo que no quieres cobrar.

-Ufff, cómo me pones, de verdad, hay veces que no te soporto.

-¿Cuándo?

-Cuando te pones así.

-¿Así como?- y me llevaba la mano a su miembro que se nuevo se extinguía con un haz de luz.

-Por Dios rubio...

-¡Consuélame, nena!

Y yo le llevaba consuelo a su último abandono y a mío, porque siempre ganaba él. No podía resistirme. Era una batalla perdida. Tenía que dejarlo. Debía ser hereditario.

Cuando se ponía en modo sexual, me ganaba, aunque me decía que era al contrario que no podía resistirse a mi cuerpo pequeño, pero era al contrario.

Tenía un cuerpo perfecto para mí, magnífico y George, no parecía darse cuenta de ello.

Era simplemente perfecto, su pecho duro y liso, sus largas piernas, su pelo rubio y esos ojos azules que me encantaban y que cambiaban de color cuando hacíamos el amor. Se volvían más oscuros.

Y su miembro magnífico y dispuesto que cubría las pareces de mi sexo y era simplemente erótico y sensual.

Era mi primer hombre y era suya para siempre. No había otro mejor que él. Si conocía a otro porque lo dejáramos, sabía que nunca encontraría lo que ese pijo de Nueva York, me daba.

CAPÍTULO TRES

Fue fantástico ese primer fin de semana en Barcelona, y el segundo y el tercero y el cuarto y el quinto nos fuimos a Madrid en Ave. Nuestra relación se afianzaba y yo aprendía un trabajo distinto que me gustaba. Era un trabajo más de despacho, de ejecutivo, administrativo y comercial, pero me sentía bien con él.

George, me enseñó mucho y yo aprendía a pasos agigantados. La empresa en Barcelona crecía como la espuma.

Estos hombres jóvenes sabían montar empresas con futuro. Sin embargo, yo pensé que sólo tenían una base en Nueva York, y algunas esparcidas por estados cercanos y ciudades importantes. Más tarde me enteraría de lo grande y enorme que era la empresa.

Además de todo, el tiempo que pasamos en Barcelona, me acomodó en la mesa de reuniones que tenía en su despacho y me señaló un armario lleno de carpetas por revisar entre los dos.

Las dos primeras, las revisé con él, pero la tercera ya había aprendido a hacerlo sola y llamar a los clientes y revisar, nos llevó un mes y una semana casi entera. Hasta dejarlo todo listo.

En el despacho de Barcelona, tenía a un chico como director, un chico joven que se encargaba de lo que él hacía en Sevilla, que era el que estaba al tanto de todo y que se sentó en mi mesa de reuniones conmigo a revisar también.

Y entre los dos y George que revisaba también la contabilidad primero y llamaba a los clientes y daba los nuevos clientes a los cinco diseñadores que tenía en Barcelona, terminamos el trabajo en ese mes y pico

Trabajamos a fondo y fue un placer trabajar con Carlos, el director de Barcelona. Un chico trabajador y amable y aprendí mucho de él y de George. Estaba encantada y me sentía importante.

Había hecho bien en ir. Ese trabajo era perfecto para mí, para aprender y me gustaba más que el otro para lo que me había preparado durante cuatro años de carrera y uno de master. Y me dio un poco de pena irme de allí. Me sentía tan cómoda...

-Me encanta este trabajo pequeño- le dije una noche después de hacer el amor.

-Lo sabía, sabía que el trabajo de asistente te iba a gustar. Por eso quise traerte conmigo, además de lo obvio.

-¡Qué bien me conoces!

-Te voy conociendo, pero te he visto entusiasmada y eso significa que te gusta.

-El otro también, no creas, es más creativo y me agudiza la inspiración, y es para el que me he preparado durante cinco años, master incluido, pero este te hace más importante.

-Boba, ya te daré importancia yo después.

-¿De comer?

-Sí, de comer, estoy muerto. ¿Salimos o pedimos?

-Casi pedimos del bar de enfrente. Tienen buenas tapas y nos las traen a casa.

-Sabía que no querías vestirme.

-Estoy un poco vaga. Ha sido un día largo y duro.

-Duro estoy yo. Tú, estás desnuda y vaga.

-¿Y no te gusta?

-Me encanta.

-Rubio pijo...

-Sevillana bruja...

Me encantó Barcelona y conocimos la ciudad los fines de semana. George era un animal trabajando. Llamaba a diario a Sevilla y a Madrid y al menos una vez a la semana hablaba largo y tendido con su socio en Nueva York, Kevin, para ver qué tal iban las cosas y hablaba con los directores, salvo que Sevilla no tenía director aún. Quizá contratara a alguien después, según me dijo.

En Madrid no fue distinto, pasamos hasta el quince de Diciembre. Volvíamos por Navidad y él tendría que ir a Nueva York, el veinte. Nos quedaban apenas cinco días para separarnos un mes que estaría fuera. El primer mes que nos separábamos después de salir desde Abril, casi ocho meses.

Tenía el vuelo sacado y yo tenía cierta tristeza y melancolía, porque no sabía cuánto iba a estar allí. Ni él tampoco lo sabía. Y además nunca había salido tanto tiempo con un chico y la separación se me haría larga.

Y esos días tenía la lágrima fácil a flor de piel. Me sentía muy vulnerable y como una adolescente que pierde el primer amor.

Y eso, me dolía mucho, porque sabía lo mucho que lo iba a echar de menos y aunque me dijo que tardaría un mes en venir, yo sabía que los planes podían torcer los nuestros de volver a vernos. No podía estar siempre en Sevilla, tenía otros lugares donde viajar y Nueva York, que era su sede central.

Y pensé: ESTO SE ACABA AQUÍ. Y tenía que hacerme a la idea de que aquello había sido una bella historia de amor y nada más, que debía seguir con mi vida y él con la suya, a pesar de lo que me dijera.

Las empresas ya iban solas con los directores emergiendo, salvo la de Sevilla que no tenía director.

Lo que no me imaginaba nunca fue que el día dieciséis, George, nos reuniera a todos los de Sevilla en la mesa de reuniones de su despacho. En esos momentos llegó un chico joven también.

Nos lo presentó como un nuevo trabajador de la empresa. En los días en que iba a estar en Sevilla, tenía que aprender y entre los chicos debían ayudarlo.

Ocuparía mi lugar. Nos miramos todos y yo me temí lo peor. Él me dijo que yo me quedaría en el despacho hasta que él volviese de Nueva York, que había aprendido a llevar el despacho y las revisiones y contabilidad en esos dos meses.

Nadie dijo nada, ni debía, se nos había renovado el contrato por otros seis meses y si seguíamos así al final se nos haría fijos, así que a ver quién era el guapo que decía algo. Además, yo me había ido más de dos meses a aprender ese trabajo y nadie lo sabía hacer en la oficina mejor que yo.

No creía merecerme ese puesto, lo digo de verdad, pero no iba a renunciar, había aprendido a revisar, aunque de contabilidad, me faltaba un poco.

Así que el nuevo chico que se incorporó en mi lugar, recibió carpetas como todos y yo me quedé a aprender con él en el despacho esos días que le quedaban para marcharse.

Tendría que dar las carpetas los meses siguientes. Ya él me dijo dónde estaban las que teníamos, cómo iba a conseguirlas, los clientes, la forma y cómo revisar la contabilidad, las cuentas.

Todo me lo dejó, de todas formas, anotado, y además sus teléfonos y el acceso a las cuentas para las transferencias de los clientes.

Tuve cinco jornadas intensivas en las que apenas tuve tiempo de nada, pero lo tenía más o menos claro y si no, tenía también los teléfonos de los directores de Madrid y Barcelona. Y

tendría que repasar las carpetas de esos meses de Sevilla.

Ya tenía trabajo. Ser jefe no era fácil.

-Ser jefe no es fácil pequeña, pero confío en ti más que en nadie y sé que lo harás estupendamente. Estás preparada para ello. Te lo mereces.

-Gracias por la oportunidad, George, aparte de lo que tengamos fuera.

-Tendrás más sueldo.

-No hace falta, de verdad. Cobro muy bien.

-Sí lo haré esta vez, como el resto de directores a partir de que me vaya. Más responsabilidad, más sueldo. No hacemos distinciones en la empresa. Ya lo sabes.

-Si es lo que quieres...

-No se trata de lo que quiera pequeña, se trata de lo que cobra un director. Y tú, ya lo eres.

No quise preguntar cuánto. Pero lo que sabía, era que iba a trabajar como una mula para que esa empresa subiera como la espuma, no defraudarlo y que para cuando viniera todo estuviese al día

-Mañana no vengo ya a la oficina. La secretaría tiene la llave y abrirá y la del despacho la tendrás sólo tú, así que cuidala.

Cerraron y cuando todos se fueron, nos quedamos solos aún con los últimos detalles. Al final. Él cerró la puerta y me besó largamente, me hizo el amor de nuevo en la mesa del despacho.

-No me olvides pequeña andaluza.

-¿Cuándo volverás?

-Espero no tardar demasiado. Tengo que ver la oficina de Nueva York y hablar con mi socio por si montamos alguna más, hacer cuentas, y hablar mucho. Trabajar y trabajar.

-¿Y chicas?

-Te tengo a ti. Llevamos ocho meses juntos.

-¿Seremos fieles o esto se acaba aquí?- Quise saber. Siempre me han gustado las cosas claras.

-¿Tú quieres que se acabe?—me preguntó serio.

-No, yo quiero esperarte. No me gustaría que lo nuestro acabase, pero las relaciones a distancia algunas personas no pueden llevarlas bien.

-Yo quiero volver. Y te llamaré a diario por las noches o al despacho. Pequeña no quiero que me olvides ni que tengas otro hombre.

-Ni yo que tengas otra mujer.

-¿Fieles?

-Fieles.- y se me hinchó el pecho de felicidad por un instante.

Y sellamos nuestro pacto con un beso apasionado y nos despedimos hasta....

Los siguientes días me hice con el despacho. Tuve que hacer algunas llamadas a Madrid o a Barcelona, pero empecé por preparar las carpetas para el mes siguiente, lo primero y dejarlas listas. Eché un vistazo a cada una.

Me llevó unos días y luego empecé con las revisiones y al final echaría mano a la contabilidad.

Y entre los clientes nuevos que llegaban, los que revisaba que pedían productos y salían nuevas carpetas, corregir y la contabilidad, trabajaba como una mula. No sabía el sueldo, pero vamos, lo que me pagaran de más, me lo merecía

Por las noches cuando llegaba a casa, lo echaba de menos y lloraba por no tenerlo. Parecía una adolescente. Incluso tan cansada que estaba.

Pasé las Navidades como siempre, en casa y el fin de año me fui con mis amigas de fiesta.

Los domingos iba con mis padres a comer fuera y algunos fines de semana, salía con amigas a

tomar una cerveza o un café o de compras.

Eso me salvaba de acordarme demasiado de George y llorar demasiado. Incluso fuimos un día al Rocío. Íbamos de vez en cuando, porque mi madre veneraba a la Virgen.

Pasaron las Navidades y él me llamaba a diario a la oficina, primero tratábamos los temas y le preguntaba algún tema de la oficina, y luego hablábamos de nosotros, de que me echaba mucho de menos, que echaba de menos ese cuerpecillo mío, que tenía ganas de poseerme y yo le decía que me iba a poner a tono que estaba trabajando y se reía.

Me soplaban palabras hermosas, guapa, pequeña, cielo, nena, que me echaba de menos, que deseaba mi cuerpo y todas las palabras eróticas que nos habíamos dicho en nuestras sesiones de sexo y las que no nos habíamos dicho

-¿Vives con tus padres?-le pregunté una mañana.

-No preciosa, tengo un apartamento en Manhattan.

-¿Y ahora estás ahí?

-Sí, estoy acostadito y te echo de menos.

-¿Es tan bonito como el de Sevilla?

-O más. Pero es mío.

-¿Tuyo comprado? -Me sorprendí, porque debía ser caro vivir allí cuanto menos comprarse algo en aquella zona, claro que yo no la conocía. Habría zonas y zonas como en todos lados.

-Sí, comprado.

-Eres un pijo rico de Nueva York. Si ya con los trajes que llevas y esa colonia de quinientos dólares el bote pequeño- Y se reía.

-Y tú una sevillana pequeñilla y bruja a la que echo mucho de menos.

-Tengo ganas de que vengas pequeño.

-Tardaré aún, cielo. Quizá para marzo.

-¿Hasta marzo? Jo...

-Sí, pero seremos fieles. Tres meses no es mucho.

-Lo dudo en ti. Yo sí te seré fiel, pero tú estás muy bueno y hay muchas chicas guapas en Nueva York y tengo celos.

-Bonita. No tengas. No pienso mirar a ninguna. Además no puedo.

-¿Por qué no puedes?

-Porque te soy fiel.

-Me habías asustado. Pensé que te había pasado algo.

-No seas bobita. Sabes que trabajo mucho y cuando no trabajo, pienso en ti.

-Mira que como me seas infiel, me tiro a todos los sevillanos,- le decía exagerando y él se reía.

-No harás eso. Tienes un rubio que te echa mucho de menos, mala.

-Buenooo. Tengo una llamada, jefe superior, pequeño.

-Pequeño- y se reía conmigo cuando se lo decía.

-Sí, tengo que dejarte a mi pesar, me estás haciendo perder el tiempo. Y tengo un trabajo y un jefe muy exigente

-Así me gusta, mirando por mi empresa.

-Adiós, guapo.

-Hasta mañana chiquita.

Cuando vino el gestor a traer las nóminas, al final de ese mes, y miré la mía, mi sueldo era escandaloso porque aunque llevaba ocho meses, aún era novata. Ganaba 2.500 euros. Toda una pasta para mí.

Pero me enteré de que el director de Madrid y el de Barcelona ganaban lo mismo. No es que me hubiera pagado ese sueldo por ser yo, sino porque ese era el sueldo que pagaban en la empresa a los directores. En eso nunca hacía distinciones. Separaba siempre el trabajo del placer. Cuando quería, claro.

Él había confiado en mí y yo se lo agradecía independientemente de lo que había entre nosotros, que tampoco sabía qué había salvo sexo, y fidelidad sexual. Sólo que por mi parte era amor. Por la suya, no lo tenía claro.

Con los meses, me hice a su trabajo, a la contabilidad, los clientes y la empresa iba creciendo. Tenían más clientes cada vez y los chicos trabajan estupendamente. En Navidad, yo había llevado una caja de mantecados y una botella y vasitos de licor y estuvimos celebrándolo con la secretaria. Decoramos la empresa...

A finales de febrero miré la contabilidad e hice una tabla y había ganado más dinero en esos meses que en los anteriores, descontando pagos.

Me sentía bien siendo Directora. Era una pena que mi hombre me la quitara en cuanto viniera. Porque me acostumbré a ese trabajo de revisar y atraer clientes. Y publicitar.

Pero si hubiese sabido todos los acontecimientos que iban a ocurrir a partir de Febrero, no me lo hubiese creído. Mi vida dio un giro radical de trescientos sesenta grados.

Para empezar no me vino la regla y me preocupé, pues yo era muy exacta en mis reglas y ni me vino en Diciembre, ni en Enero, ni en Febrero y ahí ya me preocupé. A primeros de Marzo me hice un test de embarazo.

Mi cuerpo estaba cambiando aunque no tuve nauseas ni vómitos o mareos. Pero me sentía rara.

Y en nuestras llamadas telefónicas, no quise decirle nada, no quería preocuparlo. Si estaba embarazada. Se lo diría a la vuelta. Si volvía.

No me importaba si él no quería hacerse cargo. Una cosa era tener una relación entre los dos, de amor o sexo o lo que quiera que tuviésemos y otra tener un hijo.

Un hijo ata, crea lazos, une o desune. Y yo desde luego no pensaba abortar. Tenía casi veinticinco años y podía criar a mi hijo sola. Pero no debía adelantarme a los acontecimientos.

En menos de una semana, cumplí veinticinco años. Test de embarazo positivo,... ginecólogo, positivo. Tiempo de embarazo, tres meses. Mucha información para mí. Mi hijo nacería a mediados de septiembre.

Me tuve que quedar embarazada en Madrid seguro y en diciembre, antes de irse a Nueva York. Pues algún preservativo falló. Suele ocurrir y fui seleccionada para ello, o más bien fuimos.

Quedé en acudir al ginecólogo todos los meses. Me hizo una analítica que tendría que recoger a la semana siguiente.

Pero eso no era todo lo peor que podía pasarme. Y yo no estaba al tanto ni lo supe hasta meses después.

George, tuvo un accidente de coche cuando volvió en Navidades a Nueva York. Fue la noche de Navidad e iba de casa de sus padres de cenar, a su apartamento de Manhattan. Le dieron unos jóvenes un toque en el coche y lo pararon.

Más que un accidente fue un asalto antes de entrar en el parking de su apartamento, le dieron de patadas, le rompieron dos costillas y le dieron en sus partes que fue lo que más se resintió.

Yo nunca me enteré porque, él me llamaba a diario, pero no desde el trabajo, sino del hospital, con dolor, con todo cuanto tenía. Yo nunca noté nada en nuestras conversaciones telefónicas de esos meses, ni amago de dolor ni nada.

En el asalto perdió el conocimiento y le robaron, que eso fue lo de menos. Le quitaron el reloj y el dinero y le dejaron la cartera al lado.

Estuvo en el hospital un mes, otro tuvo que recuperarse en casa de sus padres, ya que su madre insistió en que no se quedara solo.

Le hicieron muchas pruebas porque le habían dado bien. Y le diagnosticaron una obstrucción debido a una infección en los testículos a causa de los golpes que recibió.

Le trataron la infección, pero en cambio, le diagnosticaron esterilidad debido a la infección por los golpes recibidos.

Iba a ser muy difícil que pudiera ser padre, porque la obstrucción era grande. Y sólo podía tener más de un noventa por ciento de posibilidades de poder tener hijos, o sea casi nulo.

Él tuvo que curarse de las costillas, le rompieron dos, de la infección y lo de la esterilidad era un tema psicológico, que no lo llevó nada bien.

Le dijeron que podía tener relaciones normales como siempre, pero hijos...Tenía una posibilidad entre cien mil.

Yo no sabía que a él le hacía ilusión tener hijos y una familia, a mí nunca me lo dijo, sí que no quería hijos únicos, pero nunca habíamos hablado de nada más, quizá pensara en tener familia con otra mujer más adelante cuando conociera a una y se enamora, y eso le dio un bajón emocional tremendo.

Yo, ajena a todo eso en Sevilla, era feliz con mi trabajo y me acostumbré a sus llamadas matutinas. Y sabía que la empresa iba viento en popa, pero no lo tenía a él para compartir esa alegría y sobre todo que íbamos a tener un hijo. Ya tenía lo mío por mi lado y mi familia por otro. Cómo decírselo...

Mis padres al final, estaban encantados, pero en cuanto tuviera un contrato fijo me iba independizar o no, tenía que pensarlo, porque mi madre querría cuidarme el niño, lo sabía. Ahora tenía que pensarlo, porque no les había dicho que estaba embarazada. Y no les iba a mentir sobre el padre. Y no les mentí.

Los senté una noche y se lo dije. Le conté todo. Les dije que el padre volvería y se lo diría. Ellos me apoyaron en todo lo que hiciera. Y para mí fue una gran satisfacción y emocionante, ver a mis padres apoyándome.

Sentí que les había fallado y así, se los dije, pero ellos me dijeron que su nieto o nieta serían bienvenidos. No me dejarían sola.

Seguiría trabajando y mi madre lo cuidaría como pensé, si el padre no quería hacerse cargo. Y como decían ellos, a su casa venía y no era ni la primera ni la última. Cosas de ellos.

Y esa sería la mejor opción mientras fuese pequeño. No tenía otra.

Si George, no quería hacerse cargo, estaría en casa de mis padres, los primeros años, hasta que el pequeño fuese mayor y luego me iría a vivir con mi hijo, cuando entrara al colegio

George, me llamó una mañana de marzo cuando despuntaba la primavera. Era viernes y el día estaba precioso. Los naranjos estaban en flor y yo estaba radiante. Sevilla era una maravilla, pero ese día no llovía, olía a azahar.

-¡Hola pequeña!, ¿dónde estás?

-Pues es viernes pequeño. Acabo de salir del trabajo y voy en el autobús a casa.

-Y yo que quería pedirte un favor...

-¿Qué favor? Lo que quieras cielo.

-Quiero que cojas tu bolso con ropa y vengas a mi apartamento. Tenemos que hablar.

-¿Y eso?

-Te espero.

-¿George, estás en Sevilla?

-Sí, te estoy esperando, date prisa.

-¡Dios mío cielo! Tengo que llegar a casa, me ducho y preparo alguna ropa. Tomaré un taxi, no voy a coger de nuevo el bus, si no tardo un montón. ¡Estás loco! No decirme nada

-Era una sorpresa.

-¡Dios qué guapo eres! Tardaré como una hora y poco.

-¿Tanto?

-Tanto. Piensa qué vamos a cenar.

-No vamos a salir- me decía emocionado.

-Lo imaginaba.

-Pues pedimos hamburguesas del Burger de enfrente ¿vale?

-Bueno iré lo más rápido que pueda.

Se me cayó de los nervios el móvil en el autobús y tuve que meterme entre dos asientos a cogerlo.

Llegue a mi casa en un soplido, me duche y me lavé el pelo, me puso un vestido sexy y me maquillé y perfumé. Hice mi pequeña maleta de fin de semana y le dije a mi madre que me iba fuera el fin de semana, pero a Sevilla. Había venido el padre de mi hijo. Aún no se me notaba el vientre, quizá al mes siguiente... ya no lo pudiera ocultar.

Mi madre se alegró de que volviera, pero me dijo que calma, cuando se lo dijera, que esperara la ocasión apropiada. Y le dije que sí, que teníamos que solucionar muchas cosas entre nosotros con respecto a nuestro hijo.

Cuando el taxi voló y me dejó en la calle peatonal de la Avenida la Constitución, yo corría por ella, camino del apartamento del amor de mi vida.

Y cuando llamé y me abrió, estaba agitada, acalorada, roja y el corazón me golpeaba en el pecho a mil por hora. Tres meses sin verlo.

-¿Qué pasa pequeña?

-Venía corriendo...

-Tanta prisa...

Y dejé la maleta y de un salto me subía a su cintura con las piernas abiertas y él me cogió con una mano y con la otra cerró la puerta y no parábamos de besarnos.

-¡Estás loca!

-Sí, me has dejado mucho tiempo solita.

-¡Pobre!, pero aquí está tu americano pijo para satisfacerte.

-¿Cómo no me has dicho que venías loco?

-Porque quería ver tu reacción.

-Pues ya la sabes, te necesito- te necesito mucho, mucho- y toqué su sexo a través del pantalón y lo noté más grande y largo de lo normal y recorrí con mi pequeña mano su longitud.

-Pequeña, para ya que no voy a aguantar tanto. Y me dejó en el suelo y me desvistió a toda prisa.

-Ya no recordaba tus pechos, se me estaban olvidando y tus pezones grandes que me encantan.

Y me quitó la ropa y me dejó desnuda y como siempre hacía, me cogió en brazos y mientras me iba besando, me llevó al dormitorio y él se desvistió y su cuerpo era tan glorioso como yo lo recordaba y él dijo que no aguantaba más no estar dentro de mí y se puso un preservativo.

-¿Has estado con otras mujeres?

-No, jamás, nunca. Me vuelves loco. He tenido que hacerlo conmigo mismo, quedamos en serenos fieles.

-Y tú tampoco, pero te lo digo porque tomo pastillas- fue lo que se me ocurrió hasta decirle lo del niño. Si no lo has hecho con nadie, no hace falta preservativos.

-¿De verdad? ¿En serio?

-De verdad.

-Me moriré esta tarde.

-Quiero que te mueras de esa muerte.

Y él entró en mí gimiendo y su piel en mi piel era una locura. Yo sentía su pene de terciopelo entre mis muslos desnudos y lo sentía entero rozar mis ámbitos y me moría de placer y en el movimiento que él no podía aguantar mucho nos dejamos llevar y despertó en mí su lluvia blanca y sentí su calor y a él vibrante y sofocado.

Y cuando salió de mí, yo quería que se quedase entre mis paredes. Pero ya habría más tiempo.

-Cielo, estoy, esto es una locura de cuerpo tuyo.

-Ha sido genial.

-Ha sido especial. Nunca lo había hecho sin preservativo.

-¿No?

-Nunca, ni con una virgen, ni sin preservativo.

-Yo sin preservativo tampoco, pero con un virgen, tampoco guapo, pero con un especialista, sí.

-Sí, menudo especialista, no he durado nada.

-Ni yo tampoco, así que no me quejo.

-Eres tan preciosa...

-¡Qué bonito ha sido! ¿Verdad?

-Tanto como tú, pequeña.

-¿Cuántos meses llevamos saliendo juntos? Me preguntó él.

-Casi un año.

-Un año ya. Nunca he estado con nadie tanto tiempo.

-Sí, un año. El tiempo pasa volando.

Ese fin de semana hubo más pasión entre nosotros que en toda la vida. Al principio de venir lo vi como siempre, y ese fin de semana también, pero con los días lo veía un tanto preocupado y triste.

Me dijo cuando estábamos acostados el domingo a mediodía, que tenía que ir a Barcelona, Madrid y de ahí de Nuevo a Nueva York.

-¿Y eso por qué? acabas de venir.

-Ya lo sé chiquita, pero tengo que irme. Quizá de aquí en adelante venga Kevin. No sé cuándo volveré.

-¿Y por eso estas así? George- vamos no soy una niña- le dije después de hacer el amor. Lo que tengas que decirme dímelo. Me tienes en ascuas, de verdad. No me gustan las tonterías ni las mentiras.

-No...

-¡Me has mentido! Hay otra mujer.

-No es eso. No te lo puedo decir. Pero tenemos que dejar lo nuestro. No puedo hacer que me esperes. No puedo, no me pidas más.

-Pero por qué no vienes tú, siempre has venido tú y no Kevin.

-No puedo de verdad. Te quiero. Te amo, eres el amor de mi vida, pero no puedo verte más. Hazme caso- me decía mientras yo lloraba como una magdalena.

-Pero, no me puedes decir eso y dejarme. Yo también te amo. ¿Quieres que me mude a Nueva York? Me voy contigo.

-No, no quiero que vengas. Quiero que encuentres un chico y tengas una familia. Quiero que recuerdes lo nuestro como algo bonito que no puede darse.

-No me lo dirás en serio. No puedes decirme que me amas e irte de rositas. Tiene que haber una razón. ¿Estás enfermo?

-No cielo.

-¿Entonces?- decía yo, ya llorando y abrazándolo aferrándome a él.

-No puede ser, pequeña, no insistas. Me duele más que a ti. Sólo vine a verte por última vez. Te necesitaba. Lo necesitaba.

-Si estás casado o hay otra mujer, me lo puedes decir.

-No hay nadie más que tú y siempre serás tú, pero tengo que dejarte.

-¿No vas a decirme por qué?

-No, no lo haré. Esta es nuestra despedida chiquita.

Y yo lloraba desconsoladamente y él me besaba y me acariciaba y yo, no entendía nada.

No podía decirle entonces lo de su hijo, ni lo del embarazo, pero de que me iba a enterar qué pasaba, como que me llamaba Rocío.

Le preguntaría a Kevin y si tenía que ir allí a buscarlo, iría en mis vacaciones. La desesperación me consumía.

Había vuelto para dejarme. Para verme por última vez y eso tenía que tener una explicación. No iba a dejar las cosas así como así. Seguro que estaba enfermo. Eso era, porque no había otra explicación. O eso, o estaba casado. Pero juré ir en vacaciones. Me daba igual ir gorda o flaca.

También por la empresa. Contrató a otras tres personas en Sevilla, compró todo lo necesario y se hizo un hueco en la sala de trabajo que era muy grande y cabíamos todos.

Los siguientes días, a mí me dejó de Directora como estaba. Pero el fin de semana se iba y ese había sido el último fin de semana que íbamos a pasar juntos.

No lo volvería a ver. Todo era negativo para mí. Me sentía fatal. Todo se volvía negro. Mi vida había pasado de ser maravillosa a ser un infierno y estaba embarazada y tenía que controlarme para no hacer daño al bebé.

No pude decírselo, cómo si no sabía qué le pasaba. Hasta que averiguara la razón no se lo diría.

Sabía que había una causa. Para todo había una causa. Era normal. Y debía ser grave para que no me la quisiera decir. Y yo pensé que tenía alguna enfermedad y no quería decírmelo.

El viernes, antes de irse a Barcelona, cuando todos se fueron y nos abrazamos y nos besamos e hicimos el amor en el despacho como aquella primera vez, me dijo que me amaba y me dijo que me fuera, y yo me fui con mi hijo en el vientre, sin decírselo por ahora. Ya lo sabría después cuando yo investigara. Eso no se acababa ahí.

Se fue a Barcelona y a Madrid y a Nueva York y no hable con él ni un día. Yo me encontraba mal, pero tenía que ser fuerte por mi hijo.

Me tomé abril de vacaciones, porque ya me correspondía. Fui a la semana Santa, a la feria un par de días con mis amigas de la Universidad, que se quedaron alucinadas de verme ya con esa pequeña barriga que me creía.

Y me tomé una semana en Fuengirola en Málaga, sola, pensando y esperando una llamada que nunca llegaba. Pensaba mil cosas, hacía listas de probabilidades, de cosas que podían pasarle. También pensé que no me quería, que había sido una absurda excusa, que era tonta y novata e

ingenua y que me había pasado lo mismo que a la amiga de mi amiga Conchi. Un día lo odiaba y otro lloraba amándolo como nunca.

A mi vuelta en mayo, ya estaba de cinco meses, no había ido el mes anterior al ginecólogo por estar de vacaciones y cuando me hizo la revisión mensual, todo estaba bien, y era un niño.

Mis padres se pusieron locos de contentos y yo también. Pensaba ponerle el nombre de su padre y su apellido en primer lugar. No iba a evitar responsabilidades sobre su hijo.

A primeros de Junio, vino Kevin y por fin conocí al otro jefe. Kevin, era de la edad de George, pero era moreno y tenía unos ojos marrones claros preciosos.

Era casi tan alto como George, y era una copia en cuestión de vestir. Y era joven como George, debían tener la misma edad si habían salido de la universidad juntos. Era muy educado y simpático.

Ya había pasado por Madrid y Barcelona y cuando entró al despacho y me levanté para saludarlo, se sorprendió de mi embarazo.

-¡Hola Rocío!, ¿estás embarazada!

-Sí, la verdad, ya se me nota bastante.- Yo había hablado con anterioridad con él cuando llegué a España porque nos llamó a los directores de Madrid y a mí para saludarnos y decirnos que estaba aquí y que pasaría en breve por Sevilla.

-¿De cuánto estás?

-De seis meses justos. Me quedan tres apenas para dar a luz. Espero que no sea un inconveniente para el trabajo.

-En absoluto, ¿faltaría más!

-¿Es de George?- me preguntó a bocajarro.

-Sí, le dije- pero él no lo sabe. Aún no voy a decírselo.

-De eso tendremos que hablar. De momento vamos a echar un vistazo a todas esas cuentas y a la contabilidad. Me quedaré casi un mes. Espero que podamos sacar ese trabajo en ese tiempo. Ya llevo casi tres meses fuera y estoy deseando llegar a casa. Y ya hablaremos de vuestro tema.

-Imagino. Bueno, tenemos muchos meses que revisar. También te digo que hemos aumentado el volumen de trabajo, George contrató a tres personas más. Estamos hasta arriba y yo, a veces trabajo con los clientes también.

-Bueno, la empresa va muy bien. Hemos contratado en Madrid y Barcelona y si es necesario cuando veamos todo esto, veremos entre los dos si lo es.

-Muy bien.

Se sentó frente a mí en el despacho. Yo quise dejarle el sillón, pero él dijo que no. Y cuando llevábamos tres horas trabajando, dijo de tomarnos un café, quiso ir a por él, pero yo me adelante.

-Así me muevo un poco.

-Ah, si es por eso vale. Negro con una de azúcar-Ahora lo traigo. No tardo- le dije.

Trabajamos como burros esa semana y no hicimos más alusión a George, pero él sabía que yo estaba embarazada de él.

El viernes, me invitó a comer fuera al mediodía. Nos íbamos a tomar una hora y nos fuimos a un bar cercano, un barecito normal. Él no era elitista a la hora de elegir los sitios dónde comer.

Nos sentamos y me preguntó qué tal estaba con el embarazo.

-Muy bien, la verdad es que lo llevo bien. No he tenido ningún síntoma, ni al principio.

-Deberías decírselo a George, Rocío.

-Me dejé. No me dio opción a decírselo y no me ha llamado ni una vez por teléfono en todo

este tiempo y me he sentido sola con el bebé. No lo entiendo. Debe tener un motivo fuerte para dejar lo nuestro.

-Pero él te quiere. Lo sé y ahora sé por qué te quiere. Eres una mujer estupenda y trabajadora.

-¿Tiene a otra mujer?- me atreví a preguntarle, mientras nos traían la carta.

-No, no es nada de eso. Desde que está contigo, y él me lo cuenta todo, no está con nadie. Está solo ahora y enamorado de ti. Tiene un problema emocional difícil de superar.

-¿Qué problema? Me preocupé mucho.

-Tendrá que decírtelo él mismo.

-Pero no ha querido y eso me desazona y me entristece porque no puedo hacer nada. Tengo las manos atadas.

-Porque no te ha visto así como estás ahora.

-¿Así como?- mientras apareció el camarero y pedimos la comida. Y siguió por dónde nos quedamos.

-Embarazada. ¡Estás preciosa!

-Gracias. Pero no entiendo nada de nada

-Verás, quiero hacerte una proposición. Quiero ayudaros a los dos, es mi mejor amigo desde el instituto. Formamos hace unos años esta empresa. Ya habrás visto la contabilidad aquí. Tenemos diez sucursales en Estados Unidos que son muy productivas y más de trescientos empleados.

-¿Trescientos empleados?

-Sí, con mucho más personal que aquí. Ha crecido y somos una empresa puntera. La central está en Nueva York. Allí no es necesario que vayamos a revisar. Y aquí dejaremos de hacerlo pronto porque está todo siempre en orden y confiamos en los directores. Si vieras las oficinas de Manhattan, te asombrarías. Además invertimos en bolsa y en empresas informáticas.

-¿Sois ricos?

-Dicho así... ¿Qué crees que es ser rico para ti?

-Tener millones de dólares y un apartamento pagado en Manhattan.

-Lo somos, mientras se metía un trozo de pollo en la boca y me miraba fijamente.

-¡Madre de Dios! Eso ya me gusta menos.

-Mujer, deséanos lo mejor.

-No me malinterpretes, lo decía porque mi hijo es hijo de un rico y yo, soy una chica pobre en comparación.

-Vamos, vamos, no te subestimes. Quiero proponerte algo.

-¿Qué me quieres proponer?

-Quiero darte un puesto en Nueva York. Sabes hablar perfectamente inglés. ¿Quieres venir a vivir allí?

-¿Qué?

-Mudarte a la gran manzana. Lo que oyes.

-¿Pero me has visto? Y señalé mi barriga

-Te he visto. Te vendrías conmigo el mes que viene, antes de dar a luz. Te pagará la empresa un seguro de salud, que allí se necesita, te prepararé un contrato de trabajo para que entres al país como trabajadora y tendrás un puesto de ayudante ejecutiva

-Y eso, ¿qué sería, qué tendría que hacer?

-Ayudar al director con los clientes. Estarías con George o conmigo, pero supongo que con George. Con quien tú elijas. Puedes quedarte conmigo o con él, los dos viajamos o por el país o por aquí.

-Y ¿Qué me dirá cuando me vea? ¿Tú puedes tomar esas decisiones solo?

-Sí, puedo.
-Y ¿dónde me quedaré? Tendré que buscar un apartamento.
-Te lo buscaré como me digas. De uno o dos dormitorios o tres. Y estará listo cuando lleguemos si me dices que sí.
-¿Podré pagarlo?
-El sueldo es bastante alto
-¿Cuánto?
-5000 dólares mensuales, más el seguro de salud.
-¡Dios mío! y ¿cuánto cuesta un apartamento?
-Pues unos dos mil o así de dos dormitorios en una zona buena. Eso sí que tendrás que pagarlo tú. Un mes más otro de fianza, y tendremos que hacer una transferencia.
-No hay problema. Si me voy, ¿será el mes que viene?
-Exacto.
-¿Y no se lo diremos a George?
-No, si tú no quieres. ¿Tienes pasaporte en regla?
-Sí.
-Haré que me manden el contrato para entrar. ¿Qué me dices?
-Que sí, me iré. Estoy completamente loca, pero me iré contigo- dije.
-Eres una mujer valiente. ¿A quién me recomiendas para director?
-A Javier, creo que es bueno.
-Pues Javier, vendrá a nuestro despacho, y contrataremos a otra persona más – ¿quieres postre?
-Sí, necesito una buena dosis de azúcar.
-Pide una de esas tartas.
-Lo haré ahora mismo. A mis padres, les va a dar algo y a otro que yo conozco también se lo dará.
-Estoy deseando ver eso último.
Y yo lo miré porque tramaba algo y sonreía.

Era una locura, cómo iba a decirles a mis padres esa noche que me iba a Nueva York en menos de un mes, sola con mi hijo a trabajar en la empresa del padre de mi hijo, sin saber qué pasaba. Si pasaba algo raro, desde luego, me volvería y tendrían que darme mi puesto de antes, aunque fuera después de mi maternidad.

Los nervios me atenazaban al pensar que iba a verlo de nuevo y él no sabía nada. Kevin dijo que no le íbamos a decir nada, que me presentaría así. Me daría la dirección de George, me prepararía un apartamento, junto a la empresa y el resto dependía de mí.

Un buen puesto. Allí se ganaba mucho más, claro que la vida era más cara y Kevin que sabía algo que yo no sabía, estaba seguro de que George me aceptaría. Y que estaba enamorado de mí. Nunca imaginaría qué es lo que pasaba. Jamás se me hubiese ocurrido.

Lo bueno de todo, es que aún no había comprado nada para el pequeño, mi madre sí que tenía en una comodita algunas cositas de ropa preciosas guardadas, pero nada más.

Pensé si no era una lanzada, irme a otro país al otro lado del mundo, dejar mi Sevilla del alma a la que yo tanto amaba, por un hombre, que amaba también, pero que no sabía qué encontrarme, pero luego lo pensé con calma.

Era joven, iba tener un hijo con veinticinco años, e iba a irme a la gran manzana. El sueño americano de cualquier chica y me fui encontrando mejor. Mis padres, no lo tenían muy claro,

pero sabían que yo tenía que estar con mi amor, con mi hombre, donde él tuviese el trabajo.

Claro que no iba a ser fáciles para ellos que me fuese tan lejos, al otro lado del charco, ni para mí tampoco, con lo sevillana que yo soy.

Además estaban los miedos que tenía por si debía volverme, pero veía a Kevin con tanta seguridad que no sabía qué pensar y por eso acepté irme. Debía estar loca. Estaba loca como una cabra.

Tuve que prometerles a mis padres, volver todos los años, al menos unos días, porque se quedaban tan tristes... No se lo esperaban y yo, los comprendía. Me ponía en su lugar y sentía lo mismo que ellos y no quería hacerles sufrir, pero no podía estar en dos lugares al mismo tiempo. Ahora se trataba de mi vida y de la del pequeño.

Si no tenía dinero para irme, ellos me lo pagarían. Mis padres eran mi vida. No los había mejores. Y sabía que iban a llorar mucho. Pero yo los llamaría muy a menudo y les mandaría fotos y volvería.

Y en cuanto al dinero, les dije que tenía ahorrado lo suficiente para mantenerme unos meses y que el sueldo era allí muy alto.

Los quería tanto, les debía tanto...

CAPÍTULO CUATRO

A partir de ahí, todo se desarrolló como una vorágine que me llevaba. Cuando llegué a casa y les dije que me iba a Nueva York el mes siguiente a trabajar con el padre de mi hijo, mi madre no paró de llorar, pues ya estaba dispuesta a ir comprando ropa y las cosas del niño. Decía que había comprado pocas.

Y menos mal. Tuve que consolarla y prometerle volver cada año para que viera al pequeño y también de que mi vida estaba allí con George. Que era una oportunidad de trabajo también, y aunque eso no lo llevaron muy bien, no les quedó más remedio que aceptarlo. Porque era mi vida

Tenía un dinerito ahorrado, veinte mil euros y podía pagar el apartamento y mantenerme unos meses, comprar alimentos e ir comprando cosas para el bebé, casi todo lo que necesitaba. Además tendría mi sueldo mensual, y tendría a George, o no lo tendría. Eso me ponía de los nervios.

Iba a decirle a Kevin que me buscara un apartamento de dos dormitorios. Un apartamento pequeño, me servía de momento. No quería gastar mucho.

No pensaba vivir con George, porque no sabía el problema, ni habíamos hablado de eso después de venirse y no iba a presentarme con las maletas en su puerta, porque no sabía qué iba a encontrarme.

Así que por las tardes y cuando mis padres comprendieron que su hija, o sea yo, tenía que vivir su vida donde fuese feliz, se hicieron a la idea.

Yo les prometí volver de vez en cuando. Tampoco estábamos a tantas horas de vuelo y vendría a que conocieran a su nieto George.

En la empresa, contratamos a otro chico y Javier fue nombrado director y me dio las gracias porque sabía que lo había recomendado.

Dejamos resueltos todos los temas en un mes aproximadamente. Y un día nos llegó por fax unas fotografías de un apartamento de dos dormitorios, amueblado, que me encantó. Llegó otro de tres también. También amueblado y costaba doscientos dólares más.

Eran preciosos los dos, el más caro estaba más céntrico. Y Kevin me dijo que estaba muy cerca de dónde vivía George.

Además tenía un despacho y una habitación de invitados. Le dirían a la inmobiliaria que la dejaran vacía y así podría meter las cosas del bebé.

Me gustó y me quedé con el grande. Costaba dos mil quinientos dólares con la comunidad incluida. Transferí 5.000 dólares, algo menos de 5.000 euros. Aún me quedaba para hacer una compra cuando llegara, comprar las cositas del bebé por las tardes cuando cobrara mi primer sueldo y me quedaba un mes de embarazo.

Además tenía baño el dormitorio y aprovecharía el vestidor, así que compraría lo imprescindible, nada de tonterías. Haría una lista de solo lo necesario. Sin pasarme. Y vivir unos meses, además recibiría mi sueldo y podría mantener al bebé y comprarle de todo, y tras la maternidad, llevarlo a una guardería. Y con mi sueldo tenía que tener para todo.

Aún no le había preguntado el horario a Kevin, pero no me importaba. En el avión le preguntaría.

Llegó mi contrato también por fax y en la copia que me dio, venía el sueldo, el seguro de salud,

y el horario, de ocho a cuatro. Como aquí. Perfecto.

Estaba de los nervios y él me sacó el billete de avión. Yo quise pagarlo, pero me dijo que eso era un regalo por llevar también el despacho y que George no se lo perdonaría. Y me pregunté qué se traía Kevin entre manos con tanto secretismo sobre George.

Y llegó el gran día. Esa noche de Junio, me despedí de mis padres prometiendo llamarlos, tener cuidado, cerrar las puertas, etc.

Me despedí de los vecinos y de mis amigas el fin de semana anterior. Hice las maletas, llevé dos. De invierno no llevé apenas ropa. Me compraría allí, así que sólo ropa de otoño y algo de verano, documentos, y un bolso de mano. El pc, lo metí en una de las maletas, junto con mis pendrives de trabajo.

Y con ello, tomé un taxi por la mañana y me dirigí al despacho a despedirme de mis compañeros y desde allí a las once de la mañana nos iríamos Kevin y yo camino del aeropuerto rumbo a la gran manzana. Ahora sí que iba a la aventura.

Cuando el avión despegó, sentí ciertos nervios y pedí una tila doble. No podía tomar alcohol ni café, luego se me pasaron los nervios y nos pusimos Kevin y yo a hablar largo rato. Me contó que en la empresa, tendría mi propio despacho que ya estaba preparado, que me dejaría en mi apartamento y me dejó la dirección de la empresa que estaba en la misma calle y la dirección del apartamento de George, que también vivía en esa calle. Él también.

-¿Somos todos vecinos?- me reí yo.

-Sí, todo está al lado. Tendrás tiempo de dormir, de descansar, llegamos por la noche, es viernes y no irás al trabajo hasta el lunes. Puedes dar una vuelta para ver dónde está el trabajo y si quieres ir a visitar a George... eso es cosa tuya.

-¿No sabe que voy?

-No, no lo sabe, casi sería mejor que fueses a su casa. No quiero que se desmaye en el trabajo cuando te vea así, mujer.

-Sí, iré a verlo el sábado o el domingo, según me despierte.

-¿Sabes qué es?

-Un niño. Le voy a poner George, como su padre.

-¡Mi madre! Bueno, no te digo más. Hablemos de trabajo un rato.

Y me explicó la forma de trabajar allí, mis funciones, media hora para la comida. Había una sala parecida a las de aquí para tomar algo, pero se podía salir fuera, al lado había una cafetería.

Luego me dijo que la calle era tranquila y preciosa y tenía desde supermercados a tiendas y bazares, ropa barata, cara, un centro comercial cercano, bares de copas y cafeterías y algunos buenos restaurantes, unos más caros y otros más asequibles.

-Me lo pones todo... que estoy deseando llegar.

-Cuídate esta noche, vale. Mañana me llamas por la mañana para que sepa cómo estás.

-¿Eres mi padre?

-Sí y tu madre, tengo que cuidarte. Y más ahora. Si tienes sueño, duérmete un poco. Puedo prestarte mi hombro.

Gracias. Eres tan amable...- y me quedé frita, la verdad. Estaba muerta y el embarazo me daba más sueño del normal. Y Kevin me despertó para comer algo y volví a dormirme.

-Me desperté cuando apenas quedaban tres cuartos de hora para llegar.

-No tienes novia Kevin- ¿le pregunté?

-De momento no. Bueno hay algo.

- Que te gusta y no te atreves.
- Sí, me atrevo, no creas. No tengo miedo.
- Así me gusta. ¿Por qué los hombres tienen tanto miedo al compromiso?
- A algunos hombres. Nosotros somos distintos, y me refiero a George y a mí. En cuanto a la chica, salimos a veces, pero no demasiado seguido como para tener una relación. Ya veremos con el tiempo dónde llegamos. Estamos empezando apenas.
- Espero que no llegues donde yo.- le dije tocándome la barriga.
- Nooo, deja, deja, eso para George- dijo riéndose.
- ¿Crees que me echará a la calle cuando me vea?
- No mujer no, te vas a sorprender.
- No sé cómo- y me quedé pensando qué podía ser eso tan grave que había llevado a George, que según él me amaba, a no querer tener contacto conmigo.
- Ya lo verás, no seas impaciente. Se alegrará de verte.
- Alegrarse es una cosa y tenerme aquí es otra. ¿Y si le molesto?- dije con preocupación.
- No vas a molestarlo. ¿Por qué eres tan pesimista mujer?
- Porque tengo miedo.
- No lo tengas. Espera, lo ves y le cuentas. Y que él decida.
- Está bien, pero estoy nerviosa, no creas.

Cuando llegamos al aeropuerto por fin, estaba anocheciendo y tomamos un taxi pues íbamos al mismo sitio.

Cuando el taxi paró en mi portal, tenía un portero de verdad.

-Dile quién eres y que te de la llave de tu apartamento- me dijo Kevin que se había bajado del taxi a ayudarme con las maletas.

Él me sacó las maletas y de momento vino el portero a ayudarme. Yo le di dos besos y las gracias a Kevin que se volvió a meter en el coche y me dejó allí sola y, siguió camino a su casa.

El portero, todo un señor educado, me dio las llaves, me dijo que era la planta diez apartamento cinco, que daba la calle y que me iba a encantar.

Me dejó las maletas en el ascensor. Le di las gracias y cuando llegué a mi planta, arrastré mis maletas, busqué el apartamento y abrí.

Encendí las luces. Era un apartamento precioso. Cerré bien y me dispuse a encender todas las luces y verlo todo.

Había dormido y no tenía ni sueño ni hambre. Así que a la mañana siguiente bajaría a cualquier sitio a desayunar y a hacer una compra a un supermercado.

Desharía mis maletas y luego iría a ver a George. El apartamento era de espacios abiertos. Con una mesa para cuatro en el comedor, dos sofás, un sillón tapizado en amarillos y grises como las cortinas y las sillas del comedor.

Había una estantería a ambos lados de un fuego eléctrico y encima un televisor grande donde estaba el espacio del salón.

En la entrada una mesita auxiliar y una lámpara, pero la entrada ya daba al salón. La cocina era normal de tamaño, con una península y dos taburetes, pero era coqueta y bonita. Todos los electrodomésticos eran de acero inoxidable y abrí los armarios y cajones y estaba completa de todo. Lo único que faltaba era la comida. Hasta tenía un armario despensa alto de arriba abajo.

Seguí inspeccionando la casa y había un pasillo. La primera puerta era un aseo con un armario para toallas y que tenía y una lavadora y secadora en columna, muy típico americano. El aseo tenía ducha y el resto tapado con un armario corredera.

Justo enfrente un despacho enorme, con una mesa grande, un sillón cómodo y armarios y estanterías, ya compraría fax, una impresora y materiales de oficina.

Y luego estaban los dos dormitorios, el primero el principal con baño propio a un lado y un vestidor precioso al otro lado. El dormitorio tenía dos mesitas de noche y una cómoda alta con muchos cajones, incluso pequeñitos arriba. Me encantaba y un sillón.

En frente un dormitorio vacío completamente, que sería para el pequeño y dentro del dormitorio un vestidor y al final y justo en frente un baño pequeño completo.

Todo estaba decorado en amarillo y gris. El suelo de madera clara como de leña gris y las paredes, de un tono gris neutro. Estaba muy limpio. Las lámparas, preciosas.

Era maravilloso aunque un poco grande para mí. Y llevé las maletas y el bolso al dormitorio principal.

Saqué la bolsa de aseo y un pijama corto de verano, me di una ducha con agua, pues no tenía ni jabón y me acosté en la cama.

Al día siguiente me lavaría el pelo y compraría de todo. Haría una lista en la cafetería desayunando y le preguntaría al portero si me llevaban la compra y dónde había un buen supermercado.

Dormí como una bendita. Los cristales eran dobles y no oía ningún ruido a menos que los abriera.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me puse unas mallas y una camiseta larga, unas zapatillas de deporte, porque ya los tacones debía dejarlos por ahora.

Llamé a mis padres y a Kevin le dejé un mensaje y estuve con mis padres un rato hablando con ellos y contándoles que el lugar era magnífico y tranquilo y que la casa era preciosa. Hice unas fotos y se las mandé por WhatsApp.

Luego me pinté un poco, sin excederme, tomé mi bolso y las llaves y le pregunté al portero por cafeterías no muy caras. Y un supermercado.

Yo había cambiado mis euros por dólares en España, por lo que tenía casi veintidós mil dólares después de cobrar la última nómina y pagar el apartamento, ya que Kevin no me dejó pagar el vuelo, ni el taxi.

Como me indicó el portero Luis, que así se llamaba y era de ascendencia mexicana, con lo cual estuvimos un rato hablando y nos unió algo como la lengua y ser latinos. Así que congeniamos estupendamente.

Me indicó una buena cafetería y en realidad lo era. Me tomé el desayuno mejor de mi vida, o el más completo.

Estaba muerta de hambre, e hice allí una lista de compra de todo para la cocina y el baño. De ropa, y maquillaje tenía, pero si veía algo lo compraría también o alguna crema.

Debía pensar cuando me asentara, en un mes, más o menos que cobrara de nuevo, ir comprando ya las cosas para el bebé. Buscaría en el centro comercial, seguro que era más barato. Iría el sábado siguiente.

Me fui al supermercado y me tiré una hora comprando. Cómo no me lo iban a llevar... si me gasté para mí sola más de quinientos dólares, para tener de todo, bebidas, leche, todo.

Había una tienda de informática al lado y me compré un escáner con impresora, cartuchos de tinta y material de oficina. Ahí me gasté otro tanto, casi dos mil dólares. Creo que me había pasado.

Pero todo cuanto compré me encantó. El chico me lo subió y me lo dejó listo para trabajar. Le di una propina de veinte dólares y se fue tan contento. Me enseñó cómo utilizarlo y me dejó cartuchos de tinta puestos.

Coloqué allí mi pc y mis materiales de oficina., había comprado hasta una papelería y un reposapiés, folios, papel fotográfico, bolis, folios, etc.

Rellené mis cajones y cuando mi bonito despacho estuvo listo, salvo algunas imprimaciones de diseños que le pondría en la pared luego, me fui deshacer el equipaje, eso fue rápido, dejé las maletas y el maquillaje y el perfume y los botes de aseo en el baño.

Y luego me tocó la compra cuando me la llevaron. No veía el final. Descansé un rato, me tomé un zumo y terminé de colocarla.

Me di una ducha, me lavé el pelo, me vestí con otras mallas, que era lo más cómodo que podía ponerme junto con una blusa bonita y estampada de manga corta y un corte encima del vientre.

Cogí mi bolso y la tarjeta de la dirección de George, y sin pensarlo me fui en su busca. Era hora de comer, pero no podía comer sin verlo antes.

A lo mejor había salido. No importaba, iría a comer y luego volvería y si no volvería por la tarde y por la noche. Quería verlo ese día.

Cuando llegué, tres manzanas más allá de mi apartamento, vivía en un edificio precioso y caro. Nada que ver con el mío que ya era bastante bonito para mí, pero el suyo era de lujo. El niño pijo vivía en un lugar de pijos.

Le pregunté al portero y me dijo que no lo había visto bajar y subí a su apartamento, planta doce apartamento diez.

Y cuando llamé al timbre empecé a temblar de verdad. Aquello no era bueno para el niño ni para mí y sentí sus pasos al otro lado de la puerta. Casi me desmayo mientras esperaba. Y me abrió. Y se quedó mudo.

No me esperaba y mucho menos en ese estado y nunca, mejor dicho.

-Pequeña... ¿Qué haces aquí? Dios, ¿qué ha pasado? -Y me cogió la mano y entramos a su apartamento y cerró la puerta. Y yo tuve ganas de llorar y lloré. Ya no podía más.

-Estoy embarazada- y seguía llorando.

-Pero. Pero no llores mi vida y me abrazó fuerte y tuvo que inclinarse para ello porque era tan alto y yo no llevaba tacones.

-Primero, ¿no quieres besarme? ¿Ya no me amas?- le pregunté.

-Te amo, sí que te amo

-Y me cogió y me besó tan largamente que pensé que no se acababa nunca. Y el bebé le dio una patada.

-¡Ey! ¿Qué ha sido eso?

-Tu hijo George, te ha dado una patada que te mereces.- Y sonrió.

-¿Es mi hijo?- dijo contentísimo afirmando.

-Y de siete meses.

-¿Por qué no me lo has dicho antes?

Nos sentamos en el sofá, porque yo apenas podía sostenerme.

-Porque me dejaste cuando estaba de tres meses y no te lo perdonaré nunca-mientras sacaba un pañuelo, él me lo quitó y me secó las lágrimas y me besaba los ojos y me acariciaba el pelo.

-Sí, me lo perdonarás, preciosa, claro que lo harás. Ven que te abrace- y me dejé abrazar hasta que me calmé.

-¡Qué lujoso es esto, niño pijo de Nueva York!- le dije mirando a mi alrededor.

-Estoy muy emocionado y empezó a llorar. Y me abrazaba y tocaba mi vientre.

-Pero pequeño, ¿por qué lloras ahora tú? Así ya verás el día que vamos a pasar entre llantos, no llores por favor, te amo tanto...

-Quería que fueras libre. No quise dejarte y menos si hubiera sabido que estabas embarazada.

Fui solo a verte por última vez, tenía que hacerlo. Lo necesitaba, necesitaba tener tu cuerpo de nuevo y recordarte.

-¿Por qué?, yo no quiero ser libre. Vamos a tener un hijo y aunque no lo tuviéramos, quiero estar contigo siempre.

-Un hijo, Dios mío, es un milagro. No paraba de decir.

-No es un milagro, es un fallo del preservativo- poniendo un toque de humor porque parecía aquello un velatorio. O lloraba él o lloraba yo y ver a un hombre llorar me daba más ganas de hacerlo.

-Pequeña. Te amo tanto...

-No me compliques la vida, o lloras o ríes. Dime ¿me quieres aquí?

-Te quiero en todos lados.

-Me ha traído Kevin. Voy a trabajar aquí.

-No me lo puedo creer. Lo voy a matar.

-Pobrecito. Ha sido muy bueno conmigo.

-Pero no me ha comentado nada.

-Quería que fuese una sorpresa para ti.

-Y menuda sorpresa...

Y me besaba y no me dejaba hablar y me tocaba los pechos.

-Quiero verte gordita.

-Estoy muerta de hambre. ¿Tú has comido?

-No, Vamos a salir a comer. Hay que alimentar a nuestro pequeño.

-¿Estás seguro de que es tuyo? – bromeé. Estaba tan guapo como siempre mi rubio pijo. -Estoy muy seguro. Estás de...

-Siete meses.

-Es mío. Y no me lo dijiste cuando fui.

-Me dejaste sola y embarazada. No fui capaz de decírtelo hasta averiguar qué pasaba contigo.

-Cariño. Tenemos que hablar de muchas cosas. Pero primero, te voy te voy a llevar a comer.

Y me cogió de la mano y me llevó a un restaurante caro no muy lejos de allí. Íbamos de la mano y él estaba encantado, dándome besos de vez en cuando. Cuando entramos al restaurante, me pareció caro.

-Esto es caro, niño pijo.

-Sí, quiero que tengas lo mejor. Que te alimentes bien. Y a mi niño. Parecía que le había hecho mucha ilusión mi embarazo y eso me emocionaba.

-Me conformo con un bocadillo.

-Ni hablar, tienes que cuidarte.

-Ahora ya que me quedan dos meses.

-Sí, ahora. Te vas a cuidar conmigo.

-Pero tarta sí.

-Bueno, por un día...

-Me falta azúcar cuando me pongo nerviosa. ¡Qué guapo estás!

-Para ya. Habla despacito. Estoy tan emocionado y tan contento... me encanta verte comer y alimentar a mi hijo. Trabajarás para mí.

-Kevin dice que para él.

-Ni hablar. Voy a tenerte cerca y vigilada.

-No empieces. Estoy embarazada solamente.

-Solamente es mucho para mí, es más de lo que imaginas y voy a ser parte importante lo que te

queda de embarazo y criar a mi hijo.

-¿Y eso por qué?

-Primero porque es mi hijo y luego por otro motivo que te contaré. – Hice ademán para que me lo contara-Luego te lo contaré.

-Vale, comamos, esto está bueno. No sabía si me ibas a querer o me ibas a echar a la calle. Cuando llamé a tu puerta casi me desmayo. Empecé a temblar...

-Cielo, nunca podría hacerte eso. He sufrido como un loco por tantas cosas...

-¿Por qué? Tenemos confianza o la teníamos. Podías haberme contado cualquier cosa que te preocupara. He pensado que estabas casado, que tenías otra mujer, que estabas enfermo, miles de cosas que me han preocupado y tenía que dejar de hacerlo porque no era bueno para el bebé y he sufrido mucho.

-Lo siento. Lo siento tanto... Si hubiese sabido que tenías un hijo mío, las cosas hubieran sido diferentes, Es una historia que te cuento en casa.

-Vale.

-Cuando acabé de comer, me tome un trozo de tarta y una tila, -me relajaba.

Estaba tan bueno como siempre, olía tan bien como siempre y llevaba vaqueros como nunca lo había visto. Estaba bueno como nadie.

Y ahora nos unía algo maravilloso. Un hijo en común. Yo, no lo había buscado, él tampoco, pero era nuestro y él lo quería. Y eso era lo más importante para mí, es más parecía que a él, le hacía más ilusión que a mí.

Cuando subimos a su casa, me la enseño. Sólo tenía un dormitorio y un despacho.

Era elegante y minimalista. Y aunque todo era bonito, no era la casa que yo hubiese elegido, y ahora menos. Tenía menos espacio que la mía.

-Necesito abrazarte, tu piel que me encanta y ese cuerpecillo tuyo que tiene mi hijo.

-¿Cómo lo vamos a llamar?

-Como tú, me gusta y eres su padre.

-¿De verdad?

-Claro y tu apellido.

-Eres maravillosa. Cuando se enteren mis padres no se lo van a creer. Ya no necesitaré el psicólogo. Ummm... me encanta esta piel. Mientras metía la mano bajo mi blusa y me acariciaba. ¿Podemos hacer el amor?- me preguntó sobre todo por el niño, y estaba ya duro como una piedra y yo de tanto acariciarme estaba húmeda y hambrienta de su miembro y de su cuerpo.

-Sí podemos. Sin nada. Solo si no ha habido otra.

-Nadie, sabes que no hay nadie como tú. No he podido ni querido, ni se me ha ocurrido.

-Pues entonces te dejo, a ¿qué esperas niño pijo?

-¿Me dejas? ¡Ven aquí bruja! Voy a aprovecharme de mi mujer, soy tu hombre, tu único hombre y así seguirá siendo.

Y mientras me decía estas palabras entraba en mí tan necesitada que estaba de él y tuve un orgasmo sin espera, pero él siguió moviéndose en mi cuerpo y me arrancó otro mientras se corría dentro de mí lentamente como si no quisiera hacerme daño. Fue especial entrar, me decía mi amor y que me amaba.

-Mi amor. Eres el amor de mi vida.

-Y tú el mío y he tenido que buscarte, desde el otro lado del charco. Dejar mi Sevilla y mi familia para buscarte sin saber si me querías como estoy.-Le acariciaba su pecho que me encantaba y él me arrimaba su piel. Estaba como un tonelillo ya de gorda.

Y le pedí que me contara ya lo que tuviese que decirme.

-Está bien, te lo diré mi cielo. ¿Recuerdas cuando volví en Navidad?- yo asentí, mientras lo abrazaba, desnudos en la cama- pues estuve cenando esa noche con mis padres y al volver, tuve un pequeño accidente con el coche.

-¿Cómo de pequeño?

-No fue un accidente al uso, fue provocado para robarme. Me pararon dos coches, me dieron por delante y por detrás. Una encerrona. Me sacaron del coche y me dieron una buena paliza.

-¡Dios mío, me estás asustando!

-No te asustes, pero fue una gran paliza. Me robaron el reloj de oro y el dinero que llevaba en la cartera. Y me dejaron la cartera allí tirada.

-¿Llevabas mucho dinero?

-Sí, había sacado del cajero esa noche.

-A lo mejor te vieron.

-Eso pensé yo y me estuvieron esperando. Llevaba dos mil dólares.

-¿Para qué llevabas tanto dinero?

-Me gusta tener algo en casa en metálico y lo saqué de un cajero camino de casa. Tengo uno aquí al lado pero no sé por qué me bajé allí. Encontré un sitio donde aparcar. El caso, pequeña, es que eran cinco y me dejaron medio muerto en la calle. Cuando desperté estaba en un hospital. Tenía unas costillas rotas y menos mal, para la paliza que me dieron, estaba desfigurado de cara. Afortunadamente eso fue lo único roto que me dejaron. Pero hubo más. Me dieron en mis partes, en los testículos- y yo miré y los toqué y estaban bien- ahora están bien, pero los tuve inflamados más de un mes, con una infección y una obstrucción que me ha dejado estéril. No puedo tener hijos. Tengo una probabilidad de tener hijo de un 8%. O sea, nada.

-¿Cómo sabes eso?

-Porque me hicieron varias pruebas y el especialista es bueno y no fue uno, sino varios.

-¿Y por eso no querías estar conmigo? ¿Eres bobo?

-Por eso. Somos hijos únicos y tú querías una familia hijos, hijos que yo no podía darte. Por eso tardé tanto en ir de nuevo. Tuve que recuperarme y ahora estoy con un psicólogo por ese motivo. Ya me quedan dos sesiones.

-Pero a mí eso no me hubiese importado pequeño. Si no hubiésemos tenido hijos no me hubiese importado. O podemos adoptar si es tan importante para ti, le dije. Yo lo que quería era estar contigo. El resto no me importaba.

-Pero yo sí quería también tener hijos, preciosa. Estar con una mujer y no tener hijos con ella, no es una opción viable para mí.

-Me dejas de piedra. Ningún hombre piensa así cielo.

-Pero yo sí.

-Pues ahora ya no tienes ese problema. Claro que tendremos sólo uno. Otro hijo único.

-No me importa. ¿Sabes lo que significa para mí?...y me tocaba el vientre y me abrazaba como si fuese de algodón.

-Sí, bendito condón.

-Cuando digo que estás loca...- decía riéndose- ¡Qué feliz soy, mi amor! No creo que haya un hombre más feliz ahora mismo en el mundo.

-Sí, pero por ti estoy loca. Ahora ya no necesitarás nada porque vamos a tener nuestro hijo, tuyo propio antes de lo que piensas.

-Sí, estoy tan emocionado... es un milagro.

-¿Sabes cuánto te quiero?

-Mucho, como yo a ti, y siempre te querré. Siempre, nunca lo dudes

-Me he venido de lejos en tu busca. -Y te quedarás aquí conmigo.

-¿No quieres irte a España? Le dije,

-¿Tú sí?- me preguntó triste por un momento.

-No, yo, quiero estar donde tú estés y tengas tu empresa.

-Pues aquí tengo la empresa, es más grande de lo que piensas.

-Lo sé. Me lo ha dicho Kevin.

-¿Te vendrás a vivir aquí conmigo?

-No, eso no. Este apartamento es precioso y de lujo, pero es pequeño. Tengo uno alquilado a tres manzanas con tres dormitorios. Llegué anoche y he comprado ya cosas, comida y cosas para el despacho y tengo una habitación libre para comprar el mes que viene quizá cuando cobre, los muebles y cosas para el bebé- menos mal que aún no había comprado nada en Sevilla, salvo alguna ropita que me he traído que compró mi madre.

-Esa opción no es viable para mí. Vamos a vivir juntos.

-Pues múdate a mi apartamento. Acabo de alquilarlo.

-Compraré uno nuevo, más grande, que tenga un gran despacho para los dos y dos vestidores y un gran dormitorio para el pequeño con su baño.

-No seas loco...

-Quiero estar contigo y no vas a estar sola ni una noche. Si te pasara algo, no me lo perdonaría. Es que no me lo puedo creer, que estés aquí conmigo a mi lado embarazada de mi hijo.

Y yo lo abrazaba y le decía que no empezara de nuevo a llorar. No había visto su lado llorón ni vulnerable y entendí lo que Kevin quiso decirme. Tal como me dijo Kevin tenía un problema emocional, pero su hijo lo iba a curar y sería el hombre que yo conocí.

-Pues vente a mi apartamento.

-Por supuesto que me iré. Pero esta semana busco uno más grande y vendo el mío.

-No seas loco ya he pagado la fianza y el primer mes y me ha costado una pasta.

-No importa. Lo dejaremos y viviremos juntos.

-No empieces de nuevo. Eres un mandón.

-No, solo quiero que me comprendas, quiero que vivamos juntos y cuidarte. Y estar con el bebé siempre. Y no pienso pagar alquiler, no me gusta tirar el dinero a la basura. Ya sabes que soy un pijo rico.

-Bueno, si es por eso. Daré por perdidos los dólares que he pagado.

-De eso me encargo yo. Hablaré con Kevin y nos devolverán la fianza. No compres nada del bebé hasta que tengamos casa.

-Ahora sí que estás loco y necesitas un psicólogo.

-Creo que me dirá que ya no lo necesito.- dijo riendo feliz- Iremos a ver a mis padres mañana, ¿quieres?

-Si tú quieres...

-Quiero y mucho. Mi problema solo lo saben ellos y Kevin y cuando te vean, no se lo van a creer. Estarán encantados contigo. Ya verás. Y tenemos que buscar una clínica y te haré un seguro de salud y un buen ginecólogo.

-Tengo un seguro de salud. Pero tengo que buscar un ginecólogo.

-¿Y cómo has conseguido el seguro tan pronto?

-Me lo hizo Kevin con la empresa.

-Estupendo. Ya hablaré con él el lunes.

Y esa noche no nos quisimos mover de su apartamento. Pidió comida para cenar y a media tarde me tomé un zumo y algo de fruta, que tenía en el frigorífico.

Por la mañana y después de una buena noche de sexo y de hablar de tantas cosas, él se duchó y se vistió para ir a casa de sus padres, los llamó para decirles que iba a comer con una chica.

Luego fuimos a mi apartamento, y mientras él le echaba un ojo, yo, me duché y me vestí con un vestido estrecho y zapatos bajos.

El vestido era bonito y me hacía buena figura, dentro de cómo estaba, me cogí el pelo con unas horquillas atrás y me pinté natural y me perfumé. Cogí un bolso a juego con los zapatos y salí al salón donde me esperaba.

-¿Cómo estoy?- me di una vuelta.

-Estás perfecta, preciosa- y me sentí satisfecha.

-No me puedo poner tacones. Es una pena, parezco una enana a tu lado, pero es que se me hinchan los pies.-Cuando vengamos te doy un masajito. Venga, que les encantarás.

Y fuimos de nuevo al apartamento de George y bajamos al parking y nos montamos en su coche espectacular, que debía costar el doble de lo que yo tenía en el banco.

-Menudo coche tienes rubio...

-Sí, ¿te gusta?- riendo.

-Mucho, eso cuesta una pasta, niño pijo.

-Sí que me cuesta, pero me gusta.

-¿Y ahí se puede poner una sillita de bebé?

-Se puede. No te preocupes por eso. Y si no se puede, compro otro más barato y que se pueda.

-Mucho vas a comprar y yo ¿qué?

-Dejarte mirar. Su papá tiene dinero que para eso lo ha ganado.

-Pero su mamá no tiene.

-Eso no le importa a su papá- me dijo mirándome embobado.

-¿Y no te importará que te lo manche?

-Nada. Es mi hijo y puede hacerlo.

-Babea, papi. Empieza a mirarlo y no ha salido aún.

-Tienes envidia de que su papá tenga dinero.

-Sí, que lo sepas. No corras por favor- le decía yo porque había mucho tráfico.

-Vale, iré despacio y ¿Por qué bobita? Mejor que tenga que no tenga.

-Pero yo no estoy, ni he estado acostumbrada a lujos cielo, y no quiero que me mantengas.

-Con lo que te vamos a pagar, no creo que sea mantenerte.

-¿Y la casa que?

-Es para mi hijo y su madre que van a ser mi familia. Además tendremos que casarnos.

-¿Qué dices?

-Soy un hombre anticuado y mis padres no me lo van a permitir y después de verte y saber que vamos a tener un hijo, menos.

-Dejemos ese tema. No me agobies. Primero el niño. Que estás loco de remate y haciendo demasiados planes.

-Pobrecita y acaba de llegar.

-Y tengo que aguantarte precioso. Menos mal que te amo.

-Te gusta aguantarme y te gusta lo que te hago y eso tiene un precio.

-Sé por dónde vas. Y sí me encantas. Te quiero, pero eres más tontorrón...

-Porque estoy muy feliz, como un niño, tenerte conmigo es el mejor regalo que podía tener.

Los padres de George vivían a las afueras de Nueva York, en un barrio residencial caro y precioso. Y yo me asusté un poco. Iba vestida normal y no como una mujer para su hijo si sus padres eran ricos y elitistas, seguro que querían una mujer de revista para su hijo.

-George- le dije.

-Dime mi amor- Y me cogió la mano.

-Este sitio es muy caro. Si no les gusto a tus padres...

-Sí, es caro, aquí viven mis padres.

-Pues me da cosa. Tengo miedo de no gustarles. No tengo clase, cielo. Soy una chica normal y panzona.

-No te preocupes tanto, mis padres son normales y en cuanto sepan que van a ser abuelos de verdad de su hijo, ya verás.

-Bueno, vamos a ver. Pero me están sudando las manos.

Y se metió por un camino de grava de al menos medio kilómetro y aparcó frente a una casa enorme y preciosa, pintada en varios tonos de gris, con contraventanas negras y un garaje como para tres coches. Todos independientes.

Tenía un jardín delantero precioso con una fuente de agua. Eran casas como las que había visto yo en los programas de los gemelos, y americanos y canadienses que tanto me gustaban.

Nos bajamos, me dio la mano y me apretó fuerte. Subimos al porche de la casa y George tocó el timbre. Nos miramos y él me sonrió.

-Venga no pasa nada, pequeña. Ya verás, cambiarás de opinión cuando los conozcas, te gustarán y tú a ellos. Se acabó el miedo nena.

Sí, se acabaría el miedo para George, pero yo estaba temblando más que cuando me presenté en su puerta. Al final había averiguado lo que le pasaba.

Había sido un ser generoso dejándome y comprendí lo mucho que me quería, pero a mí me daba igual tener hijos o no tenerlos o adoptar uno si a George, tanto, le gustaban los pequeños.

Yo, no tenía tanto instinto maternal como él. Vamos quería a mi hijo por encima de todo, pero si no hubiese tenido hijos, no pasaba nada, no era una opción importantísima en mi vida. Me importaba más el amor de George.

Sin George, sí que me costaba vivir, sin tenerlo. Era el hombre de mi vida, lo tenía todo y además era el ser más generoso de la tierra. Y lo que era mejor de todo, me amaba como yo a él.

Ahora entendía todo. No había ido antes a Sevilla porque estuvo recuperándose, y cuando hablaba por teléfono, intentaba esconder su dolor. Era un ser maravilloso, todo, para que yo no sufriera. Vamos, si llego a enterarme, me planto allí en menos que canta un gallo.

Y ahora verme, embarazada, para él era un milagro. Aún lo vi vulnerable. Nunca lo había visto llorar así, ni tanto. Bueno, nunca lo había visto llorar. Era un hombre alegre y divertido, trabajador y bromista.

Y conmigo nunca en el tiempo que llevábamos juntos, ni una palabra más alta que otra, ni malsonante, ni enfados, siempre trataba de que yo, que tenía más genio, no me enfadara, sobre todo por el dinero que era por lo que yo me enfadaba cuando no me dejaba pagar nada porque sabía que sólo tenía mi sueldo.

Y yo, con el miedo que tenía dos días antes mientras volaba a la gran manzana, pensando mil cosas distintas, que quizá no me quería allí, que podía ser un error verlo de nuevo cuando ya se despidió de mí para siempre y me lo dijo y cumplió su promesa de no llamarme más, cuando yo sufrí tanto por no poder decirle que estaba embarazada.

Y ahora estaba allí con mi hombre y nunca imaginé la causa, ni la hubiese adivinado en tres

vidas, pero tampoco me lo imaginaba tan triste y con solo verme así, como dijo Kevin, tan feliz, como si le hubiese tocado la lotería.

Debía ser el único hombre que era feliz con que una mujer se quedase embarazada por error.

Le brillaban los ojos y me miraba enamorado, como yo a él y nunca un viaje tan largo fue tan feliz para mí. Y mi George, ya estaba haciendo planes. Era impulsivo, generoso, cariñoso y lo amaba por encima de todo.

Nunca pensé que el amor era eso, que se pudiera sentir lo que yo sentía con mi hombre, en todos los sentidos y aunque lo vi emocionalmente de bajón, juré que eso iba a desaparecer cuando estuviese con él, lo abrazaría y lo besaría hasta que esa melancolía y tristeza que tenía desaparecieran y debía ir a las sesiones que le quedaban con el psicólogo.

Iba a ser mi George de Sevilla, mi niño pijo de Nueva York, porque estaba sola allí y teníamos que mirar por nuestro pequeño.

Yo, lo había pasado muy mal, pero él también, y eso se acabó. Nos merecíamos ser felices.

Y después de tantos meses de angustia, ahora estaba allí, en la puerta de la casa de sus padres, ricos, como George o más y con un cierto desaliento por gustarles.

No sabía qué esperar y George me apretó la mano y me abrazó para calmarme, mientras yo lo miraba como quien va al matadero.

Pero eso no significaba que aunque él me quería ellos iban a hacerlo. Yo, era una mujer normal de clase baja, y aunque tenía estudios, había gente elitista y si eran ricos y con un solo hijo, me temía lo peor.

Que pensaran que iba tras el dinero de su hijo, era lo peor que podía pasarme, porque yo, ni siquiera sabía que George era rico, o al menos tanto, y no quería saberlo.

Estaba tiritando como una noche en invierno.

-Nena, tranquila...

CAPÍTULO CINCO

Cuando la puerta se abrió, me encontré a un doble de George. Igual de alto y más mayor que él, del mismo estilo de vestir, con traje de diseño, pero sin chaqueta, pero eran un calco.

El hombre me miró de arriba abajo y se apartó para entrar y su hijo lo saludó con dos besos, entramos y me presentó.

-¡Hola papá! ¿Cómo estáis? Te presento a Rocío de Sevilla, trabajó en nuestra empresa en España y es la madre de mi hijo.

-¿De tu qué?,- dijo el padre.

En esas salió una mujer de mi altura y bien peinada y vestida con un traje de diseño también- ¡Vaya por Dios! ¡Qué elegantes! Lo que me esperaba.

-¡Hola hijo!, ¿cómo estás? Y lo abrazó, -te quiero mi hijo.

-Yo también a ti mamá.

-Y ¿a quién nos traes para comer?- Dijo la mujer mirándome de arriba abajo. Si se sorprendió de mi embarazo no dijo nada, estaba como expectante.

-Es Rocío, de la sucursal de Sevilla en España, ya se lo he dicho a papá, va a trabajar con nosotros en Nueva York. Pero tenemos que hablar.

-¡Hola Rocío!- y me dio dos besos. -Se ve que a su padre también le gustaban las mujeres pequeñas- vamos a sentarnos, venga- y la madre de George que se llamaba Rose, me cogió del brazo amigablemente y me preguntó de cuánto estaba.

-De siete meses, señora- le contesté.

-¡Qué alegría, ya mismo serás madre!- Y su hijo padre, pensé yo.

-Sí señora. Ya tengo ganas, me siento pesada y se me hinchan los pies.

-¿Quieres beber algo?, un refresco, zumo...

-Un vaso de agua fresca me vendría bien- tenía la garganta seca y llamó a la asistente. Y me trajo un vaso de agua y me bebí más de la mitad.

Nos sentamos en el sofá, George, a mi lado en uno de ellos y sus padres frente a nosotros.

-Papá, mamá. Vais a ser abuelos- les dijo mi rubio a los dos así a bocajarro, aunque su padre ya lo sabía.

-¿Qué qué?- Dijo la madre y el padre sonrió.

-Rocío va a tener a un hijo mío. Quiere que se llame George como yo.

-Pero hijo- dijo su madre emocionada- ¿Cómo no nos has dicho algo antes! Pero si vas al psicólogo, el accidente...

Su madre la pobre no podía decir una frase entera coherente. Estaba en shock. Y el padre me miraba emocionado. También se llamaba George, por lo que supe después.

-Pero cómo, has sufrido tanto tiempo porque no podías tener hijos...

-Rocío estaba embarazada de tres meses cuando fui la última vez a España. Llevábamos saliendo un año.

-¿Un año? Hijo. Y no decirnos nada.

-Mamá, os lo iba a decir, pero en Navidades teníais invitados, no era el momento y luego con el accidente. Quise volver a verla por última vez, no quería condenarla a no tener hijos a ella también, pero tenía que verla por última vez, porque la amo. Es la mujer de mi vida.

-Pero, dijo el padre. ¿Cómo te has enterado? ¿Por qué no te dijo nada?

-Porque la dejé y no le di opción. Ella pensaba que estaba casado o tenía otra mujer o que tenía una enfermedad incurable.

-¡Hijo por Dios!- dijo la madre.

-Ha sufrido mucho y yo también. Y cuando Kevin ha ido a España y la ha visto así, me la ha traído. Sin decirme nada, como una sorpresa. Nos vimos ayer.

-¡Dios mío! ¡Qué alegría! Un nieto. ¡Oh Dios! y la madre se echó a llorar y a abrazar a su hijo. El padre estaba emocionado y yo también.

-Mi hijo pensaba que no podría tener hijos. Eres un ángel.- Me dijo la madre abrazándome también.

-No, fue un accidente. Pero me alegro por una vez de ese tipo de accidentes.

-Y se echaron todos a reír.

Y ya todos me preguntaron cómo me iba el embarazo, su madre me hizo mil preguntas y se sentó a mi lado y George hablaba con su padre y de lejos oí algo de casa. Les enseñé las fotos del pequeño, las últimas. Todo era muy emocionante. Eran una familia estupenda.

Ya sabía de qué hablaban el padre y el hijo, o me lo imaginaba. Le decía a su hijo lo que debía hacer, seguro. Pero la verdad es que eran encantadores, y mis miedos desaparecieron.

Para ellos que su hijo fuese a tener el hijo que nunca pensó que tendría y que tanto ansiaba, era un milagro y yo un ángel que le había traído la felicidad perdida a su hijo. -Vamos al patio antes de comer, Rocío- me dijo la madre- dejemos a los hombres hablar.

-Mamá nos seas demasiado pesada, que te conozco.

-No lo seré, ¡este hijo mío!, -decía mirándome.

Cuando nos quedamos solas, nos sentamos en el jardín. Un jardín enorme y precioso, al fondo tenía una piscina enorme y flores y un seto que bordeaba una valla blanca y alta.

-Rocío.

-Dígame señora.

-Llámame Rose, mujer.

-Rose.

-Mi hijo ha sufrido mucho desde el accidente. Ha estado en un psicólogo desde entonces. Aquello lo ha marcado. Lo dejaron inconsciente varias horas tirado en suelo, con el frío que hacía. Lo recogieron con hipotermia y medio muerto.

-Sí, lo sé. No quiero ni imaginármelo.

-Emocionalmente ha sido nefasto para él saber que era estéril, más que le rompieran las costillas o le desfiguraran la cara a golpes. Eso es lo que más le dolió de todo. Creo que ha querido una familia e hijos desde siempre. Su padre y yo somos muy felices y él ha visto siempre eso en casa. ¿Tú lo quieres?

-Lo amo. Mucho. He venido aquí por él y por mi hijo. He dejado a mis padres y también soy hija única. He dejado mi tierra y mi trabajo por George. Lo amo tanto... su hijo es el amor de mi vida y es un hombre maravilloso y generoso.- Y veía la cara de orgullo sobre su hijo, de su madre ante mis palabras.

-Creo que vas a ser mejor que cualquier psicólogo para mi hijo. La mejor cura para él. Aunque ya le quedaban dos sesiones creo, pero en el fondo si no hubiese venido, hubiera necesitado más, lo sé. Y está haciendo planes con su padre.

-Sí ya me ha contado algunos. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja, no para hasta conseguirlo y es un terco en ese sentido.

-Eso es bueno para él en estos momentos, deja que haga los planes. Sé cómo te mira y creo que

te adora.

-Llevamos saliendo un año. No comprendía por qué me dejaba. Si no hubiese estado embarazada, no me había importado no tener hijos o adoptarlos con él.

-Sí, pero para él es muy importante tener sus propios hijos, en este caso tendrá uno.

-Lo sé.

-¿Tenéis pensado vivir juntos?

-Quiere casarse, pero esperaremos a que el niño nazca y ya veremos. Pero sí, de momento viviremos juntos, no quiere dejarme sola.

-Así es mi hijo. Quiere cuidarte y a su hijo y no te va a dejar sola una noche siquiera, y querrá hacerse cargo de todo. Es lo que ha visto hacer a su padre toda la vida. Ellos son así y hay que dejarlos, porque así son felices. Aún no nos conocemos, pero lo que más deseo es que mi hijo sea feliz. Si te ha elegido, me alegro. Me alegraré siempre que lo ames como yo a su padre.

-Eso ni lo dude. Es el hombre de mi vida y el único hombre que he tenido.

-¿El único?

-Sí. No ha habido otro. Nunca tuve novio antes.

-¿Qué edad tienes?- me preguntó sorprendida.

-Veinticinco años.

-Por Dios muchacha. No me extraña que mi hijo te adore. Y si mi hijo te quiere, nosotros también. Y si no has tenido más que a mi hijo, no te dejará nunca.

-Intentaré hacerlo feliz. No concibo la vida sin él. Estoy muy enamorada de su hijo.

-¿Has comprado ya algo para el pequeño?- cambiando de conversación.

-No, iba a comprar en España, pero menos mal que no compré nada. Mi madre me compró alguna ropita que he traído. Al final, lo compraré aquí.

-Nosotros queremos comprarle algo. Es nuestro nieto y el tercer George.

-Sí. Quise ponerle el nombre de su padre, pero no sabía que había más.

-Y quiero estar contigo cuando nazca, si quieres. Ya que tus padres están lejos.

-No se preocupe, estará, aunque aún no sé dónde está la clínica. Pero se lo diré en cuanto lo sepa.

-Anota nuestros teléfonos, y anoté el del padre, el de ella y el de su casa y yo les di mi móvil que anotó.

Luego, sin venir a cuento me dio un abrazo y me dijo que si podía tocarme y le dije que sí,- y ahí recibió la primera patada de su nieto. Nos reímos.

-Seguro que jugará al fútbol.

-Así me gusta mi nieto- dijo Rose.- Y ahora hija, vamos a comer. La chica ya tendrá la mesa puesta.

Cuando nos sentamos, George me preguntó, si su madre había sido muy pesada.

Y su madre lo miró con tanto amor, que sentí envidia.

-No, ha sido encantadora- le dije en voz baja.

Y nos sirvieron la comida y al padre le parecía poco todo lo que comí. El hombre me ofrecía y me ofrecía y me hizo un interrogatorio de abogado, qué de dónde era, qué había estudiado, como me había contratado su hijo y cómo era Sevilla. Se rieron mucho cuando les conté el primer día de la entrevista, y que su hijo confió en mí a pesar de no tener experiencia.

El hombre era un encanto, quería saberlo todo sobre mí y mi familia y tuve que contarle casi todo.

Luego, volvimos al sofá y tomamos café. George estaba tan contento... sus padres se habían comportado maravillosamente conmigo y a mí me cayeron muy bien.

Nos fuimos a las cuatro, después de charlar y charlar sobre todo, de cómo era George de pequeño, lo inteligente que era, como buenos padres. Me enseñaron fotos de todas las edades y yo me reía de algunas.

Llegamos a su casa a las cinco y quise irme a mi casa. Él me acompañó, me di una ducha y me puse un pijama corto, mientras él observaba mi despacho. Cuando salí, me tumbé un rato en el sofá a descansar.

-¡Qué cansada estoy!

Y él se sentó a mi lado y puso mi cabeza en su regazo.

-¿Qué te han parecido?, de verdad, nada de mentiras.

-Maravillosos, de verdad, me han gustado mucho, te quieren y están orgullosos de ti. Lo que no quiero es que estés emocionalmente mal y menos por una cuestión que casi tienes resuelta. Vas a ser padre y te quiero ayudándome de forma positiva. Nada de llantos, aquí la que puede llorar soy yo sola.

-Ni lo dudes. Pero tú tampoco vas a llorar pequeña. Ahora que estás conmigo, no necesito nada más.

-Bueno, tienes a tu familia, tu empresa y nosotros, y seremos felices por encima de todo cielo. Así que quiero a mi George rubio pijo de Nueva York, que para eso he venido.

-Sabes cuánto te amo.

-Sí, lo sé, pero quiero verte el hombre más feliz del mundo. Vas a ser padre. Vas a tener un hijo, y creo que será rubio de ojos azules, como su padre.

-No dudes que será como su papá. Y ahora lo soy. El hombre más feliz del mundo. No podía esperar nada mejor que tenerte conmigo y tenerte gordita.

Y le di con un cojín.

-Para loca, ¿quieres jugar?

-No, que perdería contigo... George, grité.

-Y vas a perder con ese pijamilla que se te ve todo.

-Me lo he puesto para que me lo veas todo.

-Malvada bruja sevillana, ahora verás...

-Nooo -y salí corriendo al dormitorio.

Y allí hicimos el amor, toda la tarde. Y nos reímos y jugamos y me tocaba la panza y yo era feliz.

-Voy a casa a traerme ropa y las cosas para mañana, ¿estarás bien? No tardaré nada.

-Claro bobo. Preparo mientras la cena.

-Si quieres traigo algo.

-No, que tengo mucha comida.

-Bueno, no tardo mucho, -y me cogió por detrás y me besó en el cuello y me agarró el vientre.

-No empieces que está anocheciendo.

-Ya vuelvo. ¡Hay que ver!

-¿Cómo que hay que ver? Si no te cansas.

-Ni tú tampoco gordita.

-De ti nunca, rubio pijo.

-Dame un besito, que ahora vuelvo.

Y al cabo de una hora y cuarto, estábamos cenando. Se quedó a dormir conmigo y al día siguiente nos fuimos a la empresa juntos.

Nunca en mi vida había sido más feliz ni había tenido un hombre que me mimara tanto. Claro que Nueva York, no era Sevilla, pero ahí estaba ahora mi trabajo y el amor de mi vida y nuestro hijo. Jamás había hecho tan feliz un hombre al quedarme embarazada sin pretenderlo.

De los dos urólogos que consultó, ambos estaban de acuerdo en que tenía una obstrucción complicada en los conductos y que era casi imposible tener un hijo porque el 92 % de los espermatozoides morían antes de llegar a la vagina y entre los que morían en ella, era prácticamente imposible dejar embarazada a una mujer.

Sentí miedo cuando pensaba la paliza que le dieron a mi rubio, total por dos mil dólares y un reloj de oro. Y no quería pensar en que le hubiera pasado algo peor y yo estar embarazada y no poder George conocer a su hijo. Si lo pensaba me sentía nerviosa.

Al día siguiente empezaba mi trabajo en Nueva York y estaba excitada y contenta. Embarazada de siete meses, era primeros de Julio y hacía calor en Nueva York.

Mi despacho era precioso y no pasaron desapercibidas las miradas de los trabajadores de la empresa.

George, me la estuvo enseñando y era una gran empresa, que comparada con la de Sevilla, estaba dividida en dos plantas de un edificio muy cerca de donde él vivía y que era maravilloso.

Todo era lujoso y cuando entré en mi despacho, me quedé de piedra. Tenía baño para mi sola y estaba en la segunda planta con unos cuantos Directores y con Kevin y George. Y me dejó que lo viera. Tenía una llamada. Y yo lo estuve viendo y me senté en el gran sillón. Solo esperaba el trabajo.

Kevin entró y me saludó.

-¿Cómo estas guapa?

-Feliz gracias a ti, de verdad Kevin muchas gracias y lo abracé fuerte. Era un hombre especial y bueno.

-¡Ey! ese niño está ya muy grande.

-Y que lo digas.

-Bueno, ¿conmigo o con George?- se refería al trabajo.

-Con George- dijo mi rubio entrando en mi despacho. Y nos reímos Kevin y yo por la manera posesiva en que lo dijo.

-Ya sabía que no te dejaría conmigo. Que sepas que tu mujer y yo hemos trabajado en equipo muy bien.

-Conmigo también y tengo que cuidarla.

Yo miré a Kevin y éste ya sabía qué quería decirle. No me dejaría ni a sol ni a sombra, me cuidaría para cuidar a su hijo y a mí también.

-No me queda más remedio Kevin, pero si necesitas algo, puedes contar conmigo.

-Vale guapa. Bueno parejita os dejo, tengo mucho trabajo, si no está George, puedes consultarme lo que necesites.

-Gracias Kevin, Por todo. Lo que quiero es trabajar ya. No tengo nada en la mesa.

-Hasta luego parejita.

-Hasta luego Kevin, dijimos ambos.

-Bueno, ¿no vas a darme trabajo?

-Te daría otro tipo de trabajo.

-Deja de hacer el tonto y vamos a trabajar. Hasta las cuatro nada de nada, ya lo sabes.

-Salimos a comer a la una. Te llamo. La secretaria te va a traer las carpetas.

-Estupendo.

-Ya sabes como las que revisamos siempre. Si algo no entiendes...

-Ya lo sé cielo, pero llevo revisando carpetas, un año.

Y me besó en los labios y se fue a su despacho con desgana, y la secretaria tardó dos minutos en llenarme la mesa de carpetas. Una barbaridad. Si quería trabajo ahí tenía para una semana.

Y me dispuse a la revisión.

El volumen de trabajo era mucho mayor que en España, pero yo sacaba bien mi trabajo. Para cerrar las carpetas, llamaba al cliente y obtenía su satisfacción. Era una empresa muy próspera y enorme.

Ocupaba dos plantas del edificio y los clientes todos estaban satisfechos del trabajo y encargaban más productos y de las revisiones surgían más clientes. O los mismos solicitaban otro tipo de productos. Lo importante era mantener al cliente y mantenerlo satisfecho.

Me adapté a trabajar como una mona y sacaba mi trabajo adelante. Sobre la una de la tarde, venía George y salíamos a tomar algo sano, me decía y yo le decía que al menos en el fin de semana me comería algo tipo hamburguesa o pizza, que estaba delgada y él había tenido la culpa por dejarme.

Pasamos en mi apartamento tres fines de semana y durante la semana nos quedábamos en su casa porque allí tenía el despacho.

Y yo trabajaba un poco en el pc, aunque me daba un paseo de más de media hora y un baño relajante después. No quería dejarme sola.

Pero a la cuarta semana me dijo que había comprado y decorado una casa para nosotros, en su edificio y que deberíamos preparar las cosas del bebé. Que ya nos quedaba apenas un mes y George, le había ido dando largas.

Era un loco. No había contado conmigo para nada, pero cuando vi el apartamento se me pasó el enfado. Había traído todas mis cosas del mío, incluida comida dejando vacío el mío y cancelando el alquiler. Estaba loco ese rubio.

El apartamento era maravilloso, reformado, nuevo y tenía dos despachos. Había hecho un hueco entre ambos para verme, como una puerta sin puerta, cuadrado. El dormitorio de matrimonio tenía dos baños completos y dos vestidores en los que podías bailar, un dormitorio de invitados grande también con baño y vestidor y dos habitaciones vacías pintadas en azul, con baño y vestidor lista para el pequeño, frente a la nuestra.

Yo le pregunte que para que dos habitaciones vacías y sobre todo para qué tanto apartamento, ya que era enorme, y me dijo que una para el pequeño cuando tuviera que jugar y hacer los deberes.

En el salón tenía un aseo, frente a los despachos, que daba casi al pasillo de las habitaciones y una cocina con espacio abierto al comedor y salón. Cocina con una isla para perderse. Con todo, incluso un cuarto de lavado. Una locura.

-¡Estás loco, George, de verdad! Nos vamos a perder aquí y no voy a encontrarte con tanto vestidor y baño y para limpiar.

-Sí, por ti estoy loco, pero esta noche la estrenamos, tenemos todo aquí ya. Falta entregar tu llave y la mía para que me vendan el apartamento.

-¿Pero para qué queremos tantos dormitorios?

-Para nosotros. Pero solo hay uno libre cielo.

-Pero todos tienen baño, eso supone trabajar un montón.

-Tú, no vas limpiar, ni a cocinar, ni a lavar.

-¿Ah no?

-Cielo, tengo la mujer que me hace eso a mí solo en el otro apartamento y ahora vendrá a este a hacerlo todo, comida limpieza, colada y compra. La que tú le pongas en la lista. Le subiremos las horas y el sueldo.

-Pero el niño lo cuido yo.

-Ella te ayudara. Y yo por las tardes, se irá a las tres.

-Y cuando pasé la maternidad lo metemos en una guardería.

-O contratamos a una chica.

-Una guardería. Tiene que socializar. Lo dejamos y lo recogemos al salir del trabajo.

-Como tú quieras cielo.

-Bueno, ¿entonces no merezco un beso de los buenos? ¿Acaso no es preciosa nuestra casa?

-Y un buen palo también, por no decirme nada -y se reía.- es maravillosa- le decía yo, porque lo era. Era un sueño y como mi rubio pijo era selectivo, todo era caro, pero al menos había elegido comodidad que sabía que me gustaba a mí.

-Mañana sábado si te encuentras bien iremos a comprar todo para el bebé. Mis padres quieren venir. ¿Te importa?

-Para nada, podemos comer luego juntos.

-Me encantaría. Eres preciosa, ¿lo sabes?

-Lo malo es que ya sé por qué quieren venir tus padres.

-Eso lo sabemos ambos, pero vamos a dejarlos ser felices. Es su nieto.

-Pero me da corte George que se gasten dinero, no estoy acostumbrada a recibir tanto si no me lo gano yo.

-¿Cuándo dejarás de ser tan sevillana?

-Cuando tú dejes de ser un pijo.

-Ven aquí. No voy a dejar de ser tu pijo de Nueva York porque te gusto mucho.

-Sí, eso es verdad,- le dije mimosa.

-Pues venga. El lunes entregamos las llaves.

-Toma la llave de tu nueva casa.

-George,- y llore un poco. Era tan feliz, pero yo, no tenía el dinero que tenía mi amor, aunque a él no le importaba en absoluto.

La mañana del sábado, la pasamos comprando toda la habitación del bebé más el cochecito para el coche y el carrito para salir y una cantidad de ropa indecente. Cosas de aseo y alimentación.

El bolso para el hospital, que ya George se había ocupado en qué hospital iba a tener a su hijo.

Como ya sabíamos, sus padres compraron gran parte de los artículos de su nieto George Duvall III. Comimos todos fuera en un restaurante y luego nos retiramos a casa porque yo ya estaba pesada de tanto ajeteo y necesitaba descansar de la semana.

Nunca me había sentido tan feliz en ese mes que quedaba para tener a mi hijo. Echaba de menos a mis padres y los llamaba al menos dos veces o tres a la semana y echaba de menos a mi madre para que me ayudara con su nieto, pero al menos, tendría a la madre de George.

Prometí llevar a su nieto para que lo conocieran, y al menos una vez al año, aunque tuviese que ir yo sola la mitad de mis vacaciones. George y sus padres eran muy importantes, pero mis padres también.

George iba a ser un buen padre, lo sabía, lo malo es que me lo iba a malcriar por ser hijo único y a mí me mimaba más de la cuenta, pero lo amaba tanto... Era un hombre tan bueno, además de un

hombre perfecto para mí. Era el George de Sevilla, el que yo conocí allí, pero mejor.

Desde que llegué su madre misma me lo dijo, era el de siempre. Le obligamos a ir a las dos sesiones que le quedaban del psicólogo porque se negaba a ir, pero al final asistió y su vida cambio de nuevo al George que antes era.

Su hijo lo había levantado de esa crisis en la que se hundió. Por eso me mimaba en extremo. No quería que me pasara nada ni a su hijo.

Y dos meses después, me puse de parto. Estaba asustada. Era fin de semana y George había salido a correr un poco y yo rompí aguas, pero ni corta ni perezosa, limpié el suelo, me di una ducha y me preparé con unas mallas y una camisa y el bolso con todos los documentos. Empecé a sentir algunas contracciones y llamé a George. Estaba acojonada, sola, sin mi madre y nunca había parido.

-Date prisa cielo, que el niño viene- le dije acelerada.

Y tardó diez minutos en entrar por la puerta como un loco acelerado.

-¿Ya pequeña?- me dijo.

-Sí, he roto aguas, Lo he limpiado, pero te da tiempo a ducharte rápido y vestirme. Nos tenemos que ir.

Y lo vi asustado derrapando por el pasillo, ducharse y vestirse a toda prisa, mientras yo llamaba a sus padres.

Y en media hora estábamos en el hospital.

-Tengo miedo George- le dije y era verdad. Estaba temblando.

-No lo tengas, cielo, estaré contigo. Ya verás que nuestro niño se porta bien contigo y lo tendrás rápido y bien. No me separaré de ti.

-Tengo contracciones fuertes ya -y me aguantaba cada una sin chillar, como mucho gemir.

Y cuando la enfermera me quitó la ropa y me puso una sábana por encima, entró el ginecólogo y me miró...

-A la sala de parto. Está muy avanzada.

Yo no había ido a clases de preparación al parto ni respiración ni nada por el estilo, pero eso no importaba, haría lo que me pidieran y ya está. Eso sí que lo tenía claro.

-Me pusieron algo de anestesia y me dijeron que empujara y George, me daba la mano. Y yo empujaba y empujaba cuando me lo decían y en cinco empujones sentí salir algo de mi cuerpo con un dolor tremendo.

-Lo has hecho muy bien. Ha sido un parto bonito y corto. Su mujer es estupenda.- le dijeron a George que se sintió todo orgulloso.

Me pusieron a mi hijo encima y supe lo que era el amor incondicional. Vi a George llorando y lo besamos. ¡Era tan pequeño!... Cuando se lo llevaron para limpiarlo y limpiarme a mí, hicieron salir a George.

Me dieron algunos puntos según ellos, tres, y me llevaron a la habitación con un camisón del hospital.

Allí estaban mis suegros que me dieron un beso y me dieron la enhorabuena y me dijeron lo valiente que había sido. Cuando nos trajeron al niño con la ropa que le dimos, era un muñeco rubio de ojos azules como su padre.

-Mira George. Le dije, es como tú.

Sus padres también lo dijeron. Y no podíamos ser más felices. En el hospital estuve apenas tres días y tenía ganas de irme a casa con mi pequeño. George se tomó una semana para estar conmigo

y con el pequeño hasta que me quitasen los puntos.

Y fueron unos meses posteriores, felices con nuestro hijo. Yo estaba con mi pequeño a todas las horas y me tomé cuatro meses de maternidad y además estaba acompañada con Bonny, la señora que nos cuidaba la casa y que me ayudó mucho. Ella me decía que yo la trataba muy bien.

Era una señora muy trabajadora y adorable. Todo estaba siempre impecable y cuando yo ya me encontré fuerte, me hice cargo de las cosas del bebé.

Quise darle el pecho al menos tres meses y George, y sus padres se sorprendían de ello. Nadie hacía eso ya, pero yo sí. El cuarto mes, me daba pena, pero ya debía quitárselo para poder trabajar.

Mi niño crecía a pasos agigantados y su padre se tiraba horas hablándole por la tarde como si lo entendiera, claro cuando estaba despierto.

Reiniciamos nuestras actividades sexuales.

-O lo hacemos ya o exploto chiquita- me dijo el primer día que lo hicimos.

-¡Qué exagerado eres!, antes no se pudo, loco- le decía yo.

-Pero ahora verás si se puede.

-Siempre que te deje tu hijo...

-Me dejará, es un niño bueno que sabe respetar a su padre en sus necesidades.-Y yo me reía de las tonterías que se dicen cuando se es padre por primera vez.

Pasamos nuestras primeras Navidades en familia y fuimos a comer a casa de los padres George y los regalos y todo fue maravilloso. Nueva York me pareció precioso en Navidad, aunque hacía un frío que me acordaba del calor de Sevilla, pero lo prefería.

A mis padres les mandaba muchas fotos por el móvil para que vieran a su nieto. Y lloré un poco porque era la primera vez que no celebraba la Navidad con ellos.

Y así pasaron los cuatro meses de maternidad, Acción de Gracias, y las primeras Navidades para mí en Nueva York. Decoré la casa con un árbol de Navidad y algunos objetos decorativos para poner los regalos bajo el árbol y lo pasamos genial. Con mis suegros cenamos en Acción de Gracias y en Navidad y el resto, en casa solos.

Y cuando empecé a trabajar, lo metí en una guardería cercana y se acostumbró a estar allí. Al pobre no le quedaba más remedio.

Yo lo eché mucho de menos, sobre todo los primeros días, pero no iba a ser ama de casa, quería trabajar y podía hacer las dos cosas a la vez, como se ha hecho toda la vida.

Me hice la promesa de en los primeros años de no llevar trabajo a casa y dedicarle todo el tiempo a mi hijo, George no podía hacer eso, pero intentaba estar todo el tiempo posible con él.

Tuvimos suerte que frente a casa había una guardería estupenda y eso me hizo la vida más fácil, porque lo recogía al salir y ya estábamos por la tarde mi pequeño mi amor y yo solos.

Esa fue una etapa feliz de mi vida, junto con la de Sevilla cuando lo conocí. Todo fue maravilloso. Estaba flotando en una nube. Mi niño era igual a su padre y su padre y mis suegros estaba tan orgullosos...

Dejamos una noche con los abuelos al pequeño y salimos a cenar y ahí fue donde me regaló un anillo de compromiso.

-George, es maravilloso,- le dije. Y lo dije de verdad. Me lo puse y ya nunca más me lo quitó. Y me emocioné como todas las novias tontas nos emocionamos con esas cosas.

-Te quiero mi amor, me has dado algo maravilloso, tu amor y mi hijo.

-Nuestro hijo, pequeño pijo.

-Es verdad nena, nuestro hijo. Tú sabes por qué lo digo. Así que, ¿qué te parece casarte con el

amor de tu vida?

-Muy seguro estás de eso tú- le dije en broma.

-Si no lo estuviera no te lo diría-dijo mi rubio.

-Me parece que el día de los enamorados, es un buen día. ¿Te gustaría ese día?

-Romántico como tú rubio...- A veces hacía el payaso bien.

-Me gusta el día de los enamorados. Si quieres ese día, ese será.

-Pues ese día pequeña.

-Contrataré una organizadora. No tendrás que preocuparte de nada.

Los ricos solucionan así cualquier problema. Con dinero y contratando. Este rubio era de lo que no había. Todo le parecía poco para mí. En Sevilla tú preparas una boda un año antes y la organizadora te la prepara en un mes, claro que te cobra un pastón.

-Me encanta cómo solucionas todo.

-Pero chiquita, si es para quitarte trabajo. Y además tú vas a elegir lo que ella te aconseje.

-Bueno, tienes razón- tuve que decir. -¿Será una gran boda?

-Bueno...

-¿Quieres invitar a mucha gente?

-Debería, pequeña. Conozco a mucha gente y la empresa es grande.

-Pues adelante, mi hombre es rico y le gusta gastar.

-Pero ¡qué tontita!- decía riéndose- Será una boda bonita y la recordaremos toda la vida, ya verás. Además mis padres tienen muchos conocidos y los grandes clientes. No podemos dejar de invitar a una lista hecha ya. Son clientes que tenemos que conservar también.

-Bueno, eso es normal. Pero me preocupa que después del dinero que no quiero ni saber que te has gastado en la casa, te gastes ese dinero en una boda.

-Se ha vendido muy bien el apartamento.

-No puedo contigo, pero comprendo que tienes que hacerlo así. Ahora tengo que estar a la altura de una novia cara.

-Todo estará pagado.

-Por Dios Santo, George.

-No te preocupes nena. Siempre andas igual. Me hace mucha ilusión.

-Eres el primer hombre que conozco que le hace ilusión casarse y tener un hijo con un fallo en el preservativo.

-Tú sí que estás loca mi sevillana. Por eso te quiero tanto.

-Por la iglesia, es lo único que pido yo, católica.

-¿Quieres por la iglesia?

-Es lo único que pido, soy católica cielo, ¿Y vosotros?

-Nunca hemos hablado de eso.

-Nunca vamos a la iglesia, a ninguna, pero ya sabes lo único que pido, una iglesia católica. En esto cederás para mí.

-Haré lo que tú quieras, buscaremos una iglesia católica bonita.

-Gracias mi amor.

-El catorce de febrero.

-Es un buen día, estoy de acuerdo- le dije.

-Perfecto ¿y el viaje de novios?

-¿Vamos a tener?

-Sí, iremos a Sevilla y así reviso las tres ciudades, mientras te puedes quedar en casa de tus padres con el pequeño. Pero será más adelante, para Junio o Julio.

-¿De verdad?- dije casi desmayándome.
-De verdad, pero no llores, preciosa.
-¿Sabes que eres el mejor hombre del mundo?- le dije, abrazándolo, porque lo era.
-No, soy tu único hombre. Eso me gusta más, mi virgen ingenua.
-¡Qué tonto eres!
-Es que lo recuerdo y me pongo...
-¿Con cuántas mujeres te has acostado? Eso no te lo he preguntado nunca.
-¿Te parece bien este momento para que te cuente mis experiencias sexuales, cuando hablamos de nuestra boda?
-Como otro cualquiera. Quiero saberlo. Estoy celosa, que lo sepas. Venga.
-Antes de ti, como siete o así.
-Dios, qué celosa estoy. Me quedan seis.
-¿Seis qué? Me pregunto perplejo.
-Seis hombres para estar igual que tú.
-No se te ocurriría ni por asomo. Eres solo mía.
-Ummm. Ya veremos.- Mirando mi anillo.
-Rocío, te acabo de poner un anillo en el dedo.
Y yo me reía porque estaba poniéndose serio y me encantaba ponerlo algo celosillo.
-Tonto, a quién me voy a buscar, si tengo al mejor. Me gusta tu pene mucho- le dije bajito en la oreja.-Y él se rio.
-Eres tremenda.
-Es verdad- tienes un pene grande y bonito, como terciopelo.
-Calla anda, loca.
-¿Te tocó un poquito antes de irnos?
-Estamos en un lugar público. No puedes hacer eso.
-Eres muy conservador cielo.
Y lo toqué por debajo de la mesa y del mantel.
-Pero qué... ¡descarada!
-Estás duro, pijo- le dije bajito.
-Déjalo Rocío, y vamos a casa y allí te diré lo duro que estoy.
-Ummm. Es que tocarte aquí me resulta erótico.
-Te has vuelto...
-¿Y en el baño?
-Anda, nos vamos que te gusta tomarme el pelo, sevillana guasona
Y yo me reía.
-¡Estás loca!
-Sí, por mi rubio, pijo.
Pero sabía que esas cosas a él tan conservador, le encantaban.

Celebramos cenas y comidas con mis suegros. Me querían mucho, y yo a ellos, eran geniales y se quedaban de vez en cuando con el pequeño para que saliéramos a cenar o a bailar o a tomar alguna copa.

Y si estaba resfriado o empezaban a salirle los dientes, siempre estaban dispuestos a echar una mano, sobre todo mi suegra que no trabajaba ya y algunas veces íbamos a llevárselo para que disfrutaran de su nieto y ellos estaban encantados, como si tuvieran un hijo en vez de un nieto.

George, me decía que era muy familiar y que eso le gustaba porque él también lo era. Ya

bastante salía en el trabajo y cuando acababa quería estar en casa tranquilo con nosotros.

La boda iba a pasos agigantados. Estaba mareada con tanta información y pruebas y elecciones de estoy de lo otro, y cuando llegó el día catorce de Febrero, yo estaba nerviosa. Había tenido mucho ajeteo, entre elegir los preparativos de mi boda, el trabajo y el pequeño. Porque aunque no me hice cargo de la boda, era igual, tenía que elegir un montón de cosas.

Lo que más difícil resultó fue mi vestido, quería algo sevillano, siempre soñé con un vestido así, y al final, la pobre organizadora, buscó una diseñadora española y encontró mi vestido. La iglesia y una mantilla de encaje blanca preciosa.

Tuvimos unos cuatrocientos invitados y tanto la iglesia como el hotel, eran maravillosos. Todo de lujo. No quise saber qué le costó la boda. Nunca quiso decírmelo. Me decía que lo que nos merecíamos y hasta el vestido lo pagó él sin discusión y yo me enfadaba, pero no me dejó por más que lo intentaba.

Jamás se me olvidará el día de mi boda, era sábado. Hacía un día fresco, pero soleado y precioso, ni la cara de George cuando me vio entrar a la iglesia del brazo de su padre con mi vestido sevillano.

-Eres lo más bello del mundo ahora mismo- me dijo.- ¡Estás radiante!

La noche de bodas la pasamos en el mismo hotel, en una suite que había reservado con antelación y el pequeño se lo quedaron mis suegros hasta el domingo por la tarde.

Ni qué decir que cuando llegamos a la habitación del hotel, nos dimos una ducha y nos quedamos dormidos desnudos y abrazados y hasta la mañana siguiente al despertar no hicimos el amor.

Pero ese día aprovechamos hasta salir del hotel por la tarde. Allí pedimos el desayuno y la comida, salimos, y tomamos un café y fuimos a por el pequeño.

Todo había salido maravilloso, la verdad, la encargada de la boda era una buena profesional y los invitados se lo pasaron muy bien.

Y así, seguimos en nuestra casa, nuestros trabajos y con nuestro pequeño que crecía rápido.

Cuando pasaron los meses, llegaron las vacaciones y como me prometió, en Julio, fuimos a Sevilla.

Mi pequeño tenía once meses y era el vivo retrato de su padre y estaba alto para su edad. Ya daba sus primeros pasos y decía papa y charlotteaba a todas horas. Estábamos locos con el pequeño. Y sus abuelos también.

Y cuando mis padres lo vieron...- Se pusieron como locos porque era un muñeco, la verdad.

Nos quedamos en Camas, yo quise quedarme allí con mis padres, de todas formas George iba a ir cinco días a Madrid y otros a Barcelona. Le compramos un parqucito cama y allí dormía en mi habitación conmigo. Mis padres habían cambiado mi cama por una de matrimonio para cuando viniéramos y yo se lo agradecí.

No íbamos a buscar un apartamento hotel o piso, quería pasar esos quince días en Camas, con mis padres, con mi gente, mi familia, mis amigas, pasé una mañana por la empresa a saludar a mis antiguos compañeros y les enseñé fotos del móvil de mi hijo con George.

Mis padres estaban entusiasmados con su nieto. Y se quedaban con él mientras yo iba a Sevilla y salía con mis amigas para saludarlas, o al centro comercial o a tomar unas copas los quince días que George estaba en Barcelona y en Madrid.

Yo tenía un vecino que era un encanto y había sido amigo mío toda la vida, y quedamos un día él y yo, con mi niño a tomar un café en la Morgana, una cafetería del centro de Camas.

Mis padres vivían en el Balcón de Sevilla, una urbanización tranquila, en la parte alta del pueblo.

Así que nos llevamos al niño y estuvimos en la terracita hablando de todo lo que había pasado en el tiempo en que no estuve allí y él tampoco.

Miguel Ángel que así se llamaba, había estado trabajando en Australia y me contaba toda su historia allí, de la gente, de lo difícil que era entrar allí a trabajar y cuantos requisitos te pedían, en fin de todo un poco, y ahora, después de algunos años, había vuelto y había encontrado un trabajo en una empresa de ingeniería, porque era ingeniero. Estuvimos juntos en el instituto y luego, cada uno fue a la universidad a estudiar una carrera distinta.

Creo que siempre le había gustado a Miguel Ángel de adolescentes, era un chico rubio y de ojos azules también, pero para mí, era mi vecino y yo por esos tiempos andaba en otras cosas que no eran precisamente los chicos. Ahora ya era diferente. Éramos adultos.

Además ahí estaba casi intentándolo con una chica que había conocido en el trabajo, lo cual me alegraba un montón.

Subimos ya anocheciendo, porque tenía que darle la cena al pequeño, con el cochecito del niño dando un paseo, cuando vi venir a los lejos a George.

Había vuelto, y le había preguntado a mis padres dónde estaba y salió en nuestra búsqueda. Parecía un poco serio cuando me vio con mi vecino y el cochecito del pequeño.

Me pareció un tanto celoso y esa era la primera vez que lo veía así, en esa faceta.

Nos acercamos y nos besamos y besó al pequeño.

-Hola cariño. No te esperaba hoy. Mira te voy a presentar a mi vecino Miguel Ángel. Este es mi marido George.

Y se estrecharon las manos.

Y seguimos para arriba todos. George tomó el coche del niño y fuimos hablando y yo le contaba cosas de Miguel Ángel, qué había estudiado tal que tenía un trabajo y cual...

Y por la noche cuando estábamos acostados y el pequeño se había quedado dormido...

-¿Qué pasa chiquita?

-¿Qué pasa de qué mi amor?- le dije mientras lo abrazaba.

-Con Miguel Ángel.

-¿Con Miguel Ángel?, ¿estás tonto? No pasa nada. Ha sido mi vecino toda la vida y hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Ha estado en Australia unos años trabajando en una empresa de ingeniería y ahora ha vuelto porque ha encontrado trabajo aquí. Nos hemos encontrado por casualidad. Me he alegrado de verlo y hemos ido a tomar un café con el pequeño. Y ponernos al día ¿Por qué?

-¿Solo tu vecino?

-Bueno, yo creo que de adolescente le gusté un poco, pero yo nunca he pensado en él de esa manera. Andaba yo por otros derroteros.

-¿De verdad?- Me preguntó un tanto serio.

-¿Estás celoso?

-No me ha gustado verte con él y con mi hijo.

-¿Estás tonto?- y lo tocaba y él se excitaba- Tonto, tonto, tonto. Tú sabes que solo soy tuya, que era virgen y que no hay nadie que te iguale.

-Prométemelo, que me serás fiel toda la vida.

-Toda la vida, pero si acabamos de casarnos. Y todas mis amigas me envidian por tener un tío

americano rubio de escándalo, guapo en mi cama.

-Me da miedo Rocío.

-¿Qué te da miedo niño pijo?

-Que me dejes.

-No voy a dejarte nunca. ¿Cómo se te ocurre?, tenemos un hijo maravilloso, como tú, deja de hacer el tonto y hazme el amor bajito que no nos escuchen mis padres.

-Me vas matar de celos, ¿lo sabes?

-¡Pero qué bobo eres! Solo por tomar un café con mi vecino de toda la vida.

Y George y yo nos quedamos una semana más en Sevilla. Iba al trabajo y salimos por Sevilla de noche y nos montamos en un barquito romántico y cenamos en el mismo restaurante del barrio de Santa Cruz en el que habíamos comido la primera vez que salimos, pero luego salíamos con mis padres a comer a la Santina también, el bar favorito de mis padres y a él le encantó.

Era un bar grande con varias salas y lleno de carteles de feria y de toros y toreros de muchos años atrás. También llevamos al pequeño a Isla mágica un día y lo pasó fenomenal y veníamos muertos. No se asustaba de nada y quería montarse en todo.

Pasamos otro día más en casa de mis padres y volvimos a Nueva York, entre la emoción y lágrimas de mis padres y despedirse de mi pequeño, su nieto.

Para mí, había sido maravilloso estar con mis padres y para ellos igual.

Un respiro que necesitaba.

No había sido un viaje de novios al uso, pero para mí, era lo mejor del mundo, ver mi Sevilla entera, salir con mis amigas llevar a mi hija al Rocío con mi padre y mi madre un día y a Matalascañas, quedarnos allí un rato y sentir el olor del mar. Claro que al ser julio estaba todo lleno, pero nos dio igual, nos fuimos temprano.

Yo lo pague siempre. Mi padre se enfadaba, pero George no quería que les dejara pagar nada. Me dio expresamente una tarjeta para ello y se puso serio en ese tema. Y por una vez, yo estuve de acuerdo con él. No quería hacerles gastos.

Ya en nuestra casa de Nueva York, todo volvió a ser maravilloso, trabajo y nuestro hijo. Teníamos una buena vida. Yo, ya era fija en la empresa y tenía un buen sueldo. Cinco mil dólares.

Él se ocupaba de todo y quería que yo guardara mi sueldo para mis gastos propios. Y yo a veces, me cabreaba, pero nunca pude imaginar la falta que me harían más adelante con los acontecimientos que iban a ocurrir y que de ningún modo nos esperábamos ninguno de los dos.

Estaba bien considerada y no por ser la mujer del jefe, trabajaba mucho e intentaba hacerlo lo mejor posible. Ya llevaba años haciendo ese trabajo y tenía facilidad de palabra y los clientes estaban muy satisfechos con nuestro trabajo y se lo agradecíamos de algún modo, algún detalle, un regalo, un descuento. Etc.

Intentaba también compatibilizar mi rol como madre amando a mi hijo con locura a mi marido y llevar la casa.

Hacía todo cuanto podía y George también. Era un hombre maravilloso. Tuve que reconocer la suerte que había tenido al conocerlo. Y que la vida había sido generosa conmigo y con mi familia.

Me adoraba como yo a él y a nuestro hijo. Le gustaba ser el hombre que cuidaba y se hacía cargo de su familia, aunque resultara un tanto machista en ese sentido, pero no lo hacía por eso, sino que quería cuidarnos, y yo, como me dijo su madre, lo dejaba hacerse cargo de lo que él consideraba, porque así se sentía feliz.

Él quería a su hijo mucho y le dedicaba todo el tiempo que podía, porque trabajaba demasiado.

Era un trabajador nato. Un padre excelente y un marido ejemplar. Nunca tuve ninguna queja, porque era tan feliz con ese hombre...

Jamás le preguntaba el dinero que tenía porque no quería sufrir, y él no me lo decía para no hacerme sufrir, porque sabía que yo llevaba muy mal el tema económico y aunque le hacía caso a mi suegra y tuve que adaptarme a su terquedad en pagar todo y que yo guardara mi sueldo porque éramos una familia, al final tuve que ceder y dejarlo.

No quería discutir por ese tema, que era por lo único por lo que podíamos discutir. En el resto todo era paz y estábamos de acuerdo en todo.

A veces echaba de menos Sevilla y su luz, su gente, el olor a azahar en primavera, la Semana Santa y la feria y tener un sitio por donde salir.

En Sevilla, en cinco minutos sales al campo por cualquier lado y Nueva York podía ser estresante a veces y no encontrabas la salida, agobiante y claustrofóbico y necesitaba respirar a veces. Pero en el fondo, era feliz. No podía pedirle más a la vida que lo que la vida me daba.

Me acostumbre a andar rápido entre la gente, esos atropellos matutinos de gente por las avenidas, como si la vida se fuera rápida.

En Sevilla, aún caminabas despacio y podías pasear, y allí debías ir al pulmón para pasear.

Era otro ritmo de vida, pero yo, era joven y me encantaba esa ciudad cosmopolita.

Me acostumbré y era feliz.

Tenía un piso precioso, un hombre enamorado que parecía un modelo con un cuerpo de escándalo, un hijo igual que mi marido, unos suegros estupendos, mis padres, lejos, pero hablaba con ellos dos o tres veces por semana y un buen trabajo.

Dios me daba una buena vida y la suerte de tener todo eso.

CAPÍTULO SEIS

Así pasó casi otro año. Era Junio y Kevin había ido ese año a España. Yo ya debía cogermé vacaciones, desde hacía unos meses atrás. George no podía en esos momentos tomarse vacaciones, pues estaban abriendo una sucursal nueva, en Boston.

Nuestro pequeño tenía ya casi dos años y una noche le dije a George.

-Voy a tomarme ya las vacaciones, pequeño, estoy cansada.

-Sí, cielo ya las necesitas. -¿Cuándo las quieres?

-¿En Julio te parece bien? Como el año pasado.

-Estupendo, te lo preparo.

-Voy a ir a España, a que mis padres vean al pequeño, ¿te importa?

-¿Cuántos días?

-Veinte, y luego estaremos diez aquí. Mis padres quieren ver al pequeño y estaría bien un cambio de aires. Y tú vas a estar quince días en Boston casi.

-¿Me vas a dejar solo tanto tiempo guapa?

-Tienes mucho trabajo y te vas Boston unos días. Solo estarás cinco días solito en casa. Si no nos fuésemos, estaríamos nosotros quince.

-Tienes razón preciosa. Pero te echaré tanto de menos... Y al pequeño. La casa va a estar vacía sin vosotros.

-Estaremos aquí cuando casi vengas de Boston. Estar sola no me apetece. Ir a Boston mientras trabajas tampoco. Mis padres necesitan ver al niño. Y eres un mimoso, niño pijo.

-Vale, está bien, mi vida. Ten cuidado con el pequeño.

-Claro que lo tendré bobo. Gracias, te quiero tanto... mis padres no lo van a conocer, va a cumplir ya dos años y cuando fuimos tenía uno y fíjate qué grande está.

-Bueno, te llamaré todos los días.

-Yo a ti también.

-Saca los billetes en primera.

-Sí, lo haré, me iré cuando te vayas a Boston y vengo unos días después de que vengas tú, no me echarás de menos, mi amor.

-¿No?, ¿tú que crees?, ven aquí chiquita, voy a matarte estos días antes de que te vayas, para que me echés de menos.

Y aquello fue un maratón de sexo a todas horas, porque cuando George se proponía algo...

Nunca le gustaba verme con pantalones en casa, solo falditas y vestidos, como cuando empezamos a salir y yo iba a la oficina de Sevilla. Andaba siempre como un perrillo faldero y a mí me encantaba que me deseara tanto un tipo como él. Nunca me quejaba de tanto sexo y cuando yo lo buscaba, siempre me respondía. No sé si todos los hombres eran iguales, pero el mío era incansable.

Y con mi mochila llena de sexo, y mi hijo, viajamos de nuevo a Sevilla, otra vez en Julio y como la vez anterior, hicimos prácticamente lo mismo, visitar todos los lugares. Fuimos a Isla Mágica, fui, sola con el pequeño, porque mis padres, eso no lo aguantaban, y al Rocío, y a

Matalascañas y ese día nos bañamos en la playa y mi hijo, se lo pasó estupendamente con los abuelos jugando con la arena. Y en la calle todo el día que era lo que le gustaba.

Le mandamos fotos a George, y en la calle, que le encantaba, comiendo helados, perdido y manchado, y disfrutando, en comparación con la guardería.

No lo llevaría en vacaciones a la guardería cuando volviera a Nueva York, hasta no entrar yo a trabajar, quería disfrutar ese tiempo de mi niño. Lo tendría todos los días conmigo, e iríamos a lugares que no habíamos ido aún, al parque, al cine y de compras. A no ser que tuviese alguna gestión que hacer algún día, saldríamos a comer hamburguesas y de paseo.

Mis veinte días pasaron tan rápido de nuevo, pero mis padres estaban encantados y tristes como siempre que nos íbamos, en cambio, nos fuimos cargados de energía, alegría y amor por parte de todos.

La familia, los vecinos, los amigos, las visitas, los café y comidas inolvidables, las risas.... Y cómo no, del centro comercial, siempre me llevaba un montón de ropa, vestidillos y faldas y ropa interior sexy que estaba más barata que allí en la gran manzana y era preciosa.

Y volvimos a casa y el amor de mi vida me esperaba impaciente y nos echaba de menos y aunque yo sabía que mi vida y mi lugar era la gran manzana, también sabía que al menos cada dos años o cada año, tenía que ir a recargar las pilas a Sevilla, porque me renovaba.

-¿Cómo lo has pasado cielo?

-Sabes que muy bien, me renueva ir allí, aunque sé que mi vida está aquí contigo, necesito ir al menos una vez cada dos años, o cada año, no pido más.

-Irás, quiero que seas feliz chiquita. Si puedo vamos los tres, pero si no vas con el pequeño.

-Además el pequeño se libra de la guardería y se lo pasa en grande. Esta vez sí se lo ha pasado bien y ha hablado en español.

-¿En serio?

-Sí, ha sido un encanto. Es un niño bilingüe tan pequeño.

-Es tan inteligente como su padre.

-¡Ay qué vanidoso! Su padre...

-Espera, toca, que aquí tengo tu vanidad esperando.

-Tontorrón.

Y tocaba mis muslos y mis caderas y mordisqueaba mis pezones y entraba en mí despacio, y avivaba la marcha cuando sabía que iba a correrme y se fundía conmigo en una lluvia blanca de sexos.

Nunca, me había dejado insatisfecha, ni una sola vez.

-Te amo mi niño pijo de Nueva York. Me encanta tu cuerpo y tu risa y como eres.

-Te amo ni pequeña sevillana. Y nunca me cansaré de mi pequeña virgen.

Sé que éramos demasiado pegajosos, pero a mí me encantaba que él fuera así. Yo soy muy romántica y George también. Y en casa nos lo demostrábamos.

Volví al trabajo de nuevo, pero al mes de empezar a trabajar, en cuanto me levantaba por las mañanas de la cama, iba a vomitar al baño.

Al principio creía que era algún virus, porque me sentía mareada y George se preocupó y quiso que fuésemos al médico, pero yo dije que no, que se me pasaba al rato. En cuanto vomitaba, me encontraba mejor. Podía ser un virus o alguna alergia. Pero George se preocupó porque pasó una semana y no se me iba.

Los vómitos no cedían y a la semana George dijo que nada, que al médico. Me hizo unos análisis y me preguntó por las síntomas, e incluso me hizo una ecografía y hasta yo misma me

sorprendí de ello, aunque pensándolo bien, no había tenido la regla en Julio, ni en Agosto. ¿Estaría enferma? Otra cosa no podía ser y me preocupé verdaderamente.

Y cuando salí del médico salí con la cara blanca, porque salía embarazada y de gemelos. Estaba de dos meses.

Llevaba medicamentos y vitaminas. Al menos eso fue lo que nos dijo el médico. Yo tenía muchos gemelos de primos y tíos, pero... teníamos un problema y gordo, aunque estaba sorprendida estaba tranquila, pero nunca pensé que aquello iba a suponer.

Estaba de dos meses, debería haberme quedado justo antes de ir a España, cuando lo hicimos tanto en Junio, pero George, salió muy serio y yo sabía por qué.

-Gemelos- me dijo al llegar al coche.

-En mi familia hay muchos gemelos. Mis dos tías tienen, ya lo sabes.

-Rocío, no puedo tener hijos. ¿Lo sabes verdad?

-Pues en ese 92% que te dijeron, han entrado los espermatozoides. Porque jamás te he sido infiel. Y me estás haciendo sentir culpable y no lo soy. No pienso sentirme así. Porque no pensarás...

-No puedo tener hijos- Me miró con rabia y fue la primera vez que lo vi odiándome y enfadado.

-No pensarás que te he sido infiel, estoy de dos meses, de Junio, antes de irme a España. Y no te voy a consentir y te lo digo en serio y por primera vez que me mires así y me hagas sentir así, porque no he hecho nada malo ni me siento culpable de nada, que lo sepas. Solo me he acostado contigo.

-Justo cuando te fuiste.

-Claro que sí, debió ser justo antes de irme, lo hicimos bastante.- Y se mantenía en silencio. No podía creer lo que estaba pensando y por primera vez tuve ganas de darle un buen bofetón a ese gigante.

-Pero George, no puedo creer lo que piensas, lo hicimos un montón de veces antes de irme, y te he sido fiel cielo, no hay ni habrá nunca un hombre para mí más que tú. No puedes estar pensando lo que creo que estás pensando.

-Y Miguel Ángel también es rubio como yo y de ojos azules.

-¿Me estás diciendo que George tampoco es hijo tuyo? ¿Que me he acostado con otro hombre?, para qué lo haría, por qué... Si te amo tanto y has sido el primero y el único. ¡Eres un cabrón!- era la primera vez que lo insultaba. Y él se quedó callado.

-No me lo puedo creer. ¿Me lo dices en serio? ¡Maldita seas George! ¿Crees que soy una puta? ¿Que me voy acostando por ahí con otros estando casada?

Estaba al borde de las lágrimas, mi vida se desmoronaba. No podía creer que George pensara eso de mí. Yo, que lo amaba más que a mi vida. Que solo vivía para él y para mi pequeño.

-Muy en serio. Puede que no sean mis hijos, ninguno.- Y ahí me vino el coraje y le grité más de la cuenta. Estaba nerviosa, me sentía humillada, como una cucaracha

-¿Y por qué iba a mentirte? Sabes que era virgen cuando te conocí y te juro que jamás he sido infiel ni he mirado a otro hombre, ni lo necesito. Te amo y lo sabes. Y no sé por qué estoy justificándome.

-Por una vida mejor- y ni me miró mientras íbamos en el coche

-No te necesito, no necesito tu puñetero dinero, maldito cabrón, ¿Quién te crees que soy?

-No lo sé Rocío, solo sé que no puedo tener hijos. George puede ser mío, y lo dudo, pero los gemelos no.

-¿Pero me lo dices en serio cielo? Deberías consultar a los médicos que te trataron para ver si había una mínima posibilidad.

-Una mínima, pero esta es máxima, es doble.

-¿Ya no me quieres? ¿Quieres que me vaya de casa? Dímelo ahora mismo porque si me voy, no te lo perdonaré nunca, que lo sepas.

Y él no me respondió y supe en un momento qué debía hacer. Todo había acabado.

No me creía. Por más que le jurara y le perjurara, no iba a creerme a mí que era su mujer.

-Haremos una prueba de ADN, si quieres cuando nazcan a todos, pero no creerme, pensar que me he acostado con otro, no voy a perdonártelo nunca, jamás. Pensar que me vine dejando todo por una vida mejor ¡Dios mío!- y bajé las manos llorando. Mi vida se derrumbaba como un juego de naipes.

-Ni yo tampoco te lo perdonaré. Nos prometimos fidelidad.

-Eres un capullo, ¿lo sabes?- Le dije.

-Quiero una prueba de ADN, de todos.

-La tendrás, pero cuando tenga a mis gemelos, no será antes, ni los pondré en peligro porque tú no me creas. Yo, estoy totalmente segura de que son tuyos. Cuando te enteres de que los tengo, la pides.

-Puedes seguir en la empresa.

-Por supuesto que trabajaré en la empresa, pero si no te importa, lo haré con Kevin a partir de ahora. No pensaba irme. Estoy fija en la empresa. Y necesito el dinero para mis hijos y los tuyos. Necesito unos días para cambiarme de casa.

-Los que quieras.

-No te preocupes, serán pocos y cuando dé a luz, tendrás tus pruebas, pero verás a tus hijos los fines de semana alternos. Te vas a arrepentir de esto, que lo sepas.

-Si son míos.

-No me lo puedo creer George, en serio. No me crees, te quiero, no podría hacerte eso, nunca. Y vas a romper a nuestra familia por tu terquedad. ¿En serio quieres que me vaya con el niño y nuestra familia se termine? ¿Ya no me amas?

Y él, permanecía en silencio. Yo solo tenía ganas de darle un puñetazo y de llorar.

Cuando llegue al trabajo, me fui al despacho de Kevin que ya había vuelto de España. Llamé a su despacho y me hizo entrar.

-¿Qué pasa Rocío, estás agitada, siéntate?-y me indicó el sillón frente a él.

-Tengo que pedirte algo Kevin.

-Dime, lo que quieras.

-Quiero que me traslades a Boston, la sucursal que estamos abriendo allí. O a otra cualquiera, me da igual.

-Pero Rocío, ¿qué pasa?, venga cuéntame.

-Estoy embarazada de gemelos.

-¿Qué dices mujer?

-Sí, estoy embarazada de George. Te juro que no me he acostado con ningún hombre más que con él.

-¿Y por qué ibas a querer cambiarte ahora si vais a tener gemelos? Estará contentísimo. George quería tener familia.

-Ya sabes lo que le pasa, no me cree, cree que son de otro, que no son suyos, que me he acostado con otro, pero debe ser un milagro y lo que es peor, quiere que me vaya de casa con George. No cree ahora ni que George sea su hijo. Quiere hacer las pruebas de ADN. Y quiere que me vaya de casa. A mí no me importa, pero tendrá que esperar a que los tenga. No los voy a poner en peligro porque él quiera hacer una prueba. No me quiere en casa Kevin. Y necesito irme con

mis hijos.

-Pero puedes cambiarte de apartamento aquí.

-Prefiero no verlo. Esto es el final, por eso quiero irme a Boston, si hay hueco para mí, no puedo volver a España, mis padres sufrirían y no quiero decirles nada de momento. Si mi padre supiera qué pasa vendría a por mí en un día. Ya pensaré qué hacer cuando le pase las pruebas de ADN.

-No sé Rocío, ¿no sería mejor que hablarais más y quedarte aquí?

-Después de cómo me ha mirado y lo que me ha dicho, no puedo Kevin. Mándame a otro sitio, si no a Boston a otro lugar. El que quieras.

-Bueno, déjame mirar y hablar con George, al principio puede ser un poco terco, pero, luego se le pasa, y te digo algo al final de la tarde.

-Gracias Kevin.

Y salí de allí, dispuesta a hacer las maletas, buscar otra guardería para mi hijo en cuanto me fuera. No quería verlo y sabía que él, no quería verme.

Kevin fue a verlo inmediatamente, porque me lo contó posteriormente.

-¿Qué pasa tío? tu mujer está embarazada.

-Será de otro, ya sabes que no puedo tener hijos.

-¿Y George?

-Ya no tengo nada claro.

-Pero George, creo que estás siendo injusto. Deberías esperar a que nazcan y hacer la prueba. A veces la ciencia se equivoca. Y los médicos.

-No la quiero en casa. No puedo verla.

-Pero por Dios, y ¿si te equivocas? Rocío no es de esas, la conocemos desde hace ya unos años y nunca te ha dado motivo para nada. Te ama, tío.

-No me voy a equivocar, tres médicos que visité, con las mismas proporciones de no poder tener hijos.

-Te daban un 92% ¿y si en ese 8 % se ha quedado embarazada? Todo puede suceder.

-Y de gemelos, venga Kevin, he visto un tío, un vecino suyo igual que yo.

-Y piensas...

-No, pienso, casi estoy seguro cuando los vi.

-Joder George. Yo creo que debéis hablar más.

-No tengo nada más que hablar.

-Pues al menos espera hasta la prueba.

-No puedo verla en casa tantos meses. No puedo.

-Me ha pedido que la cambiara a Boston o a otro lugar.

-¡Cámbiala!

-Joder George. Va sola con tus hijos.

-No son míos.

-No lo digas tan pronto, puedes arrepentirte después.

-¡Cámbiala!

-Está bien. Contigo no se puede.

Y Kevin me estuvo buscando un lugar en la empresa. Asistentas, como tenía en Nueva York. Mi sueldo era de cinco mil dólares como en Nueva York, y en Boston.

-Lo siento Rocío. Mira aquí tienes un hotel frente al trabajo, ya saben que vas y tienes tu

despacho y la secretaria te informara. Puedes buscarte un apartamento cerca del trabajo. Allí es algo más barato que en Manhattan. Al menos eso te ahorraras. Lo siento de verdad.

-Yo también. Y gracias Kevin. ¿Cuándo me incorporo?

-¿Puedes para el miércoles?

-Sí, claro. Hoy es viernes, tienes libre hasta el miércoles para buscarte algo y entrar al trabajo.

-Gracias. El trabajo te lo dejo terminado esta tarde.

-Bien, toma la documentación y el traslado.

-Gracias por todo Kevin.

-Te llamaré el miércoles para ver si lo tienes todo solucionado y cualquier cosa, me llamas, ya sabes.- Y nos abrazamos.

-Lo siento guapa, no hay manera de convencerlo. Cuando se pone terco...

Llamé al hotel y reservé una habitación para George y para mí, para el día siguiente, sábado. Porque en cuanto saliera del trabajo haría esa misma noche las maletas, con lo que necesitara. Dos maletas máximo, si quedaba ropa que la tirara si quería. Y el sábado, tomaríamos el tren a Boston.

Y eso hice al salir. Cogí a mi hijo de la guardería y me despedí de las chicas de la guardería, con gran pena, porque allí estaba George muy bien. Les dije mintiendo que tenía que salir de la ciudad por trabajo, pero que si volvía lo llevaría de nuevo.

De mis suegros no me despediría, ya los llamaría por teléfono algún día o si ellos querían que me llamaran. Ese tema, se lo dejaría a su hijo.

Y al llegar a casa, George, aún no había llegado, Pero yo empecé a hacer las maletas y cuando vino, ya casi había terminado.

Incluso cambié la ropa que no pensaba llevarme al otro dormitorio para que no le molestara ver mis cosas ni las que dejaba del pequeño, y las guardé en el vestidor. Que hiciera lo que quisiera. Allí puse las mías y las de mi pequeño. Y sus juguetes.

Dejé ropa para el día siguiente y saqué los billetes por internet.

Dejé mi despacho tal como estaba y solo me lleve mi pc.

Él se metió en el despacho y yo sabía que me miraba ir de un lado a otro, pero no quería hablar conmigo. Duché al pequeño cuando acabé de tenerlo todo listo y yo también, cenamos y lo acosté y revisé todo de nuevo. Nada teníamos que decirnos y me acosté en la habitación de invitados.

Afortunadamente teníamos el seguro de salud recientemente, renovado y hasta el año siguiente no haría uno para todos mis hijos. Allí en Boston buscaría un buen hospital y un ginecólogo que me llevara el embarazo.

Tenía que hacer muchas cosas en esos días antes de incorporarme al trabajo. Sobre todo casa y guardería. El resto podía esperar.

Cuando me levanté por la mañana, no sabía si se había levantado o no estaba en casa, pero nosotros desayunamos, dejé recogido y llamé a un taxi. Tomé las dos maletas, mi bolso grande con el pc y el cochecito del pequeño y nos fuimos a la estación del tren. Le dejé las llaves en la mesita de entrada, la tarjeta del banco, mi anillo de compromiso y la alianza, ¡a tomar por culo!- me dije y nada más.

Más de tres horas y media estuvimos viajando en tren. George no se enteraba, era pequeño, pero iba contento. Le gustaban los viajes, aún era pequeño, menos mal que había carritos y tomaría un taxi al llegar a Boston, hasta llegar al hotel, al que llegamos a las seis de la tarde, casi de noche y pedí que me subieran algo de comida.

Ya era tarde para salir, pero el domingo, preguntaría en recepción por guarderías, buscaría, el trabajo, que Kevin me dijo que el hotel estaba cerca y sobre todo el lunes, un apartamento.

La zona de noche me pareció buena, una calle concurrida, pero tranquila, de grandes avenidas a ambos lados.

No me llamó George. Se había quedado descansando y yo, cuando el pequeño se durmió, lloré hasta que me quedé dormida. Mi vida era como caracolas abandonadas en la playa. Así estaba mi corazón, dividido en trozos.

No era justo conmigo, no lo había sido, era su hijo, y era un terco y un cabrón por tratarme así, pero se iba a arrepentir, vaya si se iba a arrepentir. Yo, por las buenas, era muy buena, pero por las malas era mejor y si por una casualidad le perdonaba, pasaría él los mismos meses solo que yo. Para cabrón él, cabrona yo.

Al día siguiente, bajamos mi niño y yo a desayunar y lo monté en su silleta. Encontré el trabajo fácilmente y una guardería no muy lejos, pero claro, para ello tenía que tener un apartamento o un piso cerca también y pregunté en el hotel si había alguna inmobiliaria o si tenían información y me dejaron una tarjeta.

Y el lunes temprano, a primera hora, desayunamos y fui a la guardería, lo inscribí y dejé allí, a mi hijo, con el mismo horario que en Nueva York. Hasta las cinco, ya que salía a las cuatro, pero siempre podía demorarme o si salía antes recogerlo, que le dieran la comida y la merienda. Me costaba mucho más barato que en Nueva York. Al menos ahí ahorraría algo.

Y se quedó tranquilo porque ya estaba acostumbrado a eso, pero yo me fui con el alma en pena. Sufría mucho cuando lo dejaba. Y era un lugar nuevo y quedé en llamar a ver qué tal le iba, sin problemas por parte de la guardería.

Luego, llamé con urgencia al gestor inmobiliario que me dijeron en el hotel y le dije que era urgente y quedé con él al lado de la guardería.

Le expliqué que quería un piso o apartamento de tres habitaciones y un despacho, tampoco demasiado grande y en esta zona, al lado de la guardería y el trabajo, no más lejos y en menos de media hora estábamos viendo pisos.

Me enseñó uno que me encantó, al lado de la guardería. Con tres dormitorios, y un pequeño despacho, pero suficiente para mí. Era bonito, coqueto, no muy grande, pero limpio y los muebles, relativamente nuevos.

Era luminoso y daba a la avenida. En un décimo. Firmé allí mismo el contrato y me dieron las llaves, pague mi fianza y esa misma mañana, fui al hotel y me cambié, le hice una limpieza a fondo y una compra. No me dio tiempo a más. Tenía que recoger al pequeño.

Aunque necesitaba algunas cosas para el despacho, que era luminoso y con vistas a la avenida.

Tampoco iba a costarme mucho. Y el martes lo compre, más todo lo que me faltaba. Estábamos instalados y al día siguiente me incorporaba al trabajo, y no tenía noticias de George.

Tenía al menos ochenta mil dólares ahorrados después de las compras y pagar el piso, y un buen sueldo. No necesitaba a nadie. Ahorraría y entre la guardería y los gastos de comida y demás podía ahorrar casi mil quinientos dólares al mes o más.

Ahorraría todo cuanto pudiera. Tendría muchos gastos cuando nacieran mis gemelos o gemelas, no sabía el sexo todavía y compraría sólo lo imprescindible. Y también me llevaría comida al trabajo.

No necesitaba más para mí y para mis hijos. Era como si me hubiese muerto. Como si me pesara una losa de mil kilos. Era algo impensable. Estaba agotada moralmente y si mis padres lo

supieran, me harían volver. Sobre todo mi padre. Por eso no quería decirles nada hasta después de la prueba.

Mi vida había dado una vuelta en un fin de semana. Que me odiara el amor de mi vida, que me echara de casa con mi hijo y dos en el vientre, vomitando, Una vida nueva, una ciudad nueva y vivir sola con mi pequeño. Lo más seguro era que los bebés nacieran a mediados de marzo o un poco antes. Al ser gemelos. Nacían antes.

Seguí vomitando un mes más por las mañanas, pero luego cogía a mi hijo y nos íbamos, lo dejaba en la guardería y yo me iba al trabajo.

Cuando me incorporé de nuevo al trabajo en Boston, todo fue muy bien, los trabajadores de Boston, me acogieron mejor imposible y me adapté muy bien, ellos sabían que estaba embarazada y sabían también porque todo se sabe que era la mujer del jefe, y se imaginaban que estaba allí para controlar un poco el trabajo.

George por su parte, estaba dolido los primeros días y no quería vernos. Sin embargo se sintió como un hombre cruel echándonos de esa manera de su casa y conforme pasaban los días, me echaba de menos, mi risa, hacer el amor conmigo, las veces que más que suplicarle, le dije que eran suyos los hijos.

La inseguridad de que fuesen suyos. Su testarudez. Lloró en su casa a solas, una casa vacía. Recogió y guardó mis llaves y los anillos. Su vida se fue a pique y tenía que trabajar y viajar y me echaba mucho de menos como yo a él, pero yo estaba sola.

A veces estuvo a punto de llamarme y perdonarme, como si me tuviese que perdonarme algo, o yo pedirle perdón por tener a sus gemelos dentro de mi cuerpo, aunque los hijos no fuesen suyos, me amaba, pero sabía que yo no iba a ceder.

Consultó de nuevo los tres médicos y le dijeron que esa mínima posibilidad sería un milagro, pero que podía existir y aun así, seguía testarudo y terco, inamovible y celoso. Eso lo supe por Kevin que de vez en cuando me ponía al tanto y era el único que venía a Boston cuando era necesario. George nunca quiso venir, como si yo fuese una apestada.

Sus padres se enfadaron con él, sobre todo su madre, le indicó que así no podía actuar conmigo, más si vomitaba por las mañanas, su padre dejó de hablarle y estaba cabreado, que si pobrecita sola con tres hijos, que se iba a arrepentir, pero ni eso hizo que tomara el teléfono para llamarme o al pequeño, o viniera a verme.

No me llamó George el mes siguiente. Ni su familia. Seguía en sus trece, infeliz. Sí que me llamaba Kevin y hablábamos del trabajo y de cómo me encontraba, le dije que estupendamente, le di mi dirección nueva y le dije que me gustaba mucho Boston.

Me dijo que cuando llegara el verdadero invierno, no me gustaría tanto. Pero a mí el frío me gustaba.

Me llevaba comida al trabajo, que hacía por las noches y mi hijo y yo, llegamos a una bonita rutina.

Los fines de semana, limpiaba el sábado temprano e íbamos a la compra y luego salíamos, comíamos fuera e íbamos al parque. Se echaba su siesta y por la tarde jugaba con sus juguetes nuevos que comprábamos o veía en la tele dibujos animados, mientras yo trabajaba en el despacho un rato y luego me tumbaba con él en el sofá y lo abrazaba y jugábamos. Y ese primer mes ahorré mil setecientos dólares y me encontraba más animada.

Cuando tenía más de cuatro meses de embarazo y el vientre se me notaba ya, y las náuseas se

me habían pasado, me enteré en la siguiente visita del ginecólogo, porque tuve que buscarme uno nuevo allí y un hospital donde tenerlos, de que iba a tener dos niñas. Dos gemelas.

Una estaba seguro de que se llamaría igual que mi madre, Grace, aunque en España sería Gracia, pero me pareció más bonito en inglés. Tendría que buscar otro nombre para la otra gemela.

Tuve dos conversaciones esa misma semana y terminé agotada moralmente. Por un lado, hable con Kevin. Fue a Boston por trabajo, desde luego no iba a ir George. Yo me alegré mucho de verlo Me llamó al despacho y me senté frente a él.

-Hola Rocío ¿cómo estás? Ya te veo gordita.- Y nos abrazamos como siempre.

-Sí- y me reí- Mejor, ya se me han pasado las náuseas, voy a tener dos niñas. Me enteré ayer. Y en cuanto al trabajo, la verdad aquí estoy muy contenta. En cualquier sitio lo he estado, la empresa es fenomenal- y lo vi reírse.

-Rocío...

-Dime Kevin...

-¿Son de verdad de George?

-Los tres. Te lo dije ya en Nueva York. Y lo comprobará cuando dé a luz en Marzo. Bueno, mientras hacen las pruebas, lo sabrá más tarde. Y será tarde para él. Se arrepentirá de su indiferencia y de lo que nos ha hecho.

-He hablado con él ¿sabes?

-No atiende a razones. Me ha defraudado. Tengo la sensación de que cree que quiero su dinero. No es eso. Ni siquiera le pido para George. No quiero nada salvo mi sueldo y mi trabajo. Lo necesito para vivir y para mis hijos que son suyos, aunque no se lo crea. Debería consultar de nuevo a esos médicos.

-Lo ha hecho.

-Bien.

-Le han dicho que sería un milagro, pero que existen.

-Pues en este caso lo son.

-Cree que son de tu vecino, que te quedaste embarazada allí.

-De mi vecino, ¿de qué vecino?

-Uno que es tu amigo. Lo vio una vez contigo.

-¿De Miguel Ángel?, pero si está saliendo con una chica y se iba a casar. Esto es una locura. Se ha vuelto loco de remate y ahora sí que necesita un psicólogo.

-Está derrotado.

-No me importa cómo esté esta vez, te lo digo en serio Kevin. Tengo un hijo y dos en camino, ¿crees que me importan sus malditos celos tal como estoy? ¡Mírame! Me echó de su casa sola con nuestro hijo, vomitando como un perro y no me dirigió la palabra. No ha llamado ni una sola vez, ni para ver cómo está su hijo. Me hizo creer que quería su dinero. Me vine en su busca desde España, lo sabes bien y estoy aquí sola en una ciudad que no conozco. Deje mi vida en mi país por él y por mi hijo. No se lo he dicho ni a mis padres porque si lo hubiese hecho ya estaría en Sevilla. No voy a perdonarle nada, nunca. Son sus hijos. Y no se lo voy a perdonar.

-Joder, joder, Rocío, si es cierto...

-Es cierto. George era el amor de mi vida. Yo jamás le sería infiel y te lo voy a contar a ti, porque no tengo a nadie más, pero no me he acostado con nadie más en mi vida. Era virgen cuando lo conocí, así que ¿cómo amándolo tanto iba a estar con otro? Confiaba en él y nunca pensé jamás que me tirara como un perro. Pero lo que ha hecho.

-Joder Rocío. Te creo, pero es un testarudo, te ama demasiado.

-Me amaba, ahora ya no, eso no es amar, podría haber esperado, pero no pienso hacer la prueba hasta que nazcan. Es más, no pienso pedir ninguna prueba, que la pida él si la necesita. Si no la pide, siempre le quedará la duda. No quiero su dinero. Me apaño bien y seguiré haciéndolo con los tres. Hay riesgo de les pase algo si hago la prueba antes y no me voy a arriesgar. Son mis gemelas y las tuyas. Y mientras yo las tenga, no les pasará nada. ¿Y sabes qué debería hacer cuando sepa que son tuyas? Llévamelos a España y que no los viera. Si fuese tan cruel como él es con nosotros.

-¡Qué terco! Maldita sea...

-Quería hijos, ahora tiene 3 y no los quiere. -Y me entró una emoción que solté unas lágrimas. Estaba vulnerable, sola y abandonada por mi marido.

-No llores Rocío. - Me cogió las manos- Yo te apoyo, aunque es mi socio y mi amigo. Intentaré convencerlo, pero ahora quiere ir él a España

-Te juro que no me importa. Estoy cansada agotada, sin apoyos. En el momento en que entré con George por la puerta aquél día que vinimos del ginecólogo, y mi hijo le dijo papá al salir de la guardería, y ni lo miro a la cara, sentí una puñalada en el pecho y ganas de matarlo. Ahí, en ese momento ya no significó lo mismo para mí. No era el hombre del que me enamore. Era otro y se me cayó la careta.

-En fin. Yo también creo que son sus hijos, no puedo creer lo que él piensa de ti.

-Gracias Kevin.

-Si necesitas algo, ya sabes. Ahora trabajas conmigo, cualquier cosa que necesites, ya sabes, y no del trabajo, de lo que sea.

-Gracias de nuevo.

Y ese día le agradecí a Kevin que confiara en mí, pero yo sabía que a él no iba a convencerlo.

Por la tarde me llamaron por teléfono. Yo pensé por un momento que era George, pero ese era un testarudo y esa faceta suya, no la conocí hasta ahora. Era su madre. Rose.

-¡Hola Rocío!, ¿puedo hablar contigo?

-Claro Rose, dígame- y mi hijo se puso al teléfono a oír a la abuela.

-¡Hola abuela!-

-¡Hola precioso!, ¿cómo está mi nieto favorito?

-Bien.

-George, no sabe que he llamado. Fue a casa el fin de semana y nos lo contó todo, pero no me lo creo. No creo que George no sea hijo suyo, ni que nos hayas engañado ni a él tampoco. Es mi hijo, pero creo que está siendo injusto con vosotros. Su padre, no le habla. Está enfadado con él por cómo está llevando el tema.

-Gracias Rose. Es su hijo, se lo aseguro y las niñas también, y además cuando dé a luz, se harán todos las pruebas de ADN y se va a arrepentir de lo que ha hecho.

-¿Cómo te encuentras?

-Mejor. Ahora empiezo a estar bien. A mis padres no les he dicho nada, si no, me hubiesen obligado a volver y quizá fuese lo mejor. Quizá lo piense. Lo malo es que no tengo trabajo allí, pero siempre puedo pedirle a Kevin que me mande a la oficina como antes. Pero he preferido que me mande a Boston antes, hasta las pruebas. Si me voy, será cuando haga la prueba de ADN.

-¿Sabes que van a ser?

-Dos Niñas.

-¡Dios mío qué maravilla!

-Y son de su hijo. No sé si es un milagro o qué pero no me he acostado en mi vida nada más que con un hombre y ese es su hijo. Y en mi familia hay muchos primos y tíos gemelos.

-Te creo, Rocío.

-Créame. Él se va a sorprender más cuando pida las pruebas, porque no pienso pedir las yo. Pero ya no será igual entre nosotros.

-Intento convencerlo hija. Es un testarudo, ten paciencia, ya verás que todo se arreglará entre vosotros y aunque ahora no quiere hablar del tema, conozco a mi hijo y se le pasará. Y sé que os amáis a pesar de este tropiezo por su culpa.

-Lo entiendo, pero debería confiar en mí. He dejado de sentir... tengo un vacío- y me eché a llorar y la pobre mujer me consoló.

-No te preocupes, yo te ayudaré, iré a ver a mi pequeño algún fin de semana y a ayudarte en todo, cuando compres lo de las gemelas. Cuenta conmigo y tienes mi teléfono. Cualquier cosa me llamas.

-Gracias Rose. Se lo agradezco en el alma.

-Te creo, son mis nietos y estaré a tu lado siempre que me necesites, no lo dudes- bueno, tengo que dejarte ya. Ya lo sabes. Cualquier cosa me llamas.

-Gracias Rose.

-Si necesitas dinero, Rocío...

-No, gracias, se lo agradezco, tengo ahorrado y un buen sueldo.

-De todas formas te ayudaré a comprar las cosas a las pequeñas cuando vaya.

-Gracias pero no hace falta.

-A mí sí me hace falta. Te llamo.

Y Rose me llamaba todos los días por la noche y hablaba con su nieto y me visitaba al menos una vez al mes, se quedaba una noche del fin de semana y se iba de vuelta. Esto lo hizo los siguientes meses.

Por lo que me enteré George fue a España durante dos meses y medio. Yo ya estaba de siete meses y medio y el ginecólogo me dijo que quizá tuviera el parto antes de lo previsto, quizá a primeros de Marzo.

Nunca entendí su comportamiento. Me dolía en el alma. Pensaba que se acostaba con otras mujeres y eso me mataba. Sufrí mucho y tuve que ahorrar todo lo que pude, pero en Boston, me sentía bien, mi hijo era feliz. A pesar del frío.

Cumpliría tres años unos meses más tarde de que sus hermanas nacieran. Y nos acostumbramos a estar solos. A veces preguntaba por papá y yo le decía que estaba lejos trabajando y que cualquier día volvería.

Cuando me llamó una mañana Kevin, le dije que quizá se adelantara el parto, para que estuviera preparado. Me tomaría los meses de maternidad. En total cuatro meses. Y Kevin me dio el visto bueno. Probablemente volvería en verano, de nuevo en Julio y si juntaba mis vacaciones en agosto, según mis cuentas. Mi seguro lo cubría.

Un fin de semana de mediados de febrero, llamé a Rose y vino a Boston y compramos todo lo de las pequeñas. Dejamos el cuarto precioso. No tengo que decir que ella pagó más de la mitad y yo se lo agradecí.

Por eso iba a ponerle a mi otra gemela Rose, los nombres de sus dos abuelas. Y cuando se lo dije, se emocionó y nos abrazamos. Y tuvo la seguridad de que eran sus nietos todos.

Salíamos los fines de semana mi hijo y yo al parque y nos tomábamos una hamburguesa- yo le decía que o papá estaba de viaje y vendría pronto, porque preguntaba por él a todas horas. De estar juntos siempre, a no tenerlo ahora, mi pequeño, lo echaba de menos.

Eché de menos a George y lloraba a menudo impotente por su culpa. El hombre generoso y bueno que yo había conocido, había cambiado. No era ni siquiera amable conmigo. Ni un mensaje, ni una llamada.

Contraté en una agencia una chica, a finales de febrero, tenía que hacerlo para cuando tuviese el parto, al menos tenerla los cuatro o cinco meses interna hasta recuperarme, y que tuviera confianza con George y llevaba medio mes con nosotros cuando me puse de parto el cinco de marzo. Y me cogió trabajando.

Llamé a Victoria y a Kevin para que lo supieran. Y la chica que había contratado se vino al hospital conmigo, hasta que George saliera de la guardería.

Tardé cinco horas en que nacieran mis pequeñas desde que llegué al hospital, porque no quería cesárea. Quería un parto natural y el ginecólogo hizo todo cuanto pudo.

Pero al ver a mis niñas rubias de ojos azules, supe que todos mis hijos eran igual que su padre y que este, se estaba perdiendo a su familia. Y lloré como una niña mientras me limpiaban y vestían. La chica tuvo que irse con George a casa y vendría al día siguiente al hospital cuando dejase a mi pequeño a la guardería.

Cuando estuve en la habitación, algo incómoda con los puntos, me trajeron a las pequeñas. A ellas no pude darles el pecho.

Y allí estaban Kevin y Rose. Kevin la había traído. Y yo estaba tan emocionada... la chica tenía que cuidar a George y yo estaba sola en el hospital, si no es por ellos...

Kevin tomó a una de las pequeñas y Rose a otra. Les puse sus nombres y Kevin dijo:

-Son iguales que George todos.

-Sí, lo sé- dije con cierta melancolía.

-Mi hijo es un terco de cuidado. Son preciosas. Dos muñequitas.

A los cuatro días estaba en casa, Kevin de nuevo y Victoria fueron a por mí al hospital y me dejaron en casa, con la chica, y como mi pequeño George se quedaba en la guardería, teníamos mucho tiempo para cuidarlas y estar con ellas.

Me tomé mi maternidad hasta agosto, contando las vacaciones y cuando me encontré bien al mes de tener a mis hijas, hablé con el cura de la iglesia y los bauticé a los tres. Fuimos, la chica que me ayudaba Angélica y yo.

Una mañana, al mes y medio de nacer mis hijas, mientras Angélica se quedaba con las pequeñas y George estaba en la guardería, recibí un mensaje en el móvil, el primero en meses de George para hacer las pruebas de ADN cuando me viniera bien.

Era la primera vez que se dirigía a mí. Bien ya era hora. Ahora veríamos. Le devolví el mensaje, que dijera, día, hora y lugar, si quería, y de ser así, correría de su cuenta. Yo no iba a pagar por lo que sabía con certeza.

Y al día siguiente, me llegó un mensaje de George, cita el viernes en el hospital donde tuve a las pequeñas, porque de ninguna manera iba a ir a Nueva York a hacerle un favor a él. A las once de la mañana. Contesté un OK simplemente.

CAPÍTULO SIETE

Y allí fuimos Angélica, la chica que me los cuidaba, y mis tres hijos y allí lo vi, inseguro, serio, porque si era él, el que pedía la prueba, debía estar muy inseguro y lo vi nervioso y alterado y me miraba, pero yo evadía su mirada y miré su mano izquierda y llevaba la alianza, no se la había quitado.

Miró a los niños y George, mi hijo se fue hacia él y lo abrazó y le dijo papá, pero pronto la enfermera y el médico los fue llamando por turnos.

Terminamos, me acerqué a él y le dije después de meses sin hablarnos:

-He dado orden de que tú recojas las cartas personalmente y pagues esto. Porque yo estoy

totalmente segura. Te arrepentirás de esto.

-Yo lo pagaré, me dijo con tristeza como arrepentido.- Y me fui con mis hijos.

Yo también recibiría por correo una copia para mí. Y seguí con mi vida con los niños y me recuperé del todo y estaba tan ocupada con tanto niño...

Y al mes me vino la copia que el hospital me había mandado a mí.

Eran hijos suyos. Mis hijas ya tenían dos meses y medio y George casi tres años.

Tuve que decirle a la chica que en cuanto entrara a trabajar en tres meses tenía que dejarla, no podía con mi sueldo pagar tres guarderías y una chica. O quizá la dejara y pagar solo la guardería de George, ya se lo diría en su momento.

Ya me las apañaría yo, porque con el sueldo no me daba para tanta familia, iba justa y no quería sacar mucho de los ahorros, pero me apañaba muy bien. No necesitaba tanto lujo y Rose, me compraba muchas cosas para los tres y me las enviaba o venía algún fin de semana. Fue la primera que llamé y se lo dije.

-Yo lo sabía hija. Mi hijo te buscará lo sé. Aún no he hablado con él, pero si te han mandado la carta, seguro que ya lo sabe también.

-Yo también sabía que vendría con la cabeza agachada y lo esperaba en cualquier momento.

Y no me equivoqué, vino esa misma mañana.

-¡Hola Rocío! ¿Puedo pasar? Y miró la casa.

-Pasa, ¿quieres un café?

-Sí, gracias.

Y le puse un café y lo invité a tomarlo en el salón donde tenía el intercomunicador de las pequeñas, porque la chica había ido a la compra y a la farmacia.

-Rocío...

-Dime George.

-Lo siento, lo siento mucho. Siento no haberte creído. Lo he pasado muy mal. Siento tanto lo que te he hecho...

-Lo siento por ti. Yo he estado encantada de la vida, como ves.

-No seas sarcástica.

-No lo soy. ¿Te has acostado con alguna mujer?

-¿Por qué me preguntas eso?

-Porque aún estamos casados y me prometiste fidelidad y como verás, yo lo he sido.

-Rocío...

-Eso significa que sí, que además de ser infiel, eres un maldito que no me ha creído.

-No, me he acostado con nadie.

-Bueno ¿y qué quieres?

-Ver a mis hijos.

-¡Ah! son tus hijos porque te has creído un papel antes que a tu mujer.

-Sabes por qué no lo creí.

-Bueno. Verás a tus hijos un fin de semana sí y otro no, como estipula la ley y quiero la manutención que les corresponde como hijos tuyos, no más. Ni un dólar más.

-Esa la tendrán. Son mis hijos.

-Está bien, empezamos la semana que viene si quieres. A las cinco el viernes y los traes a las seis el domingo. Te prepararé la ropa y tiene que venir como va, limpia. Y una nota con las instrucciones de comida y reglas y normas de sueño, salidas y demás. El problema es cómo te las apañarás ya que vivimos en ciudades distintas.

-Puedes volver a Nueva York.

-Tengo aquí mi casa, la guardaría de George. ¿Otro cambio?

-Pero ¿y nosotros?

-Nosotros no tenemos nada, George, ¿crees que me queda algún sentimiento después de verte despreciar a mi hijo que es tuyo, y de abandonarme vomitando y serte indiferente durante meses?

-Estamos casados aún.

-No tengo prisa en divorciarme ni en separarme, ni quiero. Así te quedas tranquilo en tener que pagarme nada. Pero si no te has acostado con nadie, tienes carta blanca desde ya para hacerlo. Yo también lo haré. Y ya no tenemos nada más que hablar, las niñas tienen un seguro de salud, acabo de sacarlo.

-Te lo pagaré todo y lo atrasado también.

-No hace falta, ya está pagado, pero si quieres, tú se los pagas un año y yo otro.

-Rocío...

-Dime George...

-Te amo, te sigo amando a pesar de mi testardez. No sabes lo que me arrepiento y lo celoso que he estado.

-Yo, ahora no puedo George hablar de nada de eso, mis prioridades son mis hijos que son tuyos.

-Dios, Rocío, no vas perdonarme nunca.

-No por ahora, no me lo pidas. He estado sola, me vine aquí en tu busca, para ser felices, porque te amaba, deje mi tierra y a mi familia y he parido sola a mis hijos ¿y crees que voy a perdonarte así como así? De momento no puedo.

-Está bien, esperaré lo que haga falta. Pero vuelve a Nueva York, sería más fácil para ambos, para los pequeños, evitar viajes. Solo por ellos. Te buscaré un apartamento al lado del mío, si no quieres volver a casa. Nos llevaremos todo lo que es tuyo. Alquilaré un gran coche y te volverás allí. No puedo estar yendo y viniendo sin casa y a ti te da igual vivir allí que aquí.

-Me lo pensaré, pero solo por los pequeños.

Está bien, cuando me vaya, me pongo a ello y vengo a por vosotros.

-Como quieras-Seguirás en el puesto que tenías cuando te incorpores.

-Con Kevin.

-Con Kevin si quieres.

-Quiero.

-Está bien, Rocío. Gracias, por al menos venirte.

-Haz lo que quieras. Me iré, pero por ellos. Pero no debería hacerte ningún favor, no te lo mereces... Y George no dijo nada, pero al menos había conseguido que se volvieran cerca de él, así le resultaría más fácil y me tendría cerca. Me amaba, como después supe, como siempre, pero yo en ese tiempo era la terca. Estaba herida y con razón.

-¿Cómo se llaman?- me preguntó.

-Grace y Rose.

-Rose como mi madre.

-Sí, es la única que creyó en mí, junto con Kevin y han estado conmigo en todo momento y me han ayudado y el otro nombre Grace por mi madre. Ven, las verás y George está en la guardería.

-Esa es Rose y esa es Grace y él las miró y lloró, pero a mi sus lágrimas no me hicieron efecto alguno. No me conmovieron en absoluto. Me había vuelto dura.

Las besó. Y salió de la habitación. George miraba la casa. Y sabía que con los tres niños, una mujer que tuve interna, se había enterado por Kevin y la guardaría de George, el sueldo me

llegaba... si me llegaba. Y sufrió por ello.

Al día siguiente, era día veinte de mayo, y él me ingresó lo que le estipuló el abogado. Yo le había dicho que ni un dólar más, pero él me ingresó el dinero de la casa donde vivían sus hijos desde que me fui, la guardería de su hijo también desde que me fui y la manutención de cada uno, desde que nacieron. Y lo que estipuló que se había gastado en las cosas de sus hijas desde que se fue.

Y yo cuando miré la cuenta supo de qué era cada partida, venía especificado. De momento si quería pagarlo todo, allá él. No tenía ganas de discutir. Me dio pena verlo y lo amaba, pero no podía perdonarlo. A él yo nunca le di pena cuando estaba embarazada.

En menos de dos semanas, me encontraba de nuevo en Nueva York.

Encontró un apartamento en su misma planta, hizo que lo pintaran y entre su madre y él contrataron una empresa para limpiarlo y llenar la nevera y dejar espacio para las gemelas. Ni que decir que el apartamento era como el de él y era precioso. Cuando coloqué mi despacho y la habitación de las pequeñas, estaba mortalmente agotada, con tanto cambio. Menos mal que no tenía que trabajar y me quedaba aún dos meses para volver a trabajar.

Contraté a otra chica, para que me ayudara, porque lo necesitaba.

Mónica y nos adaptamos ese tiempo, si él me seguía pasando la manutención, no llevaría a las gemelas a la guardería de momento. Me llevaría a George a la guardería y dejaría a las pequeñas con Mónica.

Ella me ayudaría con las pequeñas y la casa y entre las dos nos apañaríamos. Cuando las pequeñas tuvieran un año, y ya pudiesen andar solas, entonces, ya no la tendría interna, pero seguiría con ella. Y estuvo de acuerdo y así seguimos. Si no había cambios, claro. Y le daría el fin de semana que su padre se llevara los niños, libre.

Estaba moralmente agotada y esos dos meses que faltaban para entrar a trabajar, los fines de semana que su padre se los llevara, que sabía con seguridad que su madre estaría con ellos y por eso estaba tranquila, iba a descansar y a salir fuera. Era joven y necesitaba sentirme bien. Descansaría y saldría por ahí.

Intenté hacer una lista de cosas que hacían los niños los fines de semana y la comida y de todo y cuando el viernes él vino con su madre a por los niños, saludé a Rose y le di las bolsas de cada uno, con la ropa y juguetes a George. Al que ya le había dicho que se iría con su papá y la abuela el fin de semana y estaba contento.

Le di la libreta de instrucciones y se fueron.

Más tarde, me enteré que esos fines de semana iban a casa de la madre de él y George se quedaba allí. Su madre me lo dijo.

Y yo aprovechaba para leer, le daba el fin de semana libre a Mónica, ponía la casa en orden, hacer coladas y compras suficientes, salir a pasear sola y leer y más adelante saldría a tomar unas copas de noche. Ahora era pronto.

Por la tarde, el sábado estaba rendida en el sofá, pero tenía la casa súper limpia y me llamó Kevin.

-¡Hola guapa española!, ¿Qué haces?

-Tumbada en el sofá. El papá hace de papá este fin de semana. Así, aprovecho para disfrutar un poco mi soledad. Le he dado libre a la chica. Iba a despedirla, pero la dejaré.

-Te invito a una copa

-¿En serio jefe?

-Claro mujer no sales desde hace...

-Años.

-Pues venga, en media hora paso a recogerte. Vamos a cenar y a tomar algo y charlamos.- Y me imaginé que quería convencerme de que perdonara a Georg

-Está bien. Me apetece.

Me vestí divina de la muerte. Encontré un vestido que al menos me entraba. Aún mi cuerpo estaba volviendo a la normalidad o tendría que volver tras el parto, pero había algo que me entraba, no pensaba gastar dinero en ropa de momento, aunque había recibido una buena cantidad de George por lo de los niños.

Cuando vino a recogerme Kevin, ya estaba lista.

-¡Qué guapo jefe!, ¿seguro que no quieres salir con chicas por ahí?

-Bueno, me apetecía tener una conversación seria. No estoy esta noche para tonterías.

-Bueno, cierro y nos vamos.

-Venga.

-Oye Kevin...

-Dime guapa.

-¿Tú no estabas saliendo con una chica?

-Estaba, tú lo has dicho, pero no cuajó- me dijo abriendo las manos.

-Vaya, ¡qué mala suerte! Bueno, dónde vamos

-Déjate llevar, voy a llevarte a un restaurante bonito.

-¿Muy lejos?

-No vamos a ir andando a todos lados.

-Me encanta pasear, lo prefiero. No quiero irme muy lejos.

Y tras andar un cuarto de hora, llegamos.

-¡Ah, qué bonito por fuera!

-Por dentro más, ya verás. Tiene de todo.

-¿En serio?- dije ilusionada, porque hacía meses que no iba a ningún lado sin niños.

-Sí.

Y entramos y nos acomodaron en un rinconcito íntimo.

-¡Uy qué íntimo es esto!- Dije con ironía.

-Sí.- Dijo Kevin riéndose.- Bueno qué pedimos- mientras mirábamos al carta.

-¿Tú qué vas a pedir?, - le dije.

-Una brocheta de salmón ahumado, ensalada de arroz y ya veré de postre.

-Ah, pues eso me apetece.

-Pues pidamos eso, está muy bueno aquí, las brochetas son grandes, de pescado, salmón y gambas.

-¡Qué bueno!

Y Kevin pidió al camarero un vino blanco.

-Bueno ¿cómo va todo?

-Ya te has enterado... -Le dije mientras pedíamos.

-Sí, vino con la carta del hospital y la cabeza gacha. Mira que era testarudo. Yo le dije que confiaba en ti, que había hablado contigo. Me alegro porque no podía tener familia y tiene tres hijos, pero...

-Si vas a decirme que está triste y arrepentido...

-Lo está. No puedo decirte otra cosa. Ha estado fatal desde que se enteró de que iba a ser padre de nuevo. Es difícil comprenderlo.

-Pero yo nunca le sería infiel, lo amaba, más que a nadie. Me vine por él dejando todo, tú lo sabes mejor que nadie.

-¿Y no crees que es mejor que tu familia esté unida?

-¿Y lo que me ha hecho? Lo pudo haber pensado antes.

-Mira Rocío, aunque no te acuestes con él, siempre será mejor volver a casa con él y cuidar a vuestros hijos juntos. Me ha dicho que no quieres divorciarte ni separarse. Él tampoco. Te ama.

-No, solo quiero que pague lo justo para sus hijos, ahora mismo, no puedo.

-Eso ya te hace ser una persona auténtica, pero ¿y los niños?

-Él no pensó en ellos

-Pero tú no eres él, y debes pensar en tus hijos. Sobre todo en el mayor que necesita a su padre. Es vulnerable y si ¿se acuesta con otra?

-¿Es que sabes algo?- le dije con algo de miedo.

-No, no se ha acostado con nadie, pero si lo hace lo vuestro ya no tendrá vuelta atrás. Perdónale. Y ponte en su lugar.

-Pero él no se puso en el mío y he sufrido mucho. Los niños, los tiene al lado cuando quiera verlos, puede hacerlo, pero de momento no puedo ir con él, lo siento Kevin. No me sale del alma. No me sale irme a vivir con un hombre que me ha hecho eso. Está perdonado porque sé por lo que ha pasado. Si se acuesta con otra, me los llevaré a España, yo no pienso acostarme con otro, si no puede esperar a que yo esté bien, es su problema. Yo he esperado. Y necesito unos meses, como mínimo los que no se puso en contacto conmigo.

-Pero eso son ocho meses Rocío.

-Si yo pude, él también podrá.

-¿Te estás vengando?

-Llámalo como quieras. Fue una promesa que hice.

-Te lo compensará, esos meses, no lo dudes, te ama, a pesar de todo e imagina que fuese cierto lo que él pensaba, te sigue amando Rocío.

-No sé, tengo ganas de darle una buena paliza.

-Mujer ya le dieron una buena. Y lo ha llevado a esto.

-Sabes a lo que me refiero, además no me ha pedido vivir juntos con los chicos.

-Lo hará, me lo ha dicho, por eso te aviso. Tenéis casa y él se hará cargo de todo como siempre ha hecho, tiene dinero suficiente para su familia.

-No es por el dinero. Y acabo de cambiarme. No pienso hacer más cambios.

-Pero pagar dos casas y dos chicas y tú sola para cuidar a los tres niños... él contrata a una chica para ayudarte. No seas terca tú ahora. Si empezáis uno y después otro, cuando vayáis a ser una familia, vais a tener cincuenta años. Piensa en tus hijos, solo en ellos, los primeros años de la vida de los niños, es muy importante para su educación y todos quieren que sus padres sean felices.

-Solo hay una habitación más en su casa y es para las chicas, la otra es para la chica interna que tengo ¿dónde voy a dormir?

-Puedes dormir en la de invitados y la chica con las pequeñas en una camita. O en la de juegos. La casa es grande. ¿No puedes hacer un esfuerzo?

-No sé Kevin, no lo había visto así, estoy encerrada en mi desprecio y mi odio hacía él, en el daño que me ha hecho, y no veo más allá.

-Pues mira por tus hijos. Ya verás. Es un buen padre, lo ha sido con George y verte con tu

vecino...

-¡Cómo me gustaría sacarle los ojos!

-Mujer ¡qué malvada!, dale una oportunidad, si ves que no funciona, siempre puedes volver a otra casa con los niños.

-Lo pensaré, pero solo por ellos.

Luego fuimos a tomar una copa y salir con Kevin, me hizo sentir aliviada, liberada y muy bien, hacía tiempo que no salía desde que fui a Sevilla y lo necesitaba y Kevin era un tipo valioso, si no hubiese conocido antes al terco de George, seguro que Kevin hubiera sido alguien importante en mi vida, porque era una persona que razonaba, no era tan impulsiva como George ni tan testaruda.

Pero ya era tarde, había conocido a mi hombre y tuve miedo de lo que le dijo Kevin, si se acostaba con otra o se enamoraba de otra y yo, qué haría con mis tres hijos sola. Que lo amaba eso lo sabía, pero... Dios ¡qué difícil era la vida!

Ni siquiera mis padres sabían aquello ni lo mal que lo pasé. Creían que estábamos juntos casados y felices.

La cena con Kevin, me hizo ver las cosas de otra manera y mirar si yo tenía la capacidad de perdonarlo. Desde luego si se hubiese acostado con otra no habría perdón que valga.

Pensé el domingo en todo cuanto me dijo Kevin y quizá lo intentara. Sabía que George era un buen hombre, de no ser así se había buscado otra, pero no era de esos. Lo suyo habían sido celos, incredulidad.

Cuando él solo, trajo a los niños el domingo por la tarde...

-Están bañados y comidos y tienen el pijama puesto todos.

-Gracias, ¿quieres cenar?

-¿Me invitas a cenar?

-Sí, si quieres...

-Está bien, te ayudo a acostar a los pequeños. -George, lo traía en el hombro y las gemelas en las sillitas.

Cuando terminamos de acostarlos, los besamos y yo puse la mesa en el salón.

-¿Cómo se han portado?

-Muy bien, me las he apañado bien, claro con la ayuda de mi madre.

-Bien.

-Rocío...

-Dime.- Yo ya sabía qué iba a proponerme porque Kevin me había puesto en antecedentes.

-Quiero proponerte algo. Ya sé que no vas a perdonarme durante mucho tiempo y que no me lo merezco, y que acabamos de poner un apartamento al lado, pero quiero que nuestra familia, nuestros hijos. -Y lo miré directamente a los ojos reprochándosele, a veces no podía contenerme- vivan juntos con nosotros.

-¿Y eso cómo sería?

-Vuelve a casa, nos llevaremos la habitación de las pequeñas y el despacho de nuevo. Dejaré la habitación de invitados despejada para ti. Y las gemelas pueden dormir con la chica en la de juegos, aún son pequeñas. Podemos comprar un sofá cama para ella. Los juegos de George pueden ir a su habitación. Yo me ocuparé de pagarle a la chica y de los gastos como siempre. Es una tontería pagar dos casas. ¿Lo pensarás?

-Sí.

-¿En serio lo pensarás?

-No, te digo que sí, que acepto, por nuestros hijos nada más.
-¿Sí vuelves a casa con los pequeños?- y vi la felicidad en su cara.
-Vuelvo a casa, pero no a ti.
-Te prometo que nos llevaremos bien por ellos. ¿Cuándo quieres volver?
-Cuando tengas listas las habitaciones y me ayudes a llevar todo esto.
-¡Dios no me lo esperaba!
-Lo había pensado. Ayer salí con Kevin a cenar y a tomar una copa.
-¿Saliste con Kevin?
-Sí, me invitó y me habló de esto que ibas a proponerme y lo he estado pensando.
-Gracias Rocío, eres una buena mujer
-¿Ahora lo soy?- mientras comíamos.
-Siempre lo has sido, el que no lo ha sido un buen hombre para ti, he sido yo y no habrá día en que no me arrepienta de no haber visto a mis hijas nacer y no haber creído en ti. Estoy contento de tener hijos. No creí poder tener ninguno y ahora tengo tres con el amor de mi vida.
-No quiero que me digas eso. No es cierto, de ser así, hubieras confiado en mí y no creer que te hubiera sido infiel. Ahora, para mí, ya no es lo mismo.
-Lo entiendo. Lucharé para que sea como antes. Te lo juro. Lucharé por ti
Y yo no dije nada.
Cuando terminamos de cenar, él me dijo que intentaría que estuviéramos en casa lo antes posible. Se encargaría de nuestra casa y estaríamos en la suya con todo.

Y otra vez de mudanza. Para el jueves, estaba todo listo y estábamos en casa de nuevo. Otra vez tenía mi despacho y ahora preferiría no tener esa puerta comunicante para no verlo y verlo, porque por un lado quería perdonarlo y por otro darle un par de puñetazos por el daño que nos había hecho a los niños y a mí, en concreto a mí, porque los pequeños eran pequeños y no se enteraban de nada.

La que se alegró mucho fue mi suegra y me dio las gracias y me dijo que ojalá lo perdonara y fuéramos felices con nuestros hijos como antes.

George, seguía teniendo a la mujer que nos limpiaba la casa y yo me llevé a Mónica con las pequeñas y para que pudiera llevar al niño al colegio. Hasta que yo empezase a trabajar.

Volvimos a que comiera en la guardería todo el tiempo y él se ocupara de los gastos. Y yo lo dejaba hacer como su madre me dijo.

El jueves por la tarde, todo estaba listo. Toda la casa ocupada y mis cosas en la habitación de invitados frente a la suya. No me había mudado tanto en la vida de casa.

Los dos meses siguientes que me quedaban para volver al trabajo, entramos en una rutina normalizada. También estaba interna Mónica y sólo podíamos hablar solos los fines de semana que le dejábamos libre.

El resto, de la semana, al estar la chica, a él lo cortaba un poco, pero cuando el viernes dejaba a los chicos bañados y en la cama, se iba hasta el lunes temprano y George intentaba acercarse a mí hablando en la cena, pero yo dirigía las conversaciones al trabajo y a los niños, que tenía de volver e incorporarme aunque me iba a dar pena del primer tiempo vivido con mis niños.

Con ellos, se comportaba como un padre fabuloso y los sacábamos los fines de semana al parque o de paseo, a comer.

Yo iba siempre cargada con un gran bolso con las cosas de todos y cuando lo miraba jugar con ellos en el parque me daba rabia aún verlo.

Lo quería y lo odiaba en la misma medida, me costaba perdonarlo por mucho que Kevin me dijera que me pusiera en su lugar cuando él nunca se había puesto en el mío y era el peor lugar, estar sola y no ayudarme ni llamarme por si necesitaba algo.

Y francamente había momentos en los que pensaba que si se iba con otra, tenía la justificación necesaria para no perdonarlo jamás y volver a mi Sevilla con mis niños. Y me encontraba en una encrucijada en la que seguía sufriendo de cualquier manera. Necesitaba tiempo.

Una de esas noches antes de ir a trabajar, estaba leyendo en el sofá cuando los pequeños estaban acostados, no tenía muchas ganas, porque estaba agotada y el libro se me caía de las manos. Un par de veces fue a dar al suelo. George que estaba en el despacho, se dio cuenta y vino y la segunda vez me lo recogió.

-Rocío- me dijo bajito.

-¿Qué, qué pasa?- dije desorientada, levantándome.

-Te estás quedando dormida, es mejor que te acuestes.

-Ahora iré...

-¿Por qué no me perdonas, pequeña?, ¿no crees que ambos lo hemos pasado mal?

-Porque aún no puedo hacerlo. Lo siento, necesito más tiempo.

-No me he acostado con ninguna mujer. No podría hacerlo estando casado contigo. Es más, es algo que ni se me pasó ni se me pasa por la cabeza. Solo existes tú en mi vida.

-No es por eso, si te hubieses acostado con otra, no estaría aquí, eso dalo por hecho. No te hubiera perdonado jamás.

-Y ¿por qué no me perdonas lo que te hice? Sé que yo jamás me lo perdonaré. No habrá un día de mi vida en que me arrepiente de haber sido tan duro y cruel contigo. -Y fue a acariciarme el pelo y le retire la mano.

-Lo siento George, hace apenas tres meses que te diste cuenta de que eran tus hijos.

-Pero siempre te he querido, siempre has sido mi pequeña sevillana, y pensar que podías haberte acostado con otro me tenía ciego de celos.

-Nunca te di motivos para eso. Eras mi único hombre, el primero, George.

-Lo sé y lo siento tanto...

-¿Sabes cuantos meses he pasado yo sola mal?

-Sí, ocho. Los he contado bien.

-Bien tú llevas solo tres y me presionas. Yo nunca te molesté. Necesito recuperar la confianza en ti. Necesito saber si esto es lo mejor para mis hijos y para mí y para nuestra familia.

-Son también mis hijos y no quiero que me dejes, no quiero que te vayas ni tú, ni ellos.

-Bien, son también tus hijos y esto último me lo tendré que pensar. Pero si pienso no seguir contigo porque al final no pueda perdonarte o seguir en esta situación, volveremos a irnos de tu casa, George. Porque tendríamos que vivir nuestra vida cada uno por separado.

-No quiero vivir sin ti, ¿no lo entiendes?

-Has vivido sin mí ocho meses.

-Porque era algo temporal. Ha sido un infierno y por Kevin y mi madre sabía de ti.

-¿Y si de verdad los niños no hubieran sido tuyos?

Y él se cayó y bajó la cabeza.

-¿Lo ves?, me hubieras dejado. No perdonarías la infidelidad y yo tampoco te la perdonaré, si te pido tiempo y no me lo das y te acuestas con otra...

-¿Cuánto tiempo quieres?

-Como mínimo el que tú me diste a mí.

Y movió el mentón y sabía que era rencor y que le haría pagar ocho meses, menos tres. Aún

le quedaban cinco meses.

-Está bien, esperaré, sé que me estás castigando, pero esperaré a que vengas a mí. Nunca te hablaré de esto más. Ni te voy a pedir que vuelvas. Te daré tu tiempo, pero serás tú la que vengas a mí. Tienes cinco meses y si no, esto será definitivo y no habrá vuelta atrás Rocío. No puedo estar ahora tú, ahora yo, quiero ser feliz contigo y con los niños, como cuando eras mi pequeña bruja sevillana y yo tu pijo de Nueva York. Si eso no puede ser en cinco meses que es lo que me has pedido, puedes irte donde quieras incluso puedes llevarte a los niños a España, yo iré a verlos. Mientras seremos una familia normal, sin más.

Y se dio la vuelta y entró al despacho a apagar el ordenador y se acostó.

Yo me quedé llorando porque quizá lo había herido más de la cuenta, y tanto él como yo sabíamos que era un castigo, merecido o no, pero tenía un tiempo, que para mí era suficiente para pensar en todo lo que me había ocurrido y si seguía queriéndolo como antes, si podía dejar mi orgullo atrás.

¡Maldita sea, lo amaba!, amaba su cuerpo duro y grande y amaba la forma en que trataba a mis hijos, pero ese nudo que yo tenía no se me iba a ir tan fácilmente.

Lo fácil sería entrar en su habitación, hacer el amor y dejar todo atrás, pero algo me lo impedía.

Y así, en el transcurso del tiempo, él no esperaba nada de mi parte, y me di cuenta.

Y despedí a Mónica. Teníamos una mujer para la limpieza, la colada y la comida. Entre George y yo nos encargábamos de vestir y dar el desayuno a los tres y nos lo llevábamos a la guardería, cuando él viajaba, me acompañaba Bonny a llevarlos y los recogía a los tres a las cinco, porque George salía más tarde, los bañaba les daba la cena y las pequeñas se acostaban y el pequeño a veces se quedaba un rato jugando mientras yo me bañaba y venía hablar conmigo todo el rato. Luego esperaba al padre y se acostaba.

Así me incorporé al trabajo y así pasó septiembre y octubre y llegó Acción de Gracias y lo pasamos todos en casa de sus padres.

George nunca sacó más el tema, era educado y correcto conmigo, con los chicos, amoroso con ellos y lo veía que me miraba siempre con amor, y eso me mataba y el tiempo fue menguando mi dolor y lo perdoné.

Una mañana, el día de Acción de Gracias, pasé por una iglesia y entré y allí supe que lo había perdonado y que debía luchar por mi familia como lo hacía él. Y que por encima de todo lo seguía amando como siempre.

Cuando vinimos de cenar de casa de sus padres y los pequeños se habían dormido, él me dijo buenas noches y se acostó y me quedé sentada en la cama de la habitación de invitados, insegura, queriendo ir a buscarlo, amarlo, perdonarlo.

El mes anterior había ido al ginecólogo para tomar pastillas anticonceptivas, fui por inercia, por si acaso lo perdonaba, y estaba el tiempo por cumplir. No queríamos tener más hijos, eso lo sabía yo y seguro él también.

Y me puse un camisón transparente negro con un tanga minúsculo a juego y me atreví a ir a su dormitorio.

Abrí la puerta y estaba de espaldas y enseguida se volvió.

-¿Qué pasa, son los pequeños?- me preguntó incorporándose en la cama.

-No, somos nosotros- le dije casi llorando.

-¿Qué pasa pequeña? ven aquí conmigo y no luches más.

Y yo fui y él sabía que lo había perdonado. Y me abrió la cama y lo abracé llorando.

-Vamos nena, no llores, yo tengo la culpa de todo.

-Lo siento, lo siento tanto... le dije abrazándome fuerte a mi hombre.

-Soy yo el que lo siento, siento que hayamos perdido todo este tiempo precioso por no hacerte caso ni oír a los demás y menos a ti. Estaba tan celoso...

-Solo he tenido un hombre en mi vida y has sido tú, siempre tú.

-Ahora lo sé preciosa. Te quiero tanto –y me abrazaba fuerte- ¿me has perdonado?

-Sí, te he perdonado. Te amo.

-¡Oh Dios, gracias! – y me besó como yo recordaba que ese gigante me besaba y se podía duro por mí.

-Te amo nena y ya no desconfiaré jamás de ti. Nunca. Espera- y sacó los anillos de su mesita de noche y me los puso y yo lloraba.

-Te amo, mi rubio pijo neoyorkino.- y sonrió y me besaba.

-No tengo protección, ¡maldita sea!

-Pero yo sí, tomo pastillas desde hace un mes, no quiero más niños.

-No, ni yo tampoco, y más si nos vienen de dos en dos- dijo riéndose y empezando a tocar mi cuerpo.

Y entró en mi cuerpo desnudo y suyo, vacío de él, necesitado de él y me recorrió con sus manos que y tanto ansiaba y oía lejanos mis gemidos y los suyos. No hubo preámbulos. Sus labios mordían el espacio de mis labios y nuestras lenguas jugaban una danza primitiva.

-¡Oh pequeña!- no sigas así, que no te aguanto.

-Lo siento nene, no puedo aguantar.

Y no esperamos. Sentí un orgasmo caliente bajar por mi cuerpo y llenarme de amor por mi hombre, y derramarse en mí.

-¡Dios pequeña! Cuánto te he echado de menos. Ven aquí, y no paraba de abrazarme como si fuera a arrepentirme de nuevo.

-¿Vas a cambiar la ropa a nuestro cuarto?

-Mañana, mi amor, déjame que disfrute de tu cuerpo esta noche.

-Deja que me recomponga y verás, mañana estaremos muertos. Te ayudaré a cambiar las cosas.

-Bastante tenemos con estos niños. Yo me ocupo y tú de ellos.

-¿Quieres que llamemos de nuevo a Mónica?

-No, me las ingenio bien, tenemos a Bonny y seguirán así, son tres guarderías y es una locura pagar más. Necesito mi sueldo para las guarderías y Bonny.

-Bueno, pero su papa, no tiene que pagar casa, paga las facturas.

-Oh George, te amo tanto...

-Yo, sí que te amo. Tengo una familia tan bonita. ¡Qué estúpido he sido!

-Sí ahora por las pequeñas que son hermosas, pero con George hubiésemos tenido bastante

-No digas eso, son nuestras pequeñas también.

-Porque te gustan los niños más que a mí. Ahora ya no podría yo pasar sin ellas, ni tú tampoco.

-Me gustan, si quieres más...

-Los tendrás tú, ¿qué quieres que me vuelva loca?

-Esta noche sí, y se me puso encima de nuevo y entró en mí como un loco mordiendo mis pezones y moviéndose como cuando era uno de los mil hombres que conocía. Porque nunca me hacía el amor ni lo había hecho de la misma manera y eso a mí, me encantaba.

Fue una noche de locura y terminamos rendidos. Sabíamos que al siguiente día sábado, íbamos a estar rendidos, al menos yo, que si no dormía mis horas...

CAPÍTULO OCHO

Habíamos tenido comienzos y finales, felices e infelices, como todas las parejas. Y yo esperaba que este ya fuera el comienzo sin final de nuestra historia, de nuestra familia.

Kevin por supuesto, se alegró en cuanto fuimos al trabajo el lunes. Él ya sabía y había sido parte importante en ella. Mis suegros fueron los siguientes. Por la noche, George los llamó y les contó que de nuevo estábamos juntos y bien, felices con los niños. Por lo que mi suegra, ya estaba preparando una Navidad perfecta, como así fue.

Dejamos a las gemelas en una habitación solas y el sofá cama lo cambiamos a la habitación de juegos para todos.

Volvimos a ser nosotros, los que nos conocimos años atrás, eso sí, con más responsabilidades, pero con el mismo amor que la primera noche. Nunca más hubo desconfianzas entre nosotros.

Viajábamos una vez al año a Sevilla, yo sola con los niños o los dos y así George aprovechaba para visitar las sedes españolas.

Y aprovechábamos para ir a las playas andaluzas al menos una semana. George siempre quería llevarse a mis padres y los llevábamos y aprovechábamos para salir por las noches y estar con la familia en la playa.

Nunca le importó que vinieran, al contrario, se llevaba muy bien con mi padre. Y éramos muy felices, la verdad.

Una de las noches que fuimos los dos a Granada, y mis padres se quedaron en Camas con las niñas, subimos de noche al Albaicín.

Y mientras pedíamos unas tapas en una terraza de esas callejuelas me tomó la mano una gitana para leérmela.

George había pedido y mientras nos traían las tapas fue al baño y la gitana me dio una rama de romero y yo por tal de quitármela de encima, le di cinco euros y me dijo que por otros diez me leía la mano. Como era tan pesada, le dije que sí, mientras veía en la barra a George hablando con otro guiri y me hizo con la mano que esperara.

-Mi arma, una ramita de romero- me dijo la gitana. -Has vivido mucho, y te has ido muy lejos y allí vivirás siempre, tienes un hombre guapo y grande que te quiere. No te faltará trabajo y serás muy feliz- y yo me reía y le decía.

-Tiene razón, así es.

-Tienes dos gemelas.

¡Coño!, me dije. La gitana ésta atina bien.

-Y un chico mayor y otro tendrás en tres años, un varón.

-Me parece señora que aquí hemos acabado el cupo de niños. Tenemos ya tres.

-Tendrás cuatro, dos niños y dos niñas.

-¿Del mismo padre?- bromeé yo.

-Del mismo padre, claro y te ayudará mucho.

-Pero no puede tener hijos- y me miro sonriendo.

-Antes tampoco pudo y sufriste- y se me puso la piel de gallina. Me estaba asustando la gitana esa. O veía ya George o me acojonaba.

-Pero tomo pastillas anticonceptivas. -Y me miró sonriendo, como diciendo ¿y qué?

¡Coño con la gitana!-¿Pero seré feliz?

-Serás muy feliz y seguirás trabajando y tu hombre te será fiel siempre y tú también.

-Menos mal.

-Y tendrás mucho dinero. Pero ten cuidado con el niño que vas a tener, tendrás un embarazo malo- y me dejó acojonada.

-¿Y eso por qué?

-Por una caída. Pero no te preocupes mi niña, todo saldrá bien, tienes la buena suerte, la estrella- y prácticamente me quitó los diez euros de encima y se fue.

Yo me quedé pensando. Mis hijos tenían ya George seis años y las niñas tres, si era cierto lo que decía, las gemelas tendrán seis y nosotros otro hijo. Dios, con la leche de la gitana. Quien nos mandaría ir a Granada...

-¿Quién era? Me dijo George, cuando se sentó.

-Una gitana. Me ha leído la mano.

-He estado hablando con un señor de Boston, ¡qué casualidad! ¿Verdad?

-Sí, la verdad.

-Conoce nuestra empresa. Le he dejado la tarjeta.

-Vaya haciendo clientes en Granada.

-Sí, boba. Y me besó. Ah ¡mira! las tapitas. Y la cerveza.

-Estoy preocupada...

-¿Y eso, por qué?

-Me ha leído la mano una gitana.

-No creerás en esas cosas. ¿Cuánto te ha sacado?

-Quince euros.

-Quince euros, ¿estás loca? Con eso nos tomamos un montón de tapas, tontilla.

-Es que me ha dicho que vivo lejos que siempre serías fiel, que eras grande y guapo, que tendríamos dinero.

-Eso lo sabemos, qué tontería...

-No lo peor es que me ha dicho que dentro de tres años tendremos otro hijo, un niño.

-¿Cómo?- y empezó a reírse. Tomas pastillas anticonceptivas mi amor y mis posibilidades son mínimas.

-Lo sé, pero me da miedo por un lado que sea verdad, que nos pase lo que nos pasó y me ha dicho que tendría una caída embarazada y tendría un embarazo difícil, pero no pasaría nada.

-Joder, vamos a ver mi amor, deja de pensar esas tonterías. Tenemos el cupo cubierto y tira esa rama. Y en todo caso, si tenemos otro, nunca dudaría de ti. Tendremos una ristra de niños rubios de ojos azules.

-Está bien, vamos a comernos las tapas.

-Pues claro olvídate de tonterías. Lo hacen para sacar dinero, como si no lo supieras. Y eso que eres de aquí...

DOS AÑOS Y CINCO MESES DESPUÉS

Estaba nerviosa por llegar a casa hacerme el test de embarazo. Esta vez no tenía síntomas ni vómitos, pero estaba segura de haberme olvidado una pastilla una noche de sexo en la que luego me quedé dormida. Si estaba era de dos meses y me acordé de la gitana de Granada. La lluvia en Sevilla era una maravilla, pero lo de la gitana de Granada era una putada. Y pensar que yo nunca tenía instinto maternal...

¡Maldita sea la gitana, pues no va a tener razón! Y cinco minutos al entrar en el baño, la tuvo.

No quería más hijos, las niñas tenían ya seis añitos y el pequeño casi nueve y estaban ya creciditos y no tenía ganas de empezar de nuevo con los biberones y pañales, todos estaban en el cole y nosotros, más felices que nunca. La empresa se había engrandecido y George solía viajar con frecuencia.

Nunca le pregunte cuánto dinero teníamos, solo que me decía que mi sueldo era solo para mí y él se ocupaba de todo y no admitía discusiones y yo, ahorraba todo cuanto podía. Y ya tenía un pico. El resto iba para ropa y arreglarme, pero intentaba comprar ropa en Sevilla cuando iba y ahorrar bastante, nunca se sabía qué podía pasar.

Ahora tenía treinta y tres años y empezaba a disfrutar de mis hijos y estaba allí sentada en el sofá llorando mientras los pequeños hacían los deberes. No querían que me vieses llorar.

Cuando George entró por la puerta, me abracé a él llorando a lágrima viva...

-Ey pequeña, ¿qué te pasa?- se sentó a mi lado en el sofá.

-Ahora no quiero...

-No quieres qué, vamos, deja de llorar y cuéntame qué pasa.

-No quiero que los niños me vean llorar.

-Están en la habitación de estudio. Los estoy oyendo. Venga dime.

-Se me olvidó una pastilla conceptiva hace dos meses.

-¿Y qué?

-Estoy embarazada de nuevo.

-Dios mío nena, ¿en serio?

-Sí, y no quiero más hijos, los niños están mayores y ahora que estábamos tan bien...

-Y George se echó a reír.

-Si te ríes te mato, ¿no eras tú el que no podía tener hijos?... la gitana de Granada sabe más que tus urólogos

-Ahora te acuerdas de la gitana de Granada. Si eso fue hace dos años y pico mujer...

-Y eso me dijo que en tres años tendría un varón.

-Bueno, no pasa nada, recomponemos el apartamento, además hay que cambiar algunas cosas, lo reformamos

-¡Ah que bonito!, pero George, otra vez biberones y pañales.

-Bueno, pero la gitana dijo cuatro, ¿no?

-No te guasees...

-Pues qué problema hay, tenemos dinero, apartamento, si quieres uno más grande, lo compramos

-No, creo que si quitamos el cuarto de estudio, y le ponemos a cada uno el suyo, es mejor, sobre todo para George que es mayor ya. Lo cambiamos al cuarto de juegos, que está más cerca de los despachos, las gemelas donde están y el pequeño frente a nuestro dormitorio

-Está bien, vamos a pintar y cambiamos algo.

-¡Oh Dios pequeño!, ¿crees que es tuyo?- le dije con ironía.

-Por supuesto que es mío.- decía sonriendo.

-Menos mal que no tengo que salir de casa con cuatro.

-No, bobita, creo que desde que me dieron la paliza lo que soy es más potente- y tuve que reírme y llorar a la vez.

-Venga, no seas niña, solucionaremos todo. Falta el nombre,

-El de mi padre.

-Daniel, me gusta. Dan o Dani. Es bonito.

-Tendrán los nombres de todos los abuelos.

-Para que ninguno se enfade. ¿Ves cómo todo se soluciona?

-Ay cielo, y nos abrazamos fuerte.

-Ya tengo treinta y tres años.

-¿Y qué? cuando tengas cuarenta tendrá seis o siete y serás una madre preciosa con un montón de hijos.

-Vas a tener que trabajar mucho, pijo.

-No, con lo que trabajo tengo para todos.

-Pondré mi sueldo en casa.

-Eso no va a cambiar.

-No me des disgustos, que estoy embarazada.

-No pienso dártelos. Embarazada estás preciosa y menos mal que viene uno solo.

-Lo bueno es que no tengo vómitos, pero me preocupa algo.

-¿Qué te preocupa?

-Me dijo que iba a tener una caída y tendría un embarazo preocupante.

-Joder, eso sí que me preocupa.

-¿Ves cómo ahora crees en la gitana?

-Visto así, sí, pequeña.

-Pero me dijo que al final todo saldría bien.

-Pues ya está es un consuelo. Intenta no caerte, para que no lleve razón.

-Eso haré.

-Niños, venid al salón- dijo George y acudieron todos a besarlo

-Tengo una noticia que daros.

-Mamá va a tener un hermanito para vosotros.

-¿En serio mamá?, dijo George.

-Sí, cielo, vas a tener un hermanito y se llamará Dani, como el abuelo de España. ¿Estas contento?

-Sí, mamá, ¿pero dónde va a dormir?

-En tu habitación, pero no te preocupes, te vamos a cambiar a la de estudio, la quitaremos y cada uno tendrá su mesa nueva y su habitación nueva en su cuarto.

-Bien...

-Papá os llevará a elegir las habitaciones.

Claro así estaba todo el mundo contento, yo también, pero otra barriga, otros ocho meses, esa caída...

Eso es lo que me preocupaba. Tendría que meter una chica como siempre cuando fuese a dar a luz y encima George quería pintar la casa con los niños dentro.

Al día siguiente dijo que nos íbamos a Boston el fin de semana. A una cabaña que había cerca de un lago. El viernes cuando saliéramos del trabajo, pero que esa tarde íbamos de compras a una tienda de muebles.

Así que nos fuimos todos e iban contentos y locos.

-Cariño, ya he visto un coche nuevo para que quepamos todos.

-No puede ser ese guapo que tú tienes.

-Ese lo dejaré para mí. Le quitaré las sillitas para cuando viaje y cuando vayamos todos, y voy a comprar un monovolumen de los grandes, en el que quepamos todos con maletas incluidas. He comprado una plaza de garaje casi al lado de la nuestra.

-Iré a por el coche a recogerlo el martes. Lo quería en gris oscuro.

-Estás un poco loco.

-No, cuando vengamos de Boston tendremos la casa lista. Ya está todo solucionado.

-Sabes que te amo mucho, pero eres terco como tú solo.

-Y amas a tu terco.

-Ay Dios George, que estoy vulnerable, no me hagas reír.

-Te quiero pequeña y somos una tropa. Me encanta, cuando se lo digas a mis padres y tú a los tuyos, ya verás.

Y éramos hijos únicos...

Esa tarde, mis niños encargaron los muebles que les gustaron con sus mesas y espacios para hacer deberes y pintar y dejar libre la habitación del pequeño aun.

George se empeñó en que compráramos un dormitorio nuevo para nosotros y tuve que elegirlo. Un salón nuevo, e impresoras y fax nuevos para cada despacho, sillas más cómodas y estanterías a juego.

Luego habló con alguien y le dio instrucciones.

-¿Con quién hablas?

-Con la decoradora, cuando vengamos, estará todo listo.

-Me cansas ¿sabes?

-Por eso lo hago, para no cansarte y cuando vengas, vengas como una reina.

-¡Ay qué te amo cielo!- y lo abrazaba.

-Eso está mejor nena.

-Mi pequeño rubio pijo.

-Ya no soy tan pequeño, voy a cumplir treinta y ocho años.

-La mejor edad en un hombre. Así estás tan bueno...- y George se reía.

-Y yo seré la mujer siempre gorda de esta casa.

-Serás la gordita más hermosa.- y hasta los pequeños se reían de nuestras conversaciones.

Pasar el fin de semana en Boston fue precioso. Disfrutar de la naturaleza y de los pequeños... Su padre estaba muerto de jugar con ellos y nosotros disfrutábamos del porche la noche del viernes y del sábado hablando de la familia tan bonita que teníamos y haciendo planes.

-Y seguro que este sale también rubio de ojos azules.

-Es que tengo una buena genética.

-Lo que tienes es mucha cara. Yo pongo la barriga y todos se te parecen. No hay derecho.

-Bonita. Te quiero. No seas así. ¿Estás mejor?

-Me estoy haciendo a la idea.

-Tienes que hacerte. Ya no tiene solución. Tengo que viajar en dos semanas, ¿estarás bien?

-Claro, como siempre.

-Pero ¿cuánto me faltarás esta vez?

-Quince días.

-Vas a estrenar poco el nuevo dormitorio.

-Aprovecharé bien esta semana.

-Menos mal que ya estoy embarazada- y se moría de risa.

Cuando llegamos el domingo, oí un jolgorio al entrar en casa, cada uno con su mochila. El salón era nuevo y precioso, a la cocina le habían cambiado los electrodomésticos y el salpicadero y pintado las puertas de los armarios, parecía otro apartamento. Los despachos estaban preciosos y el color gris de las paredes maravilloso y cada niño chillaba con su dormitorio. Las gemelas estaban encantadas.

-Ven mamá- me decía George, mira mi cuarto, ¿a que es de niño mayor?

-Vamos ver eso. Está precioso, así tus hermanas no te molestaran.

-Tengo ordenador e impresora en la mesa. Papá me va a enseñar a utilizarla para los trabajos del cole.

-Me parece muy bien eso. Tu mesa de estudio y la silla es preciosa, cariño.

-Me encanta- y me abrazó.

Era mi niño querido.

Y las gemelas me llevaron de la mano a ver el suyo, con dos camitas preciosas a cada lado y frente a ellas una mesa larga para dos con sus dos sillas y muchos artículos de pinturas y botes repartidos por los cajones de las mesas y una pizarra alargada encima de las mesas que les servirían para pintar y no manchar la pared, y nuestro cuarto era maravilloso.

George, me cogió por detrás y me besó.

-Los baños están un poco reformados, los salpicaderos y algunas cosillas de adorno.

Y los vi, habían pintado también los vestidores y los baños preciosos todos de distintos colores.

-¿Esto lo han hecho en dos días?

-En dos días. Mucha gente, ya sabes.

-Lo que hace tener dinero...

-Envidiosilla desagradecida.

-Desagradecida no, que te amo mucho -y lo tocaba.

-Estate quieta loca que aún están estos correteando.

-Pues con el embarazo tengo la libido subida.

-Yo también tengo la libido por las nubes.

-Pero qué tontorrón. Pues venga, ve bañando a George y le vacías su mochila y yo me encargo de las gemelas. Les damos de cenar una tortilla y un yogurt y a la cama. Luego nos bañamos juntos.

- ¿Podemos alterar el orden de los factores?
- Ni hablar. No se puede.
- ¿Un besito tampoco?
- Eso sí- pero allí estaban los pequeños incordios separándonos.

Lo cierto es que con casa casi nueva, los niños contentos y una habitación vacía y preparada, llame a mis padres para contarles que íbamos a ser padres de nuevo y que iba a ser niño.

- ¿Cómo lo sabes?- me dijo mi madre si estás de dos meses aún hija.
- Me lo dijo una gitana cuando fuimos a Granada hace dos años y pico.
- Anda, no hagas caso a esas cosas.
- Le llamaré como papá.
- Si es niño de verdad, le encantará.
- Lo será mamá.
- ¿Y qué le ha parecido a George?
- Está tan loco que ha pintado y reformado todo el apartamento y ya tenemos una habitación vacía para el pequeño. La ha pintado de azul.
- Estáis locos, pero me alegro hija. Solo te tengo a ti, pero mis cuatro nietos son una bendición. Dile que los quiero.

El domingo, te llamamos todos y hablas con ellos. Esto es una locura, yo no quería hijos mamá o en todo caso uno y fíjate.

- No digas eso, cuando sean mayores tu casa estará llena.
- La tuya también cuando vamos y tienes una hija sola.
- En eso tienes razón- y se reía mi madre.

También llamé a mi suegra que se echaron las manos a la cabeza, pero que estaban tan encantados como mis padres.

George se fue por quince días y lo echamos de menos, porque yo tenía mucho trabajo por la mañana y mucho con ellos por la tarde.

Estaba ya de siete meses y como siempre y por supuesto, la gitana tenía razón, era un niño. Con nombre puesto ya, Dani y todos estaban contentos, todos me tocaban la tripa a ver si daba una patada y George me decía que estaba más delgada que antes. Me cuidaba muy bien, la verdad y estaba en plena forma. Ni cansada ni nada.

Y mis suegros, se quedaron esta vez con los pequeños y nosotros fuimos a llenar la habitación del pequeño Dani que nacería en Septiembre, como su hermano George. No me tomaría vacaciones, las juntaría con la maternidad, como siempre hacía.

Por supuesto, el padre de George, le dio una cantidad de dinero para las compras como siempre hizo con el resto de los nietos, y tuvo que cogerlas.

Y cuando compramos, decidimos comer fuera, porque los pequeños iban comer fuera también con los abuelos a la cafetería de al lado de casa.

- Qué bien, sin niños, al menos puedo comer tranquila.
- ¡Qué exagerada!
- De exagerada nada, tengo una cierta paz.
- Paz te voy a dar esta noche, nena.
- Tú no me dejas descansar ni un día.
- Sí, cuando tienes la regla, pero ahora no la tienes.

-Así estoy de delgada...

-Qué boba eres cuando quieres, sevillana.

-¡Cuanto te amo, rubio pijo!

-Venga, como que tenemos que montar esto hoy entre todos. Mañana tengo que trabajar un poco en el despacho.

-¿Recuerdas cuando entré el despacho manchada de barro en Sevilla?

-Claro que sí, me pareciste la mujer más preciosa del mundo y me dije que serías mía para siempre.

-Mentirosillo.

-No miento es cierto, ¿Qué pensaste tú?

-Que eras el tío más bueno del mundo y que no estaba a tu altura.

-Y no lo estás...

-Te voy a dar, que lo sepas.

-Eres pequeñilla.

-Sabes a qué me refiero.

-Lo sé tonta, pero estás a la altura de mucha gente y más. Eres una mujer graciosa, que está muy buena, que eres fiel, que fui un tonto, - y le acaricié la cara,- eres trabajadora, la mejor madre del mundo sin que te gusten los niños y la más caliente en la cama.

-Y eso...

-Eso sin comparar, no pienses tonterías. No necesito a ninguna mujer, si tengo una que me pone todas las noches.

-Porque estás muy bueno y no me puedo resistir a ti.

-Por eso tengo mucha suerte, porque tengo una mujer a la que le encanto y me encanta, a la que amo y me ama. Tengo suerte y te lo digo en serio Rocío.

-Yo, también cielo. La vida ha sido muy buena conmigo y doy las gracias.

Pero esa noche al acabar de colocar todo, mientras mis suegros y los niños, ya se habían bañado y mis suegros estaban por irse, me caí en la ducha.

Y llamé a George gritando, que me tapó con una toalla, y en el dormitorio me puso una bata. Y me sacó en brazos, mientras yo lloraba como una niña.

-¿Qué pasa?, dijeron todos, y mis suegros.

-La llevo al hospital, mamá. Está sangrando.

-Nos quedamos con los pequeños. No pasa nada, ni os preocupéis.

-Venga, cielo, ponte bien la bata,- y me puso ropa interior y unas zapatillas.

-Me he caído de boca y he dado con el vientre en el suelo cariño, -y yo lloraba.

-No llores cielo, verás que no es nada.

-No llores Rocío, cariño, me decía mi suegra. No te preocupes por los niños, nos quedamos hasta que vengáis. Hijo, Llámanos.

-Os llamaré.

Y el trayecto al hospital, se me hizo eternamente largo y tenía la sensación de que sangraba.

-George, creo que estoy sangrando y es muy pronto, solo tengo siete meses, Dios mío.

-No te preocupes mi amor, nos queda poco para llegar.

-He estado tonta, no me di cuenta.

-Vamos, no es nada, no te preocupes.

-La gitana tenía razón, maldita sea, me dijo que me iba a caer y me he caído. No quiero ver una en mi vida más.

-Pero dijo que todo iba a ir bien, ya llegamos.

Y por fin llegamos al hospital y verdaderamente era sangre lo que salía de mi cuerpo y me metieron rápidamente en un quirófano y dejaron a George fuera.

El ginecólogo que había de guardia me hizo una ecografía y unos estudios y me dijo que había que provocar el parto porque la bolsa que contenía a mi hijo, se había roto con el golpe de la caída.

-Pero es muy pequeño, dije yo.

-Sí, pero tiene siete meses y medio, ya está formado y le haremos unos estudios, si necesita incubadora, lo dejaremos un mes o dos, pero usted va ya a la sala de partos.

Y me provocaron el parto. Y en menos de una hora tenía a mi pequeño en el mundo, sano y salvo y yo también. Era el niño más pequeño que había visto en el mundo. Era moreno. moreno, por fin uno. Y se lo llevaron.

Cuando estaba en la habitación con George, este estaba feliz porque todo había salido bien, pero inquietos los dos por el pequeño.

Cuando apareció el médico con la enfermera detrás y el pequeño, empecé a llorar.

-Vamos, vamos, no le hace falta incubadora, está perfecto. Es más pequeño de lo normal y tendremos que alimentarlo. Tiene siete meses y medio y tiene unos pulmones fuertes. Si puede darle el pecho mejor.

-Se lo daré como a mis otros hijos, unos meses.

-Perfecto, aquí tienes los documentos de lo que hemos hecho. Mañana vengo a revisarla de nuevo.

-Como quiera doctor.

Y George llamó a casa y dijo a sus padres que el nieto estaba en el mundo.

Sus padres dijeron que no se preocuparan. De todas formas su madre no trabajaba y nos echaría una mano, pero el lunes George ya estaba llamando a una chica para ayudarnos.

El domingo me hicieron una revisión a fondo y estaba perfecta. No me dieron puntos, era tan pequeño que con la anestesia no noté apenas nada en los empujones.

Era un niño tragón. Moreno y con ojos azules.

-Mira George es moreno, por fin...

-Pero tiene los ojos azules de su padre.

-¡Cuanto te odio!-Y se reía.

-No, me amas, nena y yo también y me has dado un susto tremendo.

-Es cierto, pero ya ha pasado todo.

Y el martes, más que nada por el pequeño, una vez que nos volvieron a revisar a los dos y todo estaba perfecto, nos fuimos a casa a empezar una nueva vida con un nuevo pequeño, el único moreno.

MI CUARENTA CUMPLEAÑOS

Es extraño, como pasa la vida en un soplo. Ya tengo cuarenta años y esta tarde voy a celebrarlo en casa con los amores de mi vida.

Mis suegros no podrán estar porque han ido a un viaje a Canadá que mi suegro le tenía a mi suegra prometido.

Es sábado y he comprado una tarta con cuarenta velas. Empieza la primavera.

Todo comenzó en primavera, cuando llovía en Sevilla y yo tenía mi primera entrevista de trabajo y me encontré al tío más guapo y bueno que había visto en mi vida: rubio, pijo, alto y rico de ojos azules, y a mí siempre me habían gustado los morenos.

Mientras ponía la mesa de la merienda para cuando mis chicos volvieran de dar una vuelta con su padre, tomaríamos la merienda y soplaría las velas.

Había puesto un mantel en la mesita del salón, con vasitos y cubiertos de plástico de colores, como si fuera una niña.

George iba a cumplir cuarenta y cinco años y aún seguía tan trabajador como siempre. Kevin se había casado y tenía dos pequeños, de once y nueve años y la empresa seguía funcionando como siempre o mejor, porque ellos invertían en bolsa, o empresas del sector que fuesen punteras, como de telecomunicaciones o informática.

Yo seguía con mi trabajo de asistente en la gran manzana.

George, mi hijo mayor, había cumplido en septiembre del año anterior quince años y estaba en segundo en el instituto. Era un chico alto y rubio, guapo como su padre y muy responsable.

Mis gemelas Rose y Grace, tenían doce años y despuntaban preciosas en la adolescencia y luego estaba mi chiquitín Dani, que era moreno con los ojos azules. Iba a ser un rompecorazones, porque era más sevillano que yo. Ya tenía seis años.

Como decía mi madre, mi casa estaba llena y yo también, estaba llena de amor, por mi familia y de mi familia, a pesar de todo.

Y cuando entraron por la puerta casa uno son su regalito para mí, no pude más que emocionarme.

-Y mi amor, el amor de mi vida, se sentó a mi lado en el sofá y me dijo:

-Vamos nena, no llores, te queremos. Abre los regalos y comámonos esa tarta.

-Mamá, es tu cumple, en los cumpleaños no se llora, dijeron mis gemelas.

-No llores por eso cielo, lloro de felicidad. Os quiero tanto a todos...

-Tú no querías hijos únicos, mi amor... Me dijo George con sorna.

-Ni tú, pequeño.

-Pues ya ves que preciosa, es nuestra familia. Menos mal que fui a Sevilla, iba a ir Kevin esa vez.

-Menos mal que fuiste tú. Y llovía ese día.

-SÍ, LA LLUVIA EN SEVILLA, ES UNA MARAVILLA.

-¿De dónde has sacado eso tontorrón?...

Y se rieron todos.

